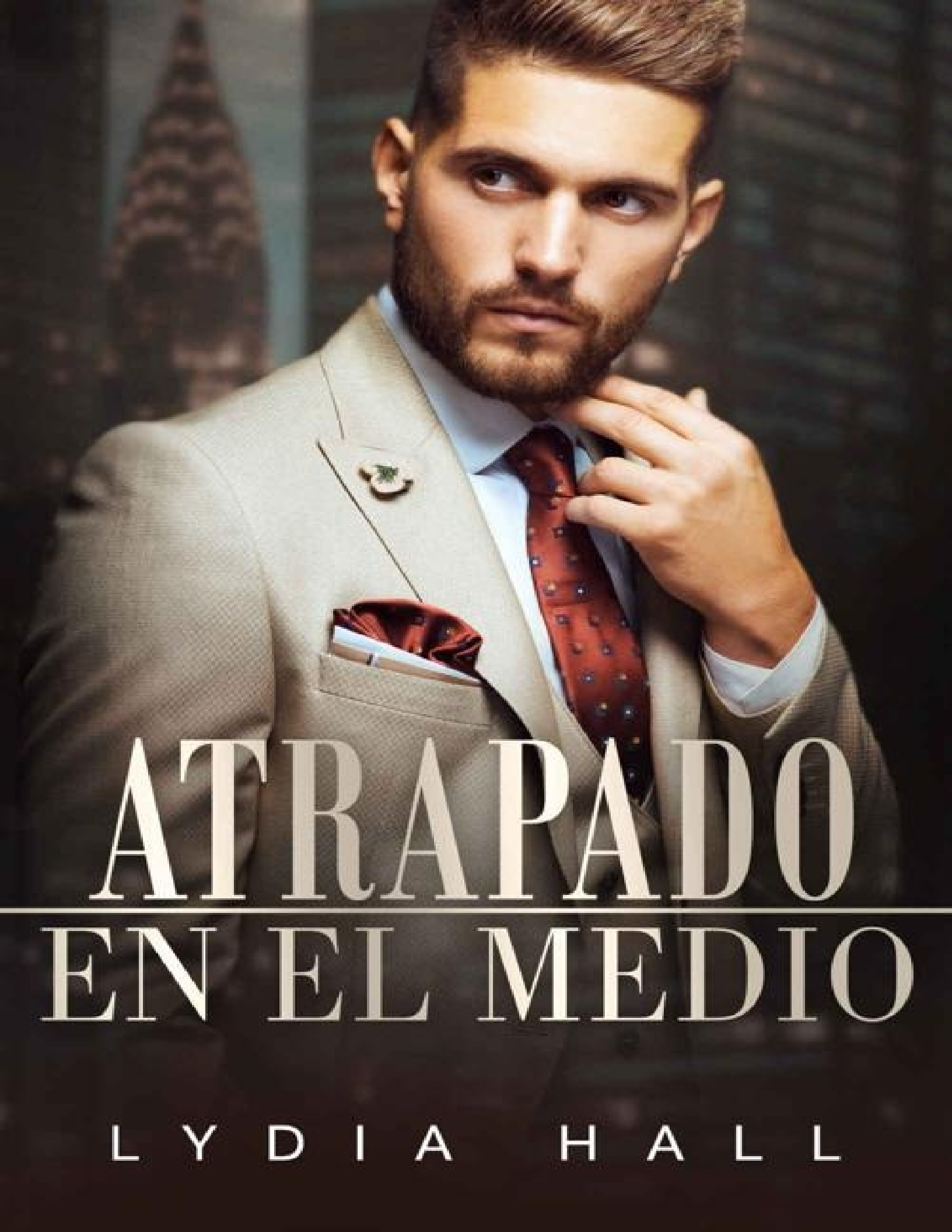
ATRAPADO
EN EL MEDIO
LYDIA HALL

ATRAPADO EN EL MEDIO

LYDIA HALL

ÍNDICE

Blurb

1. Jessica Moore
2. Reed Andrews
3. Jessica
4. Reed
5. Jessica
6. Reed
7. Jessica
8. Reed
9. Jessica
10. Reed
11. Jessica
12. Reed
13. Jessica
14. Reed
15. Jessica
16. Reed
17. Jessica
18. Reed
19. Jessica
20. Reed
21. Jessica
22. Reed
23. Jessica
24. Reed
25. Jessica
26. Reed
27. Jessica
28. Reed
29. Jessica
30. Reed
31. Jessica
32. Reed
33. Jessica
34. Reed
35. Jessica
36. Reed
37. Jessica

38. Reed
39. Jessica
40. Reed
41. Epílogo

B L U R B

Si hubiera previsto cómo iban a desarrollarse las cosas, nunca la habría contratada.

Jessica pasó rápidamente de ser mi asistenta personal a mi obsesión.

Fue suficiente con echar un vistazo a la oficina...

Y cuando vi lo buena que era con mi hijo, el juego se acabó.

Sabía que había algo ahí.

Algo más allá de lo que experimentaba con ella en la cama.

Pero Jessica no está preparada para ser parte de mi vida.

Nunca sería capaz de manejar a la loca de mi ex.

Ya me estaba arruinando la vida con una batalla por la custodia de mi hijo.

Y una nueva relación solo añadiría más problemas a los ya existentes.

Eso ya lo sabía y, sin embargo, aquí estoy... persiguiéndola todavía.

Incluso más ahora que siento que se está alejando.

Jessica oculta un secreto.

Algo que nos convertiría en familia para siempre...

He tardado mucho tiempo en darme cuenta de que Jessica es el amor de mi vida.

Pero ¿estará preparada para afrontar la realidad?

JESSICA MOORE

"Oh, ven aquí, tú", dijo Anabel, y me dio otro abrazo de oso. "Me alegro mucho de que hayas vuelto. Ahora mamá tiene a alguien más por quien preocuparse. Sinceramente, ya he tenido más que suficiente de toda esa exasperante atención paterna aprensiva".

"Seguro que ahora te arrepientes de todas las veces que te quejaste de no ser la niña preferida", me reí de mi hermana pequeña. "No es tan fácil como parece, ¿verdad?".

"Digamos que siento un nuevo respeto por ti, Jess".

"Música para mis oídos".

"Ven, siéntate", me incitó Anabel. "He guardado una o dos botellas de tu vino rosado favorito en la nevera. No se me ocurre mejor momento que este para beberlo mientras me pones al día de los sórdidos detalles de tus viajes".

"Suena divino", suspiré y me dejé caer en el sofá del salón de nuestro espacioso apartamento.

Anabel y yo habíamos compartido nuestra casa con Lexi, mi mejor amiga, antes de que Lexi y yo nos fuéramos un año en un viaje relámpago al extranjero. Las dos habíamos hablado de ir de viaje juntas después de la universidad desde siempre. Aparte de Anabel, no se me ocurría nadie más con quien preferiría emprender una aventura tan épica.

"¿Fue todo lo que soñaste que iba a ser?" Preguntó mi hermana mientras abría la nevera y sacaba el vino.

"Ana, ha sido mejor".

"¡Uhg! Qué envidia. ¿Cuál ha sido tu lugar favorito?"

"Es difícil elegir, pero si estuviera contra la pared, con un cuchillo clavado en la espalda, tendría que decir que el Caribe capturó mi corazón. Es uno de esos lugares que tienes que visitar para apreciar su belleza. Volvería allí sin pensármelo dos veces".

"Ya te veo viviendo en una casa del árbol en la playa, alimentándote de cocos y criando un pequeño ejército de pequeñines", sonrió Anabel.

"Oye, no lo descartes. Lo he pensado".

"Lexi debe tener una personalidad autodestructiva, pasando de las aguas cristalinas del Caribe a los cielos fríos y grises de Londres en invierno", dijo Anabel y me tendió una copa de vino rosado bien frío.

"Sinceramente, con su tez blanca como la leche, Londres debe de ser un alivio del sol abrasador. Lexi parecía un cangrejo hervido después de pasar el primer día conmigo en la cubierta del yate. Después de eso, no la vi mucho por el puente superior. Se conformaba con quedarse en la cocina y cocinar para nuestros invitados".

Anabel se rio al pensar en Lexi escondiéndose bajo cubierta. "Sí, imagino que su pelo rojo fuego y sus mejillas pecosas combinaban perfectamente con su aspecto de cangrejo".

Lexi Doyle nació en Irlanda. Su familia se trasladó a Estados Unidos cuando ella estaba en la escuela primaria. El día que nos conocimos supe que seríamos mejores amigas. Lexi era testaruda, segura de sí misma y no tenía ningún problema en expresar su opinión cuando la situación lo requería. Además, el acento irlandés de Lexi parecía añadir validez a sus argumentos. La adoraba.

"¿Entonces?" Dijo Anabel con su acento cómplice.

"¿Qué?"

"Venga ya. No seas tímida. Sabes lo que quiero saber".

"Sí, de hecho, conocí a unos cuantos tíos guapos".

"¿Algún serio candidato?"

"No todas buscamos un compañero de vida, Ana", sonreí.

"No empieces. Me encanta estar con Craig, pero vamos despacio".

"Mentirosa. Las dos sabemos que si él te hiciera la pregunta, te casarías con Craig en un santiamén".

"¿Cómo has conseguido desviar la atención hacia mi relación? Responda a mi pregunta, señorita Marple".

"No busco nada serio, hermanita. Al menos, todavía no. Quiero centrarme en mi trabajo y disfrutar de mi libertad. Los maridos y los bebés suelen echar por tierra las aspiraciones profesionales de una chica".

Anabel se echó a reír.

"¿Qué?"

"Lo dices como si tuvieras elección".

"Claro que puedo elegir. ¿Por qué no podría?"

"Cuando el amor llama a la puerta de tu corazón, los planes firmes que pensabas tienden a transformarse en algo que ni siquiera viste venir. Ya lo verás".

"Madre mía. Había olvidado lo dramática que puedes resultar, hermanita".

Anabel sonrió y me guiñó un ojo. Lo hacía siempre que creía que había ganado una discusión. Era irritante. Formulé una excelente réplica en mi mente, pero antes de que pudiera expresarla, sonó mi teléfono.

"Hablando del diablo", dije, mirando a Anabel. "¡Hola! ¿Cómo está la alegre vieja Inglaterra?", le pregunté a Lexi a través de las ondas que nos separaban.

"Hace un frío del carajo. Me encanta".

"Espera", le dije, "te pongo en el altavoz".

"Hola, Lex", dijo Anabel alegremente. "He oído que estás tan roja como tus mechones llameantes", se rio.

"¡Hola, Ana! Sí, estoy asada a la perfección. ¿Cómo estás tú?"

"Bebiendo vino rosado mientras interrogo a mi hermana que tiene los labios sellados".

"Mataría por una copa de vino y una charla. Pero algunos tenemos que trabajar,

¿sabes? Salí a comer algo rápido y luego de vuelta a las trincheras".

"¿Cómo es tu nuevo jefe?" Le pregunté a la jadeante Lexi. Hacía eso cuando caminaba a paso ligero.

"Espera, deja que eche un vistazo un momento por si me están siguiendo".

"¿Tan mala es?"

"Es una auténtica zorra. Esta mujer podría espantar las moscas de un cadáver putrefacto".

"Venga ya. ¿No puede ser peor que la profesora 'Hacha de Batalla' Dufrais?"

Dufrais convirtió nuestras vidas universitarias en un infierno. Esa mujer perdió su vocación. Debería haber sido una francotiradora. Su sarcasmo podía penetrar en tu alma con la precisión de la bala de un tirador.

"En comparación, Dufrais era una aficionada".

"Mejor que te mantengas alejada de las travesuras, entonces", advirtió Anabel a nuestra reactiva amiga.

"Buen consejo", asentí. "¿Qué tal tu nueva casa?"

"Es Londres, y soy pobre. Ergo, vivo en una caja de zapatos con todas las demás personitas tristes", se rio. "Te enviaré algunas fotos. Menos mal que he practicado en la cocina del yate. Puedo preparar una comida gourmet en un armario".

"Te echamos de menos, Lex. El apartamento está demasiado tranquilo sin ti", dije con un suspiro.

"Sí, no me acostumbro a todo el espacio vacío que hay en el suelo del baño", se rio Anabel.

"Ya veo que no voy a recibir ninguna simpatía de vosotras dos por mi difícil situación", gimió Lexi. "Será mejor que me vaya. Estoy buscando una tienda donde pueda permitirme comprar un bocadillo con mi penoso sueldo".

"Vale, gruñona. Te dejaremos marchar. Llámame cuando llegues a casa", dije.

"Lo haré. Os quiero, chicas".

"Te queremos", respondimos Anabel y yo, tras lo cual la línea quedó en silencio.

"Espero que la nueva jefa de Lexi esté preparada para el reto", sonrió Anabel.

"Más le vale. Seguro que Lexi puede dar mucho trabajo. Hablando de un puñado, ¿Cómo están los dos monstruitos salvajes de Craig?

Craig y Anabel se conocieron cuando ella había evaluado la audición de Tom y Lucy en la clínica en la que trabajaba. La mujer de Craig había muerto un año antes, así que Craig se convirtió en padre soltero de dos pequeños y atareados gemelos de cinco años.

Craig no tardó en pedirle una cita a Anabel. Entonces tuve la sensación de que era el comienzo de algo grande. Anabel adoraba a los niños. Era la niñera de nuestro vecindario cuando era adolescente, y muy demandada. Los niños la adoraban. Tom y Lucy estaban pendientes de cada una de sus palabras.

Era cuestión de tiempo que Craig estuviera tan enamorado de Anabel como sus hijos. Él le llevaba unos años, pero no se le notaba. Craig tenía más energía que la mayoría y su contagioso amor por la vida era una de las características que más me atraían.

"Tom y Lucy son maravillosos, como siempre. Ajetreados, parlanchines y totalmente adorables".

"¿Y su guapo papá?"

"No está nada mal. Estamos planeando irnos una o dos semanas. Ahora que estás aquí para cuidar las plantas", dijo Anabel con una sonrisa pícara.

"Sí, yo no me fiaría de mí cuando esté cerca de tu bosque de interior, hermanita. Ya sabes lo que pasó la última vez".

"Y por eso no estás preparada para tener hijos", se burló ella.

"No voy a discutir contigo".

"Le diré a mamá que se pase y eche un ojo a mis bebés verdes".

"No sé si darte las gracias o pegarte un tiro", me reí.

"Lo siento, ya hace seis meses que me toca a mí. Has vuelto para retomar tu bien ganado título de hija mayor. Que lo disfrutes. Siento haber ansiado ese cargo".

"¿Cuántas botellas de vino dijiste que habías bebido?".

"Más que suficientes".

"¿Irán los niños contigo y con Craig durante tus vacaciones?"

"Por supuesto. No se nos ocurriría dejarlos atrás".

"Eres una mujer valiente. No sé si me las arreglaría para ir de viaje con un novio y dos niños. ¿Cómo vais a hacer las cosas sucias con esos dos pares de ojos encima las veinticuatro horas del día?

"Ellos duermen, ¿sabes?", se rio Anabel. "De todos modos, solo es una semana y luego dejaremos a Tom y Lucy con los padres de Craig. Así que tendré a mi chico para mí sola durante siete días".

"Los padres, ¿eh? Eso es algo importante".

"No es para tanto", dijo Anabel con naturalidad.

"Oh, sí que lo es. Conocer a los padres siempre es así. Craig debe de ir en serio contigo".

"Estupendo. Gracias. Ahora estoy nerviosa".

"No seas ridícula. Tiene suerte de tenerte".

"Gracias, hermanita. Es el hombre de mis sueños".

"Al principio, si me permites decirlo, fue un poco a prueba de todo. Pensé que a papá le daría un pequeño ataque cuando les contaras la diferencia de edad entre Craig y tú".

"Sí, eso también me preocupaba. Ahora que le conocen bien, creo que le quieren incluso más que a mí".

"Espero encontrar a alguien tan increíble como Craig. Bien por ti, Ana.".

"Lo conseguirás. Eres un partidazo". Anabel sonrió y me guiñó un ojo. "Ahora, háblame de los tíos del Caribe".

"Estás ocupada, jovencita".

"Lo sé, pero es mi derecho como mujer leer el menú".

REED ANDREWS

"Papá, ¿tienes que ir a trabajar mañana?".

"Lo siento, mi grandullón, pero sí, tengo que ir".

"Pero, ¿por qué?"

"Para que tú puedas montar en bici y jugar con todos los juguetes divertidos que tienes. Si no trabajo, no podré permitirme esas cosas, Ollie".

Me dolía el corazón mientras estrechaba entre mis brazos el minúsculo cuerpo de mi hijo de cuatro años. Odiaba las tardes de domingo tanto o más que él. Aborrecía las tardes de domingo en las que tenía que devolver a Oliver a su madre, mi exmujer, Caroline.

Oliver se aferraba a mí como un bebé mono a su madre. Le di un apretón más antes de entregárselo a Caroline que estaba impaciente.

"Llegas tarde, Reed", gruñó.

"Lo siento, Caroline. Hubo un accidente en la interestatal".

De todas formas, no veía por qué tenía que disculparme. Oliver también era mi hijo. No es que mi ex fuera una firme candidata al premio al mejor padre del año. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había sido puntual a la hora de dejar a Oliver conmigo.

"Ven, Oliver. Mamá se está atrasando. Suelta a papá".

"Te veré pronto, Ollie. Papá te quiere".

"Adiós, papá". Oliver parecía abatido, pero ya no se quejaba. Sabía que no tenía

sentido.

Caroline me quitó a un triste Oliver de encima y me cerró la puerta en las narices. La oí gritar instrucciones a María, su ama de llaves, para que cambiara a nuestro hijo y lo preparara para irse a la cama. Intenté no pensar en la fecha que había elegido más tiempo del necesario mientras caminaba hacia el coche.

La idea de volver a casa solo sin Oliver, la luz de mi vida, solía dejarme más que abatido. Por eso agradecí que mi socio, Alan, me propusiera tomar una copa después de dejar a Oliver en la *cueva del dragón*.

Alan y yo éramos socios a partes iguales en *Bits and Bytes*, una empresa de software que fundamos recién salidos del instituto. Por aquel entonces nos dejábamos la piel para conseguir a todos y cada uno de los clientes potenciales, sacrificando incontables horas rascando el proverbial barril en busca de nuevos negocios. Ahora teníamos el privilegio de elegir a los clientes que cortejábamos. Era un placer.

Mi socio tenía el don de la palabra. Alan podía vender hedor a una mofeta. Me resultaba sorprendente cómo alguien con signos evidentes de TDAH podía ser tan meticuloso cuando se trataba de intrincados detalles de software. Alan era muy brillante. Los dos formábamos un excelente dúo empresarial.

Yo también era inteligente - o eso deduje de las conversaciones que escuché entre mis profesores y mis padres - pero a diferencia de Alan, era más reservado. No era inseguro de mí mismo ni mucho menos, pero no era muy hablador.

El country club donde nos encontramos era menos caótico que los lugares de reunión habituales de Alan. Lo localicé en una mesa cercana a la barra del bar. Cuanto menos tuviera que andar, más feliz sería mi compañero.

"No tienes moratones en la cara", dijo con una sonrisa burlona. "Supongo que la entrega se hizo sin incidentes".

"Solo porque tenía prisa por entregar a Ollie a María, para poder salir pitando y quedar con quienquiera que fuera el tema del mes de su cita".

"¡Ay! ¿Cómo te sientes al respecto?"

"Odio que no preste toda su atención a Ollie. Pero, ¿qué puedo hacer?"

"No me refería a Ollie. ¿Qué sientes por lo de Caroline?"

"Es una pregunta absurda. Sabes lo que siento por ella".

"Sé lo que dices de tu ex, pero ¿qué es lo que sientes tú? ¿Realmente la has superado, Reed?"

La pregunta de Alan me ponía nervioso. Me mordí el labio y conté hasta cinco antes de responder a su pregunta. Lo hice porque sabía que Alan preguntaba con verdadera preocupación. Era un buen amigo.

"Lo que te dije cuando me divorcié de Caroline iba en serio. Me traicionó de la peor manera posible. Mientras viva, nunca me sacaré de la cabeza la imagen de ella follándose a su entrenador de tenis. No puedo confiar en ella. Aunque siguiera queriéndola, me alejaría de ella".

Esperaba que Alan dejara el tema. Lo último de lo que quería hablar o volver a hablar era de Caroline y sus aventuras. Alan captó el mensaje y cambió de tema.

"¿Cómo está nuestro chico?", preguntó con una sonrisa.

"Está muy bien. Ojalá no lo viera con tan poca frecuencia. Está creciendo muy deprisa".

"Lo siento, tío". Alan me dio una palmada en el hombro de una forma varonil que denotaba su aprecio por mi difícil situación. "Pareces un hombre al que le vendría bien una copa. ¿Qué te sirvo?"

"Una cerveza, gracias, socio".

Alan miró a su alrededor y llamó la atención del camarero que charlaba con el barman. Se acercó a nuestra mesa. Alan pidió dos cervezas y una pizza. De repente me di cuenta de que tenía hambre. Se me hizo la boca agua al pensar en salchichón cubierto de queso untuoso.

"Cada vez que comemos pizza y cerveza pienso en la época en que eso era todo lo que podíamos permitirnos", me reí.

"Seguro que hemos avanzado mucho desde entonces".

"La vida era tan sencilla entonces, aunque apenas tuviéramos comida suficiente para mantener nuestras costillas cubiertas".

"Es verdad. De todos modos, no te he invitado aquí solo para tranquilizarte con cerveza y pizza", dijo Alan.

"¿Qué pasa?" No sabía si podría soportar más noticias deprimentes.

"Siento hacerte esto, amigo. Sé que estamos muy ocupados y todo eso, pero necesito tomarme unos meses libres".

"¿Por qué? ¿Qué pasa?" Alan me estaba poniendo nervioso. Prefería masticarse un brazo antes que tomarse unas vacaciones. Fueran cuales fueran sus noticias, tenían que ser graves.

"Es mi padre. Por fin le han llegado los resultados de las pruebas que le hicieron los médicos. Las noticias no son buenas. Está muy enfermo. Está flotando en el aire la palabra que empieza por C".

"Oh, colega, lo siento mucho".

"Gracias, Reed. Mi padre ha tenido unas buenas entradas. Supongo que no podemos vivir eternamente. Pero quiero estar a su lado. Necesito estar ahí para él y para mamá".

"¿Cómo lleva tu madre todo esto?"

"Es la misma optimista de siempre, pero veo que, por mucha fe que tenga, puede desmoronarse fácilmente".

"Es una mujer maravillosa. Tienes la suerte de tenerla, Al. De todos modos, estoy de acuerdo. No hay problema. No te preocupes por nada, amigo. Te tengo cubierto. Tómate el tiempo que necesites".

"Sí. Ya era hora de que hicieras algún trabajo en la oficina. No puedes pasarte todo el tiempo en tu barco". Alan sonrió, pero sus ojos estaban tristes. No iba a seguir hablando de ello.

"Qué divertido. ¿Cuándo te vas?"

"He reservado un vuelo a Italia para el próximo sábado. Me aseguraré de que tengas toda la información necesaria sobre en qué estoy trabajando actualmente".

"Ah, mierda", dije. "Olvidé que Felicia se va de baja por maternidad dentro de tres semanas. No me hace ilusión tropezarme con una empleada temporal que no distingue su culo de su codo".

"Sí, ¡nadie tiene tiempo para eso!".

"Será mejor que tenga todo el papeleo en orden antes del traspaso, para que

Felicia pueda poner al día a la chica nueva. Necesito esto como un agujero en la cabeza".

"Lo siento, colega".

"No lo sientas. Iba a pasar con o sin tu viaje. Sobreviviré".

"Tengo una solución. Hace poco contraté a una asistente personal de primera - una chica lista - para sustituir a Maude, que se jubila antes de fin de año".

"Cualquiera que echara un ojo a nuestro negocio podría pensar que, a estas alturas, cambiamos de personal más a menudo que de ropa interior", me reí.

"¿No es verdad? De todos modos, ¿por qué no te la llevas mientras estoy fuera? No quiero parecer un capullo y decirle ahora que ya no tiene trabajo", dijo Alan, y luego dio un buen sorbo a su cerveza antes de volver a hablar. "Empezará mañana. Te la presentaré y seguiremos a partir de ahí. ¿Qué te parece?"

"Me parece un gran plan".

"Somos demasiado listos", sonrió. "Ahora, ¿dónde está esa maldita pizza?".

JESSICA

"¿Qué tal me queda?"

Era mi primera mañana de trabajo para *Bits and Bytes*, y quería tener el mejor aspecto posible. Anabel me echó un vistazo.

"No vas a llevar esos zapatos, ¿verdad?".

Me miré los pies.

"¿Por qué? ¿Qué les pasa?". Sentí un poco de pánico ante su pregunta.

"¡Te pillé!" Anabel soltó una carcajada. "Te estoy tomando el pelo. Tienes un aspecto muy profesional, con un puntito de zorra".

"¡Ni siquiera sé por qué te pido tu opinión!".

"Porque me quieres", soltó Anabel una risita.

"Tienes suerte de que seas de la familia. En fin, después de ese ligera crisis de ansiedad, estoy lista para salir. Deséame suerte".

"¡Suerte!"

"*¡Gracias!*" Grité mientras cerraba la puerta tras de mí.

El edificio de *Bits and Bytes* estaba a unos cuantos kilómetros de nuestro apartamento. No era una persona perfecta, pero me empeñaba en llegar siempre a tiempo. Odiaba que la gente llegara tarde. Me cabreaba mucho.

Mamá y papá me compraron mi primer coche cuando terminé la universidad. Me alegré mucho de que captaran mis indirectas no tan sutiles y me compraran un

Volkswagen Escarabajo amarillo. Lo vi una vez en una película y esa era yo. ¡Vendido!

No me importaba que a mis amigos les pareciera una tontería, pero pegué una de esas monadas de "flor en maceta" que bailan con el sol en mi salpicadero. Una chica debe seguir siendo joven y moderna. Así que *Patty la Maceta* y yo salimos a la carretera y nos enfrentamos juntas al tráfico.

A mitad de camino, sonó mi teléfono. El Bluetooth del equipo de música del coche mostró el identificador de llamadas de mamá.

"Hola, mamá".

"Buenos días, mi amor. Tu primer día, ¿eh? Espero que no estés nerviosa".

"Un poco".

"No lo estés. En cuanto vean lo lista que eres, nunca te dejarán marchar".

"Ah, gracias, mamá. ¿Cuánto te ha pagado papá por decir eso?".

Mamá se rio y pude oír a papá gritar de fondo. "¡Zapatos! Me costó un par de zapatos nuevos".

"¡Vaya! Gracias, chicos. Os quiero a los dos. Patty y yo tenemos que colgar ahora. El tráfico es una yegua".

"Vale, cariño. Que tengas un buen primer día. Te quiero".

Mis padres no me daban mucho la lata, más bien se interesaban de verdad por la vida de Anabel y por la mía. No podría haber pedido un entorno de apoyo mejor. Pero no todo eran besos y abrazos. Se hacían oír cuando Anabel o yo tomábamos malas decisiones. El lema de la familia era: "Levántate, sacúdete el polvo y deja de hacer tonterías".

Un taxi estaba justo encima de mí, prácticamente metido en mi maletero. Le hice señas al conductor para que se fuera y le solté mi mejor colección de improperios. Probablemente el gilipollas había encontrado su carné de conducir en un paquete de patatas fritas. Me sentí agradecida cuando vi el edificio de mi nueva oficina.

La arquitectura moderna e industrial era adecuada para el tipo de negocio que albergaba. Fresco y moderno, a diferencia del cochambroso lugar en el que trabajé durante mis prácticas. Seguro que este lugar no olía a moho ni a sueños

rancios.

Aparqué el coche en el garaje subterráneo.

Aquí estaba. Primer día. Nuevos comienzos. Deja de procrastinar, Jess. Saca el culo del coche y ve a por ellos.

Las puertas del ascensor se abrieron poco después de que pulsara el botón. Entré y seleccioné la cuarta planta. Consulté una vez más el espejo de largo alcance de la pared del fondo y esperé a que se abrieran las puertas.

En cuanto salí del ascensor y entré en la cuarta planta, recordé por qué me hacía tanta ilusión trabajar en *Bits and Bytes*. La decoración futurista, lúdica y amigable con la tecnología era acogedora. Los marcos rectangulares verde lima con mamparas de cristal y los pufs amarillo brillante daban la clara impresión de que este era el lugar donde nacían y se alimentaban las ideas tecnológicas emocionantes.

"Buenos días", me saludó una amable voz masculina. Me giré y vi a un hombre joven con una sonrisa radiante.

"Hola".

"Soy Tristán. Bienvenida a la familia. Maude nos ha dicho que te incorporabas hoy".

"Encantada de conocerte, Tristán. Soy Jessica. ¿Son todos aquí tan amables como tú?"

"Sí. Asustamos a los más agrios", sonrió.

"Es bueno saberlo".

"Te acompañaré a tu despacho. Maude llegará un poco más tarde de lo habitual esta mañana. Si necesitas algo, avísame".

"Gracias, Tristán. Lo haré".

Le seguí mientras nos dirigíamos a mi nuevo hogar lejos de casa. Pasamos junto a un buen número de mamparas de cristal y pufs antes de que se detuviera ante una puerta doble. La abrió y se apartó para que yo pudiera pasar.

"Tu escritorio está allí, Jessica, junto al de Maude por ahora. Cuando ella se vaya a disfrutar de todo lo que ofrece la jubilación, tú pasarás al asiento de la niña

grande". Me guiñó un ojo con alegría.

Me reí y le di las gracias. Sonrió, saludó con la mano y volvió silbando a su puesto.

Miré a mi alrededor para asimilarlo todo. El despacho donde trabajaban los socios era tan funky como el resto del espacio, pero también tenía una elegancia inconfundible. Desembalé mi fiel parafernalia de trabajo y la coloqué sobre mi escritorio. Estaba a punto de prepararme un café - había visto una máquina de café italiano en un rincón de la recepción - cuando una voz me hizo levantar la vista.

"Hola, Jessica. Me alegro de conocerte en persona".

Reconocí la cara y la voz de las conversaciones mantenidas por Skype. Era mi nuevo jefe, Alan.

"Buenos días. Yo también me alegro de conocerte por fin cara a cara".

"Tristán me ha dicho que te ha explicado todo".

"Lo ha hecho, sí. Un chico muy simpático".

"Verás que todos los que trabajan aquí son muy amables. No hay nada peor que tropezar con caras largas cuando intentas gobernar el universo de la tecnología".

"Claro", coincidí.

"Bueno, bienvenida. Me alegro de tenerte en el equipo. Maude llegará pronto. Te presentaré a mi compañero, Reed, cuando llegue".

"Gracias. Me encantará".

"Estaré en mi despacho".

Y con eso, mi nuevo jefe desapareció en su despacho y cerró la puerta tras de sí.

Cuando hablamos por primera vez, me di cuenta de que era un poco raro. Me alegré de que mis instintos dieran en el clavo. Parecía un profesor chiflado, con ojos inteligentes, y modales desenvueltos.

Maude llegó poco después, como me había prometido. No era en absoluto lo que yo esperaba. Me imaginaba que tendría unos cuarenta años, más que una mujer en edad de jubilarse.

"Sé lo que estás pensando", dijo Maude como si me leyera el pensamiento. "No soy una vieja que se jubila para poder jugar al Bridge y llevar a mis gatos y a mis nietos al parque". Se rio de su propio chiste.

"Vale, tengo que admitir que no eres lo que me había imaginado", concedí.

"Bueno, cuando tu marido suba por la escalera de la empresa y empiece a ganar mucho dinero, será el momento de disfrutar de la vida en playas extranjeras y hacer pandilla en balnearios con tus amigas".

"Estoy celosa", admití.

"Te va a encantar estar aquí. Los chicos son de lo mejor, y el trabajo es divertido".

"Me entusiasma".

Sonó el timbre del escritorio de Maude. La miré mientras contestaba.

"Buenos días. Sí. De acuerdo. No hay problema. Le llamaré".

Colgó e hizo un gesto para que me sentara mientras marcaba.

"Buenos días, Reed. Estoy bien, gracias", dijo tras un breve silencio. "Alan quiere saber si tienes un momento para pasarte por su despacho".

Tras otro breve silencio, dijo "Gracias". Maude colgó.

"Es hora de conocer al otro socio", me dijo.

"Estupendo".

El jefe *número dos* no tardó mucho en entrar en el despacho.

"Hola, señoras", saludó.

No hablé de inmediato. En lugar de eso, me quedé mirándole como una idiota. Reed era guapísimo. Alan era atractivo, pero Reed se llevaría el premio de 'Tío más mareante!'. Salí de mis pensamientos depravados cuando me di cuenta de que me estaba mirando fijamente, claramente esperando a que hablara.

"Reed, ella es Jessica, mi sustituta. Jessica, te presento a Reed, la otra mitad del dúo dinámico".

"Un placer", dijo Reed y extendió el brazo para darme la mano.

"Encantada de conocerle, Sr. Andrews".

"Por favor, llámame Reed".

"Lo haré".

Sonrió y se dirigió hacia el despacho de Alan. No tardó en desaparecer de mi vista, pero no antes de que me fijara detenidamente en su culo perfecto.

"Es un encanto, ¿verdad?", sonrió Maude.

Me sonrojé y sonreí. "Es bastante guapo", dije.

"Bien, vamos a instalarte y te explicaré tus tareas".

"De acuerdo".

Maude y yo estábamos a punto de ponernos en marcha cuando Alan abrió la puerta.

"Jessica, ¿puedes pasar a mi despacho para una charla rápida?".

"Claro". *Allá vamos*, pensé. Empieza el espectáculo.

REED

La puerta de Alan se abrió y aquella diosa entró. Cuando Alan había elogiado a Jessica, no mencionó que había contratado a una mujer tan atractiva. Jessica era un diez. Maude era mona, pero esta mujer la superaba.

Me sentí como si mi vista se clavara en los tallos mientras la observaba caminar hacia nosotros, con sus curvilíneas caderas contoneándose al moverse. Estaba seguro de que nunca había visto un pelo tan brillante y negro. Lo llevaba largo, hasta los hombros, lo que enmarcaba perfectamente su rostro ovalado. Sus pestañas negras como el carbón hacían que sus ojos color jade resaltaran sobre su piel aceitunada.

"Ah, *bonjour* Jessica. *Ca Va*?" Alan era un fanfarrón insoportable a veces. Hablaba alemán y francés, una habilidad que había aprendido de sus abuelos.

"*Je vais bien, merci. Et tu*?"

"*Ca Va, Bien*".

"De acuerdo", dije. Creo que ya está bien de presumir, gracias, Alan".

"Jessica, él es mi compañero, Reed Andrews. Reed, te presento a mi nueva asistente personal, Jessica Moore".

Jessica y yo intercambiamos formalidades antes de que Alan le pidiera que se sentara. Esperé a que Alan empezara su explicación sobre el cambio de planes que supondría que Jessica trabajara para mí en vez de para él.

"Reed y yo queremos darte oficialmente la bienvenida al equipo de *Bits and Bytes*".

"Gracias, Alan", respondió ella. Jessica sonreía, enseñando sus bonitas mejillas.

"Sin embargo, ha habido un ligero cambio de planes", dijo.

Jessica parecía confusa, pero se tomó el comentario de Alan con calma. Si estaba nerviosa, no lo reveló demasiado.

"¿Un cambio de planes?", preguntó, mirando de Alan a mí y luego de nuevo a Alan.

"Mi padre está enfermo, así que pasaré los próximos seis meses más o menos visitando a mis padres en Italia".

"Lo siento mucho", dijo Jessica con lo que parecía auténtica preocupación.

"Gracias".

"No quiero ser insensible", dijo Jessica, "pero ¿dónde quedo yo?".

Valiente, pensé. Mis vísceras temblaron ligeramente.

"Tu entrevista ocurrió en un momento extraño y favorito para ti", dije.

"¿En qué sentido?"

"Mi asistente personal va a coger pronto la baja por maternidad. Alan habla muy bien de ti, así que me gustaría ofrecerte el puesto de mi asistente".

Soltó un suspiro. "Dios mío".

"Lo siento. Es una noticia muy reciente".

"Oh, mis disculpas", dijo y me sonrió. "Gracias, estoy impaciente por trabajar para usted, Sr. Andrews".

"Por favor, llámame Reed. Estoy seguro de que Maude pronto te pondrá al día".

"He conocido a Maude. Una dama encantadora", sonrió Jessica.

"No hay duda de que lo es".

"¿Nos disculpas, por favor, Jessica?". Le preguntó Alan cortésmente.

"Por supuesto".

Jessica salió del despacho de Alan y cerró la puerta.

"¿Supongo que te has olvidado de mencionar que una de sus excelentes cualidades es su aspecto?". Sonreí a Alan.

"¿Es guapa? No me había fijado". Alan me sonrió.

"Ajá. Apuesto a que lamentas que te la haya arrebatado".

"Y cómo".

"Gracias, Al".

"De nada. Le pediré a Maude que reúna los archivos y te los envíe por correo electrónico lo antes posible. Estoy aquí unos días más por si hay algo que necesites aclarar".

"Estupendo, gracias".

"Por cierto, lo noté", dijo Alan cuando estaba a punto de levantarme.

"¿De qué hablas?"

"Vi cómo tus ojos seguían cada movimiento de Jessica".

"Es una mujer preciosa. Tendría que estar ciego para no darme cuenta".

Alan seguía sonriendo. Me sentí obligado a convencerle de que se equivocaba.

"De ninguna manera volveré a caer en la rutina de la asistente sexy".

"¿Sabes lo que dicen? Nunca digas nunca".

"Vamos, Al. Tú, mejor que nadie, deberías saber lo que pienso de mojar la pluma en la tinta, cuando trabajo".

"Que Caroline haya sido un desastre, no significa que todas las mujeres guapas que cruzan las puertas de *Bits and Bytes* estén condenadas a repetir la historia, Reed".

"Debería haber sabido al cabo de unas semanas lo que sabía hacer Caroline. Era completamente inútil con las tareas de oficina".

"Sí, pero con un culo como el de ella, el trabajo de oficina es una tontería".

"No puedo creer cómo los padres de mi exmujer se imaginaron que su mimada hija de la alta sociedad se adaptaría a la mundana existencia de la clase trabajadora".

"Supongo que esperaban que su último esfuerzo le enseñara las realidades de la vida real. Fue culpa de ellos. Crearon un monstruo y se volvieron locos cuando no pudieron volver a meterlo en la caja".

"Bueno, esa mujer me engañó. Me enamoré de ella hasta que fue demasiado tarde. Caroline activó el interruptor de perra poco después de nuestra boda y siguió adelante".

"Eres un alma leal, Reed. Yo le habría dado una patada en el trasero mucho antes que tú".

"El orgullo testarudo es algo peligroso, Al. Si no estuviera tan decidido a mantener unido mi matrimonio, me habría marchado antes".

"Tienes una bendición increíble para sanar tu corazón, Reed".

"Efectivamente. Es patético, pero estaba seguro de que la maternidad haría volver en sí a Caroline. Demasiado para mi teoría".

"No quiero ser grosero, Reed, pero el fondo fiduciario de Caroline está por encima de tu amor. Eras un medio para un fin".

"Un hecho del que me arrepiento", dije. "Vale, ya está bien de dar tumbos por el carril de los recuerdos, gracias. ¿Cómo está hoy tu padre?"

"Mamá dice que es muy valiente. Es lento de pies, pero no se queja".

"¿Va a venir Jen en avión?"

"Sí, llegará una semana después que yo. Tiene que organizar a su familia para poder venir".

"Supongo que es difícil para tu hermana viajar con niños pequeños. ¿Asumo que los dejará con Ben?".

"Sí, la madre de Ben se ha ofrecido amablemente a cuidar de los pequeños cuando Ben esté en el trabajo. Es una mujer maravillosa".

"Tu hermana eligió sabiamente. Ben y su familia son joyas".

"Eso seguro. De todos modos, mamá está impaciente por tener a sus dos 'bebés' en casa. Aunque sea en circunstancias tan difíciles. Hace años que Jen y yo no estamos en casa al mismo tiempo. Nuestros calendarios simplemente no coinciden".

"¿Cara va contigo?"

Cara era la prometida de Alan. Estaba enamorado de ella desde el instituto. El tonto de la cara llena de granos solía acecharla cada vez que podía, hasta que un día ella se le acercó en el comedor y le dijo que dejara de andar a escondidas y le pidiera salir.

El pobre Alan estaba tan sorprendido que no pudo articular palabra. Se limitó a asentir y a aceptar el papel con su número de teléfono. Estaba tan estupefacto como él. No porque Cara le hablara por fin, sino porque en todo el tiempo que llevaba conociendo a Alan, nunca lo había visto quedarse sin habla.

"Sí. Papá la adora. Pensé que lo correcto era llevarla conmigo. Esperábamos que papá estuviera lo bastante bien para asistir a nuestra boda, pero ya no sé si eso es posible".

"Vamos, Al. Anímate. Tu padre superó guerras y hambrunas. Es a prueba de balas".

Alan se quedó mirando por la ventana. Vi que se le empañaban los ojos, así que pensé que era mejor dejarle en paz.

"Ya. Me encantaría quedarme aquí charlando todo el día, pero tengo trabajo".

Alan salió de su ensimismamiento.

"Vale, charlaremos luego". Luego, como ocurrencia tardía, sonrió y dijo: "Disfruta de tu bonito regalo de mi parte para ti".

"¿Qué puedo decir, Al? Eres un amigo".

Dicho esto, dejé a Alan y acompañé a Jessica a mi despacho. Felicia se sorprendió un poco al ver a aquella mujer explosiva a mi lado. Cuando le expliqué la situación a mi asistente personal, que se arrastraba y estaba muy embarazada, le dio una calurosa bienvenida y se puso en marcha como una asistente personal extraordinaria.

Cuando abrí la puerta de mi despacho y me acerqué a su mesa aquella tarde, esperaba que Jessica estuviera resoplando por la carga de trabajo que le había enviado Maude. Había pasado la mayor parte de la mañana hablando con nuestros técnicos de Londres. Era importante para el bienestar de nuestra empresa estar al día de las últimas tecnologías y tendencias en el campo del software.

Jessica, la diosa, parecía fresca como una rosa. Sin el ceño fruncido, sin caos en su escritorio y sin miradas irritadas de reojo hacia mí por parte de Felicia. Empezamos bien. Jessica charlaba alegremente con Felicia. Estaban en medio de una conversación, así que escuché, curioso por conocer a mi nueva *mano derecha*.

"Aquí tienes el número de nuestros intérpretes. Tenemos muchos clientes internacionales, así que cuando los contactos o las llamadas telefónicas necesiten explicaciones o requieran traducción, puedes concertar citas con estas almas serviciales."

"Gracias, Felicia, pero estoy segura de que no necesitaré su ayuda".

"¿Y por qué?" Preguntó Felicia con asombro.

"Hablo cuatro idiomas. Creo que me las arreglaré".

"Eso es muy impresionante, Jessica", dije en voz alta.

Mi voz la sobresaltó. "Madre mía. No te había visto acercarte sigilosamente", se rio.

"¿Cómo va la carga de trabajo, Felicia?". Le pregunté.

"Es un montón, pero entre Jessica y yo nos las arreglaremos".

"Bien. Bueno, dejaré que os pongáis manos a la obra. Felicia, estaré fuera el resto de la tarde. Os veré a las dos por la mañana".

"No hay problema, jefe", dijo ella y siguió tecleando.

"¿Has tenido un buen primer día, Jessica?"

"Sí. Hay muchas cosas de las que ocuparme, pero pronto lo tendré resuelto".

"Bien".

Se hizo un silencio medio incómodo. Me marché antes de parecer un imbécil. O peor aún, un gilipollas.

JESSICA

¡JODER!

El corazón seguía latiéndome en las sienes cuando llegué a casa a las seis de la tarde. Me había dado por perdida cuando Alan me dijo que mi nuevo empleo se había convertido en un despido "el maldito primer día".

"¿Un día duro en *Tech Town*?" Preguntó Anabel cuando me tumbé en el sofá".

"Necesito un vaso de vino. Y rápido".

"Sí, Su Alteza", se rio Anabel. "¿Qué ocurrió?"

"Tráeme un vaso de rosado helado y te lo cuento".

"¡Caramba! A tus órdenes".

"Siempre con una respuesta lista, ¿eh?".

"Jaja. Toma", dijo y me tendió mi salvavidas líquido. "¿Qué ha pasado?"

"Creí que había perdido el trabajo antes de empezar".

"¡Mierda! ¿Qué has hecho?"

"Nada".

"No lo entiendo. Vas a tener que explicármelo".

"Estoy a punto de hacerlo. Primero déjame beber un poco de este vino". Bebí un buen trago y dejé el vaso sobre la mesa del salón.

"Ahhh, así está mejor. Te lo explico. Me he reunido con mi nuevo jefe, y después

de un segundo y medio infarto, me ha dicho que se iba a Italia seis meses".

"Joder. Eso no puede ser bueno".

"No me digas. De todas formas, el socio de mi jefe ha salvado el día y me ha contratado, ya que su asistente personal se va pronto de baja por maternidad".

"¡Qué mierda! Por los pelos".

"Mi pelo negro casi se vuelve blanco".

"¿Cómo es tu nuevo jefe?". Preguntó Anabel.

"No es muy hablador. Por otra parte, cuando tienes su aspecto, hablar es totalmente innecesario".

"Ooh, ¿tan bueno está?".

"Ana, no me creerías si te lo dijera".

"No estoy segura de si es algo bueno o malo", comentó Anabel.

"Por favor. El trabajo es el trabajo, y yo no cago donde como".

Anabel se rio desde las tripas. "Lo dices tan a la ligera, como si la lujuria, la atracción y el amor fueran botones que podemos encender y apagar".

"Woah, más despacio, hermanita. Nadie está hablando de amor ni de relaciones. Voy a disfrutar viendo su culo firme moviéndose por la oficina, pero eso es todo".

"Y todos pensábamos que tú eras la lista". Anabel puso los ojos en blanco. "Descríbemelo".

"Alto, rubio, ojos color caramelo, físico de nadador. Ah, y ya lo he mencionado, un culo capaz de parar el tráfico".

"Un ejemplar perfecto de hombre viril de caramelo, entonces".

"Más o menos. Hoy he husmeado un poco. Felicia, su asistente personal, que está embarazada, me ha dicho que se ha divorciado hace poco y que tiene un adorable hijo de cuatro años. No me dijo nada más y no la presioné".

"A mí no me engañas. No habrías curioseado si no tuvieras un poco de curiosidad".

"Es importante tener todos los datos. Si voy a impresionar a Reed, necesito saber todo lo que pueda aprender".

¿"Reed"? Veo que no has tardado mucho en tutearlo". Anabel dio un sorbo a su vino, pero tenía una mirada diabólica.

"Cálmate, Cupido. Alan y Reed son jefes de nueva generación. Se acabó la mierda de sí, señor, no, señor. Esa estupidez de los dinosaurios ha muerto. Afortunadamente".

"¿Qué edad tienen los socios?"

"Sé que Reed tiene 32 años, y sospecho que Alan también. Felicia me dijo que fueron juntos al colegio".

"Felicia es todo un labio flojo, ¿verdad?".

"Es encantadora", dije, y me levanté para rellenar mi vaso.

Estaba cansada de hablar de la oficina, así que cambié de tema. Sinceramente, era una buena idea, porque así tendría menos oportunidades de hablar maravillas de Reed.

"¿Qué cenamos, Ana?" Rebusqué en la nevera.

"La semana pasada hice una lasaña para Craig y los niños, y les encantó. Tengo todo lo que necesito. Voy a preparar una".

"Suena divino. ¿Te importa si me meto en la ducha? Te ayudaré a preparar la cena después".

"Yo me encargo. Has tenido un día agitado. Mañana por la noche te tocará a ti preparar la cena. Y nada de pizza". Me gritó Anabel mientras me alejaba.

Prefería navegar en yate o correr por senderos de montaña que cocinar. Sabía hacerlo, pero no me producía ninguna de esas sensaciones catárticas de las que solía hablar Anabel. Era más feliz cuando no tenía que perder el tiempo en la cocina.

"Sí, sí. Cocinaré yo. Te pareces demasiado a tu madre".

"*¡Cállate!*" Gritó Anabel. La oí reírse de fondo.

La lasaña estaba deliciosa. Anabel era muy buena cocinera. Con la barriga llena de comida y dos botellas de vino espolvoreadas entre mi hermana y yo, me fui a

dormir. El segundo día probablemente sería tan ajetreado como el primero. Antes de darme cuenta, estaba dormida.

* * *

Me levanté antes de que sonara el despertador. Mi rutina matutina consistía en salir a correr en cuanto me despertaba. Era mi momento para pensar y estar completamente sola. Después, una ducha seguida de un café para Anabel y para mí, engullía uno o dos cruasanes y me iba a trabajar.

Aquella mañana la oficina era un hervidero de actividad. Supuse que se debía a que Alan estaba fuera por un tiempo, así que todo el mundo estaba a bordo para ayudar a llevar la carga. Cuando me dirigía a mi despacho, me crucé con dos mujeres que estaban en la puerta.

"Así que eres la chica nueva", dijo una de ellas. Me dio la impresión de que no estaba planeando una fiesta de bienvenida para mí a corto plazo. La otra mujer tampoco era muy cariñosa.

"Hola, mi nombre es Jessica", dije con una sonrisa, con la esperanza de demostrarles que no era una amenaza para el club de chicas.

"Donna y ella es Lisa".

"Encantada de conoceros".

"Trabajas para Reed, ¿verdad?". Preguntó Donna.

"Sí. Fue un plan de última hora. Me contrataron para trabajar para Alan, pero hubo un cambio inesperado de planes".

"Bueno, bienvenida de todos modos". Lisa esbozó una media sonrisa.

"Gracias".

No tenía sentido estar cerca de las hermanastras feas, en sentido figurado, así que me dirigí a mi nuevo escritorio.

"Veo que has conocido a las gemelas con carita de zorra dormida", sonrió Felicia con picardía.

"Efectivamente. ¿Son siempre tan cálidas y acogedoras?".

"Digamos que están un poco molestas porque eres guapísima y trabajas para Reed. A todas las mujeres de esta oficina les encantaría trabajar a sus órdenes, ya me entiendes".

"Ah, ya veo. Ah, y gracias por el cumplido".

"Eres preciosa. Si yo tuviera un cuerpo como el tuyo, no perdería el tiempo trabajando en una oficina como asistente personal. Deberías estar en alguna playa tomando cócteles y luchando contra millonarios cachondos".

No pude evitar reírme ante la alegría de Felicia.

"Claro que no. Quiero mi propio dinero. Ningún Sr. Bolsas de Dinero va a manejarme. No estudié mucho para acabar siendo una mujercita embarazada y descalza en la cocina".

"¿Qué estudiaste?" Preguntó Felicia mientras abría un archivo en su ordenador.

"Idiomas e informática".

"Te pido disculpas. No tenía ni idea de que fueras una chica tan lista", se rio Felicia. "Entonces, ¿por qué trabajas de asistente personal?".

"Es una buena forma de poner en práctica la teoría. Me encantan los dos campos, así que pensé en darle una oportunidad a la informática. Cuando haya aprendido todo lo que pueda, seguiré adelante y trabajaré como intérprete".

"Me parece que ya tienes tu vida planeada. Qué bien. Si quieres una sugerencia de alguien mayor... Ve más despacio. Disfruta del viaje. La vida suele lanzarnos algunas bolas curvas".

"Eso me han dicho".

"De acuerdo. Empecemos el día de forma productiva".

"Ayer terminé la mayor parte de los archivos. ¿Por qué no te traigo un té? Necesitas descansar. Estoy lista para que me des órdenes", sonreí.

"Espero que Reed te aprecie. Eres una joya. Dos de azúcar, por favor".

A la semana siguiente ya tenía casi todos los entresijos. No sabía si me lo había imaginado, pero juraría que había pillado a Reed mirándome unas cuantas veces. Al principio, lo ignoré e incluso tuve unas palabras severas con mi ego.

Mi jefe no hizo ningún movimiento ni comentario insinuante, pero yo siempre

sabía cuándo un hombre estaba interesado en mí.

Tras una bonita despedida, Felicia se fue de baja por maternidad. Y no demasiado pronto, por lo que oímos. Supuse que su hijita tenía prisa por conquistar el mundo. Las niñas suelen tenerla. Para entonces ya me sentía muy cómoda manejando las cosas por mi cuenta. Le envié un ramo de rosas y la felicité por su nuevo bebé. Hice creer que la tarjeta era de parte de Reed y mía.

Una tarde sonó el teléfono de mi mesa. Reed me había pedido antes que le retuviera las llamadas porque estaba ocupado, así que cuando una mujer muy mandona insistió en hablar con él, le pregunté si podía coger el recado y Reed la llamaría.

No fui capaz de escribir un mensaje, ya que no podía anotar muy bien las palabras que me lanzaba la dragona chillona. Antes de que pudiera explicarme, terminó la llamada. Deduje por la viciosa aplicación de su lengua que probablemente se trataba de la ex de Reed. No me extrañaba que mi jefe estuviera tan callado. Apuesto a que no era capaz de dirigirle ni una palabra. Pobre hombre.

REED

Sonó mi móvil mientras estaba metido hasta los codos en la nueva propuesta en la que Alan y yo llevábamos meses trabajando. Maldecí. Debería haberme acordado de apagar el volumen. Eso era lo malo de los móviles: ¡nunca estabas a solas!

Miré el identificador de llamadas y se me cayó el alma a los pies. ¿Nunca volvería a tener paz? No tenía un puto respiro.

Contesté, cambié al modo altavoz y coloqué el teléfono sobre mi escritorio. No tenía sentido hablar. De todos modos, no iba a decir ni una palabra, así que escuché.

"¿Quién es esa zorrita estúpida y snob que ha contestado al teléfono de tu despacho, Reed? ¿Dónde está Felicia?"

"Hola, Caroline. Estoy bien, gracias por preguntar".

"No estoy de humor, Reed, así que no me pongas a prueba".

"Nunca estás de humor cuando se trata de mí, ¿verdad?". Era una chiquillada, pero no podía evitar clavarle el cuchillo de vez en cuando.

"Cuidado, Reed. Te estás volviendo demasiado pretencioso".

"No soy el único", golpe número dos. "¿Qué puedo hacer por ti, Caroline?"

"Para empezar, puedes responder a mi pregunta. ¿Dónde está Felicia?"

"No es que te afecte, pero hace poco dio a luz a un bebé. Felicia no volverá a bailar a tu son durante algún tiempo. Tengo una nueva asistente personal".

"Ya veo. Supongo que voy a enseñar a esa nueva a hacer lo que le pida sin darme el coñazo. Déjame adivinar: rubia, con pechos grandes y sueños de ascender en la empresa seduciendo al jefe".

"No. La última vez que ocurrió eso, las cosas no salieron demasiado bien. Pero, por otra parte, estoy seguro de que conoces esa catastrófica decisión".

"¡Cabrón!"

"Lo siento, Caroline, pero el zapato encaja".

"Me pregunto qué pensaría Oliver si supiera cómo le hablaba su padre a su cariñosa madre".

Casi me atraganto mientras intentaba no reírme histéricamente de su delirio. Mi exmujer no reconocería el concepto de "maternidad amorosa" ni aunque le mordiera el culo.

Cierra el pico, Reed. No es el momento.

"Caroline, deja a Ollie fuera del asunto. Es solo un niño. No es culpa suya que no pudiéramos seguir juntos. Ve al grano. ¿Por qué me has llamado?"

"En realidad, es por Oliver", dijo. Se me encogió el corazón.

"¿Qué pasa con él?"

"Necesito más pensión alimenticia y manutención. ¿Cómo vamos a arreglárnoslas Oliver y yo con la miseria que nos das?

"Estás de broma, ¿verdad? ¿Estás colocada?"

"Qué cosas más terribles dices. Ya deberías saber, Reed, que nunca bromeo con el dinero. ¿O lo has olvidado?"

"Caroline, te pago más que suficiente. Te aseguro que es menos probable que los lobos visiten tu puerta que nadie que yo conozca. Tienes que aprender a gastar menos en cosas que Oliver y tú no necesitáis".

"Oh, no seas tan dramático. ¿Qué sabes tú de mis necesidades? Soy una mujer de alcurnia. Tengo una imagen que mantener. Prometiste cuando te casaste conmigo que siempre cuidarías de mí. ¿O has olvidado esa promesa?"

"En primer lugar, yo, en tu lugar, no usaría la palabra promesa. En segundo lugar, tu familia dispone de más dinero que la de un país de tamaño medio. La

verdad es que te han malcriado. ¿Por qué no le pides dinero? Ah, sí, eso es. Están de acuerdo conmigo en lo que necesitas".

"Escucha con atención, Reed. Voy a darte una oportunidad más, imbécil. Esta noche. A las ocho. En el Palace. Será mejor que estés allí para que podamos hablar de esto. Seguro que no tengo que recordarte lo que pasará si no te portas bien".

Antes de que pudiera decirle lo que pensaba de su amenaza, terminó la llamada.

¡Joder! ¿Por qué has cogido la llamada, idiota?

No tenía elección. Oliver era para mí más valioso que nada en el mundo. Respondí porque mi hijo podía necesitarme. Nunca me perdonaría no haber estado allí en caso de emergencia.

Por desgracia, me encontré entre la espada y la pared. No podía permitirme hacerla enfadar demasiado a menudo, o me haría la vida imposible. No quería al pobre Ollie atrapado en medio de dos padres en guerra.

Cásate, decían. Será tan satisfactorio, decían. Sí, claro.

Pensé que dirigirme y navegar en el yate de nuestra empresa y luego tomarme una cerveza fría me aliviaría mucho los nervios durante la cena. Además, el documento en el que estaba trabajando estaba prácticamente terminado. De todos modos, era imposible que pudiera concentrarme en él.

Jessica estaba trabajando duro en su mesa cuando salí de mi despacho. Me acerqué a ella después de contemplarla brevemente desde la distancia. Estaba jodidamente buena. Sentí una agitación en la entrepierna cuando me miró y sonrió.

"Hola, Reed".

"Siento la bronca que has sufrido. A mi exmujer le gusta hacer la puñeta a ciertas personas cuando está de humor".

"No hay problema".

"Gracias. Eres muy amable".

"Es parte del trabajo".

"No, en realidad no, pero gracias de todos modos".

"¿Necesitabas que hiciera algo por ti?" Preguntó Jessica.

"No. Ya me voy. Te veré por la mañana".

"Por supuesto".

"Quería decirte antes que tu trabajo es muy bueno. Sigue así".

"Me alegro. ¿Vas a pasar las llamadas a la oficina? Si lo prefieres, las atenderé por ti".

"No, está bien, gracias, Jessica. No tendré que preocuparme demasiado por mi teléfono donde voy".

"Eso suena intrigante", dijo Jessica con una sonrisa juguetona.

"No es un secreto de estado, la verdad", sonreí. "Voy a dar una vuelta en el yate de nuestra empresa".

"Ah, me encanta navegar. ¿De qué tamaño es?"

"Es un Grand Soleil 43, y es dueña de un trozo de mi corazón".

"Fantástico. Tienen unos interiores preciosos. El nuevo Grand Soleil 48 es estupendo, pero sigo prefiriendo el 43".

Me quedé estupefacto un momento.

"¿Cómo sabes tanto de navegación?".

"Navegando fue como me alimenté durante muchos años. Pasé el último año formando parte de una tripulación de vela que llevaba clientes por el Caribe".

"Parece un sueño. Tendremos que navegar juntos pronto".

"Me encantaría".

"Estupendo. De todos modos, nos vemos mañana".

Era consciente de que estaba posponiendo las cosas quedándome en su mesa, así que me marché antes de perderme de nuevo en sus ojos ahumados. Quise darme la vuelta y verla una vez más antes de que cerrara el ascensor, pero me resistí.

* * *

"¿Qué estás haciendo ahora?" Le pregunté a Dax cuando le llamé desde el teléfono del coche.

"Perdona, ¿quién es?"

"Qué gracioso. ¿Quieres ir a navegar?"

"No puedo dejar lo que estoy haciendo cada vez que quieres ir a navegar. No soy una prostituta. Tengo sentimientos. Ya sabes que soy un hombre sensible".

"Envía a la chica a casa y reúnete conmigo en el club náutico de los muelles", le dije a un gracioso Dax. "Si te portas bien, te invitaré a una copa después".

"Vale, no preguntaré. Nos vemos allí".

Dax era miembro de la alta sociedad local. Sus padres eran asquerosamente ricos, pero él se mostraba sorprendentemente relajado y despreocupado al respecto. Sinceramente, era uno de los tipos más guay que había conocido y un amigo leal.

Vivíamos en la misma calle cuando apenas teníamos edad para alcanzar el tarro de galletas de la encimera de la cocina. Normalmente era él quien arrastraba una silla por el suelo para poder llegar al tarro y pellizcar unas cuantas antes de irnos de "acampada" a la finca.

Estaba dolorosamente enamorado de mi hermana gemela, Ava. Tanto que se volvía todo pulgares cuando ella estaba cerca. Ella no estaba convencida de que fuera el chico para ella, pero Dax era un tipo persistente. Tenía la sensación de que era cuestión de tiempo que aceptara su forma de pensar. Sería una tonta si no lo hiciera.

Cuando Dax llegó a la grada, yo ya había preparado el yate y unas cuantas cervezas heladas.

"Ya era hora", le grité mientras caminaba hacia mí.

"Algunas cosas no se pueden precipitar", sonrió.

"Entonces, ¿vamos a hacerlo o qué?".

"¿Tiene la cerveza, capitán?"

"Eso es un rotundo 'claro que sí'.

"Hagámoslo".

Una vez en mar abierto, abrí dos botellas de cerveza y le di una a Dax.

"¿Qué ha hecho esta vez?"

"Quiere más dinero".

"Me tomas el pelo", dijo Dax con un desprecio incrédulo en la cara.

"Ojalá fuera así. Y lo triste es que probablemente cederé y se lo daré".

"¿Ollie? ¿Te está amenazando otra vez con la misma mierda de siempre?".

"Si no está roto no lo arregles. Tengo que dárselo a Caroline. Sabe cómo conseguir lo que quiere".

"Si cedes, volverá a apretarte la próxima vez que necesite 'reiniciarse' en un retiro en un balneario".

"Eso ya lo sé, Dax. Pero no sé qué más hacer. Solo puedo rezar para que no venga a mi despacho".

"¿Por qué?"

"Porque tengo una nueva asistente y Caroline se va a volver loca en cuanto la vea".

"Entiendo. Es un encanto, ¿verdad?

"Más bien... una diosa".

"Ahh. ¿Estás teniendo algo?"

"No, no lo voy a hacer. No volveré a cometer ese error".

"Reed, amigo mío. El eterno optimista".

"¿Qué otra opción tengo?"

"Buena observación. Tienes toda la razón. Estás jodido. Más vale que lo aproveches".

"¿Has pensado alguna vez en dedicarte a dar charlas motivacionales? ¿O quizás la de coach de vida? Te forrarías".

"Gracias por el consejo. Quizá cuando pierda mi trabajo de día".

JESSICA

Reed parecía haber envejecido unos cuantos años cuando salió de su despacho y se dirigió hacia mi mesa. Yo también sabía por qué. Las paredes del despacho retumbaban mientras hablaba por teléfono con quien supuse que era la misma mujer que hacía unos instantes me había hablado mal.

Me lo tomé con calma y le quité importancia cuando se disculpó conmigo. Por lo que había deducido de la conversación, el pobre ya había sufrido bastante. Me pregunté qué había pasado entre Reed y su mujer para que hubiera interacciones tan intensas. No era asunto mío, pero seguramente el hombre al que había observado durante unas semanas no podía ser tan mal marido. ¿O sí?

Decidí no preguntarle nada concreto a Felicia cuando habíamos hablado del divorcio de Reed. Los cotilleos de la oficina no eran el mejor lugar para enterarse de información precisa, para ser sinceros. Además, yo estaba allí para hacer mi trabajo. Ya tenía suerte de que mi jefe no se pareciera a un monstruo de la laguna negra. Disfruté de la vista.

Salí de la oficina hacia las cinco de la tarde. Hacía un tiempo perfecto para correr, así que conduje directamente a casa y me puse la ropa de correr. Mi charla con Reed dejó en mi mente una pizca de añoranza del océano. Anabel y yo elegimos bien nuestro apartamento cuando buscábamos casa. Ella y yo crecimos como proverbiales sirenitas. A nuestros padres les encantaba el mar, así que nuestra familia estaba en el agua o junto a ella cada vez que podíamos.

Metí el bañador y una toalla de playa en el maletero del coche antes de salir a correr. Decidí correr por una larga franja de playa, en vez de por los senderos de montaña que tanto me gustaban.

Aparqué en el famoso bar de carretera donde mi padre solía comprarnos helados después de pasar un largo día en la playa. Acalorados y cansados, a menudo quemados por el sol y a veces quejumbrosos, el dulce y frío manjar nos calmaba a Anabel y a mí, lo suficiente para que mamá y papá nos llevaran a casa, nos asearan y nos metieran en la cama.

Llamé a Anabel desde el coche.

"Adivina dónde estoy", le dije cuando respondió a la llamada.

"Sorpréndeme".

"Piensa en niños llorones y helados".

"¡Ah, estás en el bar de carretera! ¿Qué haces allí?"

"Voy a correr por la playa y a darme un baño. ¿Por qué no te traes el bañador y te vienes conmigo? Después me tomaré un helado".

"Es una idea excelente. Llevo todo el día sudando la gota gorda. Este calor veraniego no se anda con chiquitas".

"Genial. Hasta pronto".

"Te vas a quedar sin fuerzas después de correr. Yo hoy no he comido mucho, así que primero una hamburguesa de bar de carretera y cervezas, y luego helados".

"Y por eso es por lo que quiero a mi hermana".

Corrí unos diez kilómetros por la arena blanca antes de que me entrara el hambre. Cuando volví, Anabel estaba en el mar, divirtiéndose entre las olas. Me saludó al verme.

Nadé hasta donde estaba y floté de espaldas, subiendo y bajando sobre la cresta de las olas. Bendición.

"¿No te gustaría a veces que volviéramos a ser niñas, nadando todo el día y luego quedándonos dormidas en la parte de atrás del coche familiar de camino a casa, Jess?".

"Cada dos días", sonreí.

"¿Qué tal el trabajo?"

"Bien. Reed y yo nos llevamos bien. Es fácil trabajar para él. Sin dramas", dije, y

luego me zambullí bajo la espuma blanca de una gran ola.

"Me alegro por ti".

"Hablando de drama, hoy ha habido un incidente".

"No habrás ido a acorralarlo a su despacho y le habrás arrancado la camisa, ¿verdad?".

"No, pero es una idea condenadamente buena", me reí. "Su ex llamó y pidió hablar con él. Menuda zorra de clase A. Me insultó cuando le dije que Reed no estaba disponible para recibir llamadas".

"Parece una señora con clase", comentó Anabel.

"Vamos a comer. Te contaré más cosas tomando una cerveza y una hamburguesa en el bar de carretera".

Cogí la primera gran ola y la cabalgué hasta la orilla. Anabel eligió mal y se dejó caer.

"Joder. Tengo arena en cada orificio de mi cuerpo. No soy tan buena como tú cuando se trata de salir del gran océano azul". Anabel se sacaba arena del bañador mientras yo me reía.

Nos dirigimos a la zona de asientos exteriores una vez que nos duchamos fuera.

"Todavía tengo arena en el culo", Anabel hizo una mueca y se removió inquieta en la silla.

Una camarera bronceada, con el pelo largo y rubio y tatuajes de un loto en la parte posterior del hombro izquierdo y una tabla de surf en el antebrazo izquierdo, se deslizó hacia nosotros. Era la encarnación perfecta de una conejita playera en la portada de una revista de ropa de playa.

"Hola", dijo con una sonrisa radiante, "soy Sandy. Bienvenidas al Frankie's Roadhouse. ¿Qué os pongo?"

"Hola, Sandy. Dos Budweiser y dos hamburguesas con queso y patatas fritas con chile", pedí.

"Genial. Me alegra ver que la gente sigue comiendo auténtica comida", soltó una risita y se fue.

"Me comería un caballo con tostadas. Vale, háblame de la encantadora ex de

Reed", dijo Anabel cuando Sandy trajo la cerveza.

"Debe tener algo, Ana. Tenía a Reed en ascuas. Parecía que le había atropellado un tren cuando salió de la oficina".

"Pobrecillo. ¿Cuál es la historia?".

"No lo sé, pero después de haber sido acuchillada por su lengua afilada, me imagino que no es Miss Simpatía".

"Más bien un pez globo. ¿Qué le has dicho? A Reed, quiero decir".

"No quería torturarle más, así que le dije que estaba bien. Estaba tan tenso que se tomó el resto de la tarde libre para ir a navegar".

"¿A navegar? Debe de estar bien alquilar un yate cada vez que tu ex te echa la bronca", dijo Ana y puso los ojos en blanco.

"No, no, no. La empresa tiene su propio yate. Un Grand Soleil 43, nada menos, Ana, *querida*".

"Ah, perdón". Anabel se quedó pensativa un momento mientras masticaba un bocado de hamburguesa con queso. "Está decidido. Seducirás a Reed y te casarás con él. Siempre he querido invitar a amigos a tomar unas copas a bordo del yate familiar".

Me reí del exagerado acento de mi hermana.

"¿Sabe Craig que esperas un yate como regalo de bodas, hermanita?".

"Ahora sí. A la mierda el diamante. Quiero un yate y todo el champán que mi hígado pueda soportar".

"Por suerte para ti, Craig no es un indigente. Te mimará mucho, Ana".

"Ya lo hace. Por cierto, ¿cuándo fue la última vez que hablaste con Lexi? Está muy callada".

"No sé... Será mejor que la llame cuando lleguemos a casa. Por lo que sabemos, está retenida en alguna celda, limpiándose la sangre de su jefe de los dedos".

"Esta hamburguesa está buenísima, Jess. Me alegro de que la hayas sugerido. Ah, también, un plan diabólico brillantemente ejecutado". Anabel me miró mal cuando parecí despistada. "Mañana por la noche cocinarás tú".

"Claro, si vienes a correr conmigo".

"Pollo a la King, ¿vale?" Anabel sonrió.

"Será estupendo, gracias, hermanita".

* * *

"Buenos días, Lassie".

"Estoy en Inglaterra, estúpidas, no en Escocia".

"Ya lo sé. Pero Lassie suena bonito. ¿Te encuentras bien? Hace tiempo que no sabemos nada de ti".

"Aaahh, lo siento Jess. Seguro que mi alocada agenda se ralentizará pronto. Estoy decidida a ganarme a mi jefe con mi encanto y mi cálida personalidad".

Me reí de las palabras de Lexi. No porque no fuera encantadora y agradable, sino porque era una auténtica bomba.

"Si alguien puede hacerlo, Lex, eres tú".

"Gracias, cariño. ¿Cómo van las cosas por vuestra parte? ¿Cómo es tu nuevo jefe?"

Puse a Lexi al corriente de los interesantes acontecimientos que se habían producido desde la última vez que hablamos. No dijo ni pío mientras le contaba la historia casi trágica de mi nuevo jefe.

"No me lo puedo creer. Jessica Moore cae con el culo en la mantequilla una vez más".

"Por supuesto", dije.

"Supongo entonces que no tardarás en navegar en el yate de la empresa".

"Déjalo ya. Sé a lo que te refieres, y no, mantendré las manos quietas en el futuro inmediato. No hay nada como un romance de oficina que se estropee para joder una relación laboral".

Lexi y yo charlamos sobre nuestro viaje. Echaba de menos compartir con ella una botella de champán caro en la cubierta del yate cuando el calor del día había

amainado. Me burlé de ella por su bronceado, y ella me echó la bronca por un huésped viejo y rico en particular que me acorralaba cada vez que podía.

Ojalá Reed me acorralara a mí, pensé. ¿No sería divertido? Pero la verdad era que no sabía lo que haría si lo intentara. Esperaba no llegar a eso. Reed estaba muy nervioso. Era muy posible que la cosa se fuera difícil.

REED

El océano era tranquilo y la superficie del agua lisa como una tapa de cristal recientemente pulida. El sol se estaba poniendo y todo parecía tan limpio. Me quedé mirando el horizonte teñido de rosa y naranja del sol que colgaba en el cielo.

"Así que cometiste un error, Reed. Elegiste mal. No eres el primero ni serás el último hombre que elige con la cabeza equivocada. Diablos, puedo darte una lista muy larga de tíos cuyas pollas eran más grandes que sus cerebros cuando propusieron matrimonio".

"Eres muy amable, Dax. Te agradezco el sentimiento. Pero mi polla no tiene la culpa. Fui un ingenuo".

"Caroline te tocó como a un violín. Es una maestra en su oficio. Tengo que decirte algo, Reed".

"¿Por qué tengo la sensación de que esto no me va a gustar?".

"No te va a gustar. No iba a decírtelo, pero quiero que sepas el calibre de mujer que es Caroline. Espero que la información asiente en tu mente, de una vez por todas, que tú eres el bueno aquí".

"Vale, te escucho".

"Ocurrió poco después de que Caroline y tú os casasteis. Diría que más o menos un mes. Estuvimos de fiesta un fin de semana en mi casa de la playa, ¿recuerdas?".

"Sí, lo recuerdo".

"Al final del día estábamos todos bastante borrachos, y yo estaba refrescándome en la piscina, haciendo todo lo posible por despejarme".

Tenía la sensación de saber adónde iba la conversación, pero me callé y escuché a Dax hablar.

"De todos modos, la mayoría de nuestros amigos estaban en la hoguera de la playa. Creo que fueron a la tienda a por más hielo. Yo estaba flotando en la piscina sobre un lilo cuando oí que alguien entraba en el agua".

"Vale".

"Era Caroline. Pensé que vendría, cogería un lilo y hablaríamos y nos reiríamos juntos. Así empezó todo. Pero, antes de que me diera cuenta, se quitó la parte de arriba del bikini y rodó del lilo al agua. Pensé que era atrevida, pero estábamos todos borrachos, así que le di el beneficio de la duda. Cuando volvió a aparecer, me puso la parte de abajo del bikini en el estómago. Reed, me quedé tan sorprendido que no supe qué decir. En resumen, Caroline intentó chupármela. Me horroricé y la aparté. Ella me pidió disculpas profusamente cuando vio que no iba a entrar en su juego. Culpó a su nivel de intoxicación y me suplicó que no te dijera nada. Siento haberme callado, Reed. Lo entenderé si necesitas pegarme un puñetazo, pero no quería que empezarais vuestro matrimonio con ese tipo de nube oscura colgando sobre vosotros. En aquel momento creí que, sinceramente, había cometido un error y que se sentía mal por ello. Pensándolo ahora, creo que intentaba provocar una brecha entre nosotros para poder manipularte sin interferencias. Lo siento mucho, Reed. Por favor, perdóname".

Me senté mirando fijamente a mi mejor amigo. No sabía qué decir ni qué hacer. No habría sido justo que descargara mi rabia, mi dolor y mi humillación contra Dax. Podría habérsela follado y yo nunca lo habría sabido.

"Por favor, Reed. Di algo".

"Dame un minuto".

Mantén la calma, Reed. No es culpa de Dax que Caroline intente llenar el agujero de su alma con pollas. Respira hondo.

Respiré hondo.

"Gracias por decírmelo, Dax. Sé que no ha podido ser fácil para ti. Sí, me duele que no me lo contaras cuando ocurrió. Pero, sabiendo lo que sentía por ella entonces y lo ciegamente enamorado que estaba, probablemente te habría dado

un puñetazo y te habría llamado mentiroso".

"Tu confianza en mí significa para mí más de lo que puedas imaginar, amigo".

"Hazme un favor, Dax".

"Lo que necesites".

"Si, y quiero decir si, vuelvo a casarme y eso ocurre, tienes mi bendición para ahogar a la zorra".

"La tienes".

"Será mejor que volvamos", le dije a un Dax visiblemente aliviado.

"¿A qué viene tanta prisa?"

"Caroline me intimidó para que quedara con ella a cenar para hablar del dinero con el que no puede presupuestar. Probablemente esta zorra también me cargará la cuenta".

"¿Dónde habéis quedado?"

"En el Palace".

"¡Ay! Ese sitio no es barato".

"Claro que no. Caroline me está castigando".

"Eres el primer hombre que se atreve a darle una patada en el culo. Las mujeres como Caroline no se lo toman bien".

"Eso es, Dax".

Una vez de vuelta en el club náutico, Dax y yo nos despedimos. Se aferró a mí un poco más durante nuestro abrazo de hombre. Era su disculpa final. La acepté de todo corazón. No merecía la pena que Caroline jodiera mi amistad con mi mejor y más antiguo amigo. Dax era el hermano que nunca tuve.

* * *

Llamé a Ava desde mi casa después de ducharme y vestirme para ir a cenar.

"Hola, forastero. Te he echado de menos", dijo Ava cuando vio mi nombre en el

identificador de llamadas y contestó.

"Hola, hermanita. Sí, lo siento".

"¿Cómo está el padre de Alan?"

"Está luchando. Alan lo está llevando bien. Estoy orgulloso de él".

"Pobre chico".

Ava y yo casi nunca hablábamos de nuestros padres. El dolor era demasiado para afrontarlo. La conmoción de haberlos perdido a los dos a la vez en un accidente sin sentido nos acompañaba siempre. Dicen que el tiempo cura todas las heridas. Pero no lo hace. Simplemente las embota un poco.

"¿Qué va a hacer mi hermano esta noche? ¿Me llama para llevarme a tomar un aperitivo y unos chupitos de tequila?".

"Ojalá. Me bebería una caja de tequila antes de hacer lo que tengo que hacer esta noche", suspiré.

"Déjame adivinar. ¿Una noche con la encantadora *Pandora*?".

"Sí".

"Oh, joder. ¿Qué quiere ahora, Reed? ¿Está bien Ollie?"

"Está bien. Caroline quiere más pensión alimenticia y manutención".

Ava se rio tan fuerte por teléfono que me sobresaltó.

"¡Ay, Ava! Aléjate del altavoz la próxima vez, ¿vale?".

"Lo siento, Reed. No he podido evitarlo. Fue un reflejo. Aquella mujer es una lunática. Por favor, dime que no vas a atender a su demanda de mierda".

"Lo dices como si tuviera elección, hermanita. Sabes que me tiene cogido por las pelotas".

"La odio por utilizar al dulce y pequeño Ollie para conseguir lo que quiere de ti".

"No quiero hablar más de ella. Podría alterarme demasiado y estrangularla en la mesa".

"Entiendo. Bien. ¿Cómo está Dax? ¿Sigue usando su timidez para encandilar a las chicas?"

"Ojalá le dieras una oportunidad, Ava. Ese tío está locamente enamorado de ti. Puedo responder personalmente por él. Es una elección sólida".

"Me lo pensaré".

"Esa es tu frase habitual".

"Y lo haré, gracias, Cupido".

"No tardes mucho. Alguna chica con suerte podría robártelo delante de tus narices".

"Ve a cenar. Y no te rindas tan fácilmente".

"Haré lo que pueda. Hablamos pronto, hermanita. Te quiero".

"Yo también te quiero".

Consulté mi reloj de pulsera. Era hora de salir y dirigirme al restaurante.

Acaba de una vez, Reed. Sabes que te va a poner un cebo. No reacciones. Pórtate bien y, con suerte, Caroline desaparecerá durante unos meses.

Caroline llegó tarde. *Por supuesto*. La esperé durante casi una hora. Sabía que lo hacía para cabrearme, pero estaba decidido a no reaccionar. Al final entró, vestida con un vestido rojo de seda que se le pegaba como papel de seda. Me enfadé conmigo mismo por mirar lascivamente su figura. Después de todo lo que mi exmujer había hecho para herirme, no podía dejar de apreciar su belleza.

Todos los hombres del lugar hacían lo mismo. A Caroline le encantaba. Se vestía de forma que se aseguraba la atención centrada en ella, dondequiera que fuera. Me sentía tan bien cuando entrábamos juntas en una habitación. Si hubiera sabido lo negro que tenía el corazón, me habría encogido.

"Hola, Reed. Te pido disculpas por llegar tarde. Ya sabes que el tráfico desde mi casa hasta aquí es mortal".

"Hola, Caroline".

"¿Nos pides un buen Merlot, por favor, Reed? Vuelvo enseguida".

Caroline caminó en dirección al servicio de señoras. Saludó a muchas de sus presumidas coetáneas por el camino, e incluso se detuvo para una charla "rápida".

Pedí su Merlot favorito y un whisky doble. Bebí este último antes de que ella volviera a nuestra mesa, con la esperanza de que me tranquilizara.

JESSICA

Mi teléfono volvió a sonar poco después de que Lexi y yo hubiéramos hablado. Era mamá.

"Hola, cariño".

"Hola, mamá. Qué agradable sorpresa".

"Papá y yo hace tiempo que no nos vemos, chicas, así que he pensado en llamaros e invitaros a una cena informal".

"Ah, qué amable, mamá. Pero cenamos en el bar de carretera y Ana ha quedado con Craig".

"Oh, vaya".

"Te diré una cosa, mamá. Mataría por una taza de tu café italiano, y un trozo de tarta si tienes alguna flotando por ahí".

"De acuerdo. Nos vemos dentro de un rato".

"Estupendo. Gracias, mamá. Ah, casi se me olvida. He puesto mis fotos de viaje en un pendrive para ti y para papá. Lo llevaré conmigo".

"¡Por fin!" Se rio mamá.

"Sí, sí".

Me había puesto manos a la obra cuando volví del Caribe. Quería enseñar a mamá y papá unas cuantas fotos que había hecho de los distintos lugares donde habíamos atracado. Sin embargo, no podía hojear la galería de mi teléfono por capricho, pues había fotos mías que prefería que mis padres no vieran. Claro,

tenía veintisiete años, por el amor de Dios, pero aun así.

La casa en la que crecí olía igual cuando entré por la puerta principal. En cuanto llegué, la casa olía el perfume de mamá, que siempre flotaba sutilmente en el aire. Pero entonces, el hogar no sería el mismo si el tenue olor de la cola para madera no se colara aquí y allá. Papá era un adicto a las maquetas de aviones de madera de balsa.

Cuando me mudé, lloró durante cinco minutos hasta que se dio cuenta de que tendría una habitación dedicada a las maquetas de aviones. Un espacio donde mamá no pudiera quejarse del desorden ni chillar cuando se clavara una astilla en un dedo al intentar quitar el polvo.

La habitación de Anabel fue la siguiente en sufrir una transformación cuando se mudó la parafernalia de cerámica de mamá. Mis padres me enseñaron desde joven que los matrimonios debían tener su propio espacio y sus propias aficiones. Era vital, porque sin ello uno de los dos acabaría como Kathleen Turner, balanceándose desde el alto techo en una lámpara de araña en la película La Guerra de las dos Rose.

"¿Es mi primera princesa la que oigo?". Llamó papá desde el salón.

"Sí, soy yo. ¿Es el canal del crimen lo que oigo?".

"Tu padre está tomando unas notas mentales de consejos que está reuniendo para cuando se canse de que me queje por el barro, que arrastra por la casa en las ruedas de su bicicleta de montaña".

"Sigue charlando, mujer. He aprendido mucho", sonrió, y mamá le lanzó una esponja de limpieza.

"Nunca me libraré de ti, mi amor", arrulló.

"Claro que no. Soy demasiado listo para ti". Mamá le guiñó un ojo y cogió la esponja que él le devolvió.

Papá se levantó, me dio un abrazo de oso y, sobresaliendo por encima de mí, me besó en la cabeza.

"Hola, querida niña. Tienes buen aspecto. Veo que aún no has perdido el bronceado".

"Hola, papá. Menos mal".

Mi madre se acercó y también me abrazó.

"Ayúdame a hacer café", dijo y se dirigió hacia la cocina. Papá volvió a sentarse y cambió entre el canal de crímenes y las noticias.

"Estás estupenda, mamá".

"Gracias, Jess. Me alegro mucho de que hayas vuelto. Echaba de menos tus bromas tontas. Y no se lo digas a tu hermana, pero me alegro de haber recuperado mi tiempo para poder hacer cerámica. Sin ti, la pobre estaba perdida".

Me reí. "Qué graciosa. Eso no es lo que dijo".

"¿Ah?"

"Ana dijo que bordeabais como unos padres '*helicóptero*'".

Mamá soltó una risita. "Es tan mentirosa. Nunca me ha llamado tanto. Le sacaba menos conversación cuando aún vivía con nosotros".

"Vivir solo no es para pusilánimes, supongo. Sin Lexi y sin mí, la pobre Ana debió de sentirse un poco descartada".

"Pobrecita mía".

"¿Dónde guardas el café ahora?" Pregunté, buscando el recipiente de cristal familiar con granos de café.

"Allí, detrás de los cereales".

"¿Lo escondes?"

"Sí. Tengo que comprar uno nuevo cada vez que papá le tira de la encimera con el manillar de la bicicleta".

"Bien pensado. ¿Espresso o capuchino?". Pregunté.

"Capuchino descafeinado, por favor, cariño. No dormiré si tomo cafeína ahora".

"¿Café, papá?" Llamé hacia el salón.

"Espresso doble, por favor, amor".

"Descafeinado, cariño", susurró mamá. "Hace meses que lo pongo descafeinado. No se ha dado cuenta".

"¡Qué mala eres!

"Obtiene cafeína más que suficiente de las barritas energéticas que devora cuando va en bici. No puedo dejar que se pasee por aquí más de lo que ya hace. Los dos tenéis demasiada energía".

"La genética, supongo. ¿Dónde está la tarta que me prometiste?".

"Le cortaré un trozo, señorita Priss".

Café y tarta en mano, mamá y yo nos reunimos con papá en el salón.

"Mamá me ha dicho que has traído las tan esperadas fotos de tus vacaciones".

"Siento que haya tardado tanto".

"Te estoy tomando el pelo, cariño. Sabemos que estás hasta arriba del trabajo. ¿Cómo te va con el nuevo jefe?".

"Es un buen jefe. Hasta ahora no he tenido problemas", dije y comí un poco de tarta. "Espera. Eso no es del todo correcto".

"¿En qué sentido?"

"Se ha divorciado hace poco, y digamos que su ex no va a ganar ningún Premio Nobel de la Paz a corto plazo".

"Yo también tuve que vérmelas con una de esas cuando empecé mi primer trabajo, hace mucho tiempo. Ten cuidado. Una exmujer puede causar estragos si se lo propone".

"Tu pobre madre solía venir a casa llorando de vez en cuando. La mujer era una pesadilla. Llegó a acusar a mamá de tener propósitos con su jefe. Como si tal cosa".

"Por suerte para mí, aún no me he encontrado con ella cara a cara".

"La conocerás. El mejor consejo que puedo darte es que mantengas la cabeza gacha y recuerdes por qué estás allí", sugirió mamá.

Papá cambió de tema y me pidió que les enseñara mis fotos. Metí el lápiz de memoria en la ranura de su smart TV. Pronto nos fuimos de viaje a lugares lejanos. Pensé en volver a visitarlos con alguien como Reed. Me reprendí a mí misma en cuanto mi imaginación se acercó a las partes más traviesas.

* * *

"Buenos días, Jessica".

Me sorprendió ver a una de las ‘hermanastras malvadas’ sentada en mi mesa cuando llegué al trabajo a la mañana siguiente.

"Hola".

"Hemos estado muy ocupadas por aquí; no hemos tenido ocasión de darte la bienvenida al equipo como es debido".

"No pasa nada", dije, manteniendo instintivamente la cordura.

"No, no lo está. ¿Estás libre para comer?"

Me estaba poniendo a prueba. No podía inventarme una excusa con tan poca antelación - siendo una mentirosa atroz - así que acepté la invitación.

"Claro. Estaría bien". *Y una mierda*.

Sugirió una cafetería cerca de la oficina y yo asentí y sonreí como una tonta de pueblo. Miré el reloj a menudo, no muy entusiasmada por hacer ‘nuevos amigos’.

Reed estuvo entrando y saliendo de su despacho toda la mañana. Tenía una serie de reuniones programadas en su agenda, así que no esperaba demasiada interacción.

Salí de mi despacho a las 12:50 y me dirigí a la cafetería. En lugar de *una serpiente*, me recibieron *dos*.

"Hola. Ven, siéntate. Aún no hemos pedido".

Una camarera se acercó arrastrando los pies y tomó nota de nuestro pedido de bebidas. Yo tenía hambre - que sorpresa - así que pedí un pollo asado con queso, tostado con chapata. Las chicas pidieron una ensalada, con aliño aparte. Imagínate. Esa debería haber sido mi primera pista.

"Bueno, Jessica, ¿dónde trabajabas antes de unirte a nuestra pequeña familia?", preguntó la rubia y delgada mientras empujaba la lechuga por el plato.

"Estuve fuera un año, navegando en yate por Europa y el Caribe".

"¡Vaya! Qué bien por ti. No recuerdo la última vez que un novio me llevó de viaje", chistó la pelirroja.

"Viajé sola. Así es mucho más divertido".

Por sus expresiones, me di cuenta de que ni se les ocurriría viajar solas.

"Es impresionante".

"Ha sido increíble. ¿Habéis hecho algún viaje?"

"No muy lejos, no. Pero seguro que está en mis planes", sonrió la rubia.

"Me alegro por ti". Sabía que la pequeña charla conducía a algo más.

"Reed es un tío muy sexy, ¿verdad?", me espetó la pelirroja. No pensaba entrar en su juego.

"¿A que sí? Me encantaría trabajar a sus órdenes", sonrió el monstruo rubio.

"Seguro que sí", espetó la pelirroja.

"No sería la primera".

"¿Qué quieres decir?" Pregunté, despreocupada.

"¿Es que no lo sabes?"

"¿Saber qué?"

"Reed se casó con su última asistente personal. Una hermosa mujer de la alta sociedad con asuntos de padre".

Aquella pelirroja estaba disfrutando. Me preguntaba cómo se las arreglaba para que no se le salieran los pezones de un sujetador tan diminuto. Tenía que reconocer que su escote era un arma impresionante.

Su cómplice de pecho plano masticaba un palito de apio.

"Entiendo".

La revelación no era nueva para mí, pero me hice la tonta.

"Provocó todo un escándalo. La heredera se casa con el chico de la tecnología. Muy burgués".

"Imagino que sí", dije y me metí en el bocadillo.

"Pareces una buena chica, Jess. Queríamos que lo supieras. No nos gustaría que te hicieran daño. Los asistentes personales tenemos que estar unidos. Dios sabe que ahí fuera es un mundo de hombres".

¿Tan condescendiente? ¿Y cuándo me convertí en Jess? Comí más rápido para poder alejarme de aquellas zorras.

"Tienes mucha razón", asentí. Pero por dentro echaba humo.

"Puedo cuidar de mí misma, chicas. Pero gracias por vuestras sabias palabras". Miré el reloj. "Dios mío. He comido tan bien que no me he dado cuenta de la hora. Muchas gracias por la charla".

"Ha sido un placer. Nos encargaremos de la cuenta. Hagámoslo otra vez".

Sonreí y asentí con la cabeza. Luego me largué de allí lo más rápido posible, dejando a las dos para que tuvieran la oportunidad de reñirme a mis espaldas.

REED

Cuando Caroline volvió del aseo de señoras, observé que hablaba con rapidez y moqueaba con más frecuencia de lo habitual. Tenía la sospecha de por qué, pero sabía que debía manejar la situación con delicadeza si quería evitar cualquier conflicto.

Internamente, estaba furioso. Nuestro hijo estaba al cuidado de esta mujer. ¿Cómo podía permanecer callada? Era un acto de irresponsabilidad por su parte. Respiré hondo y hablé en voz baja.

"Caroline, ¿va todo bien? Pareces ansiosa".

"Estoy bien. ¿Qué quieres decir?

"Pareces inquieta. ¿Puedo preguntarte por qué resuellas con tanta frecuencia?"

"Como sabes, padezco la gripe estacional, Reed. Me ha causado sinusitis. Además, la medicación me inquieta".

"¿Estás segura de que esa es la única razón?" Pregunté.

"¿Qué estás insinuando? Caroline estaba a punto de montar en cólera. Nunca era una persona discreta.

"Te pido disculpas. No debería haber dicho nada".

"Espero que no estuvieras insinuando que tomo algún tipo de droga", replicó ella. "Sería una suposición imprudente, Reed".

Caroline tenía los ojos oscuros. No creí ni por un segundo su inventada explicación, pero sabía que no era el momento adecuado para expresar mis

dudas.

"Tienes razón. ¿Seguimos adelante?".

Caroline cogió el segundo whisky doble que había pedido y bebió en un segundo. Por favor, sírvete. Insisto.

"Ya sabes lo que me gusta comer. ¿Quieres pedir por mí, por favor, Reed?".

Woah, ¿qué acaba de pasar? ¿Estaba siendo amable? No sabría decirlo.

"Claro".

Llamé al camarero e hice un pedido de comida. Abrió el vino y esperó a que Caroline lo probara.

"Está bien", dijo, y él sirvió un poco en su copa abombada.

Caroline parecía cansada. Llevaba un montón de maquillaje, lo cual no era habitual, pero aun así, distinguí unas ojeras negras. A pesar del desprecio que sentía por ella, durante un tiempo quise a aquella mujer. Me preocupé por ella.

"¿Qué te pasa, Caroline?".

"Echo de menos lo que tuvimos, Reed. Te echo de menos. Sé que me odias, pero aun así, echo de menos los buenos momentos que compartimos".

¿Qué diablos? ¿Qué estaba pasando? ¿Era una especie de sueño?

"Oliver también te echa de menos".

¡Eso sí que era caer bajo!

"¿No podemos volver a intentarlo, Reed?".

No sabía qué decir, así que mantuve la boca firmemente cerrada.

"¿Acaso tienes algo de amor por mí escondido en algún lugar de tu corazón? Estábamos tan bien juntos. No puedes negarlo. Todavía te quiero".

Mis sinapsis jugaban el pimpón por las rugosidades internas de mi cerebro. Estaba tan aturdido por lo que había dicho Caroline. Ni en un millón de años habría podido imaginármelo.

"Caroline, te amaba con todo mi corazón cuando nos casamos. Creía lo mismo de ti. Pero me engañaste. Me rompiste el corazón".

"Lo sé. Lo lamentaré el resto de mi vida. Pero tienes que comprenderlo, Reed. Me sentía sola. Estabas tan ocupado construyendo tu empresa mientras yo estaba en casa con Oliver".

¿Me estaba tomando el pelo? Caroline nunca estaba en casa. Siempre estaba jugando al tenis o en el gimnasio con su entrenador personal. Y una mierda, solitaria. Caroline siempre ponía excusas por su mal comportamiento. Yo lo dejaba pasar porque estaba ciegamente enamorado.

"Lo siento, Caroline, pero aunque siguiera queriéndote, nunca podría volver a confiar en ti".

"He cambiado, Reed. Te prometo que no volveré a hacerte pasar por eso. Metí la pata. Estaba en un mal lugar. Ya sabes cómo me apartaron mis padres entonces. Estaba dolida".

"Puede que sea así. Pero hiciste daño a la única persona de tu vida que te quería mucho. Tirarte a otros hombres porque estabas enfadada con tu padre es la peor excusa que te podría haber ocurrido. ¿Tienes idea de lo que es encontrar a tu mujer, la persona a la que amas y en la que confías con cada parte de tu ser, chupándole la polla a otro hombre? Nunca me quitaré esa imagen de la cabeza. Jamás. Y créeme, lo he intentado. Nunca volveremos a estar juntos, Caroline. ¡JAMÁS!"

El rostro de Caroline pasó de pálido a carmesí.

"No vuelvas a decir que no te di una oportunidad, cabrón. Te arrepentirás de haberme dejado plantada. Recuerda lo que te digo. Pronto volverás arrastrándote hacia mí, pero será muy poco y demasiado tarde. Que te jodan, Reed Andrews. He venido aquí para darte otra oportunidad de pensar en nosotros. Veo que quieres jugar duro. De acuerdo. Juguemos. Ah, y no pienses ni por un segundo que voy a ser blanda contigo cuando vuelva a calcular el importe modificado de la pensión alimenticia".

Y Caroline se levantó de la mesa, cogió el bolso y me tiró el contenido del vaso a la cara.

Salió furiosa del restaurante, no sin antes lanzarme una última y oscura mirada asesina. Me dio miedo.

Era oficial. Me había metido en un buen lío.

Habiendo perdido el apetito, junto con mi ardiente deseo de no sentarme allí

como una rata ahogada, pagué la cuenta y me marché. El corazón me iba a mil por hora. Seguro que Caroline arremetería contra mí ahora. No solo la había herido, sino que, lo que era más importante, había humillado su "delicada sensibilidad". Por último, había arruinado su reputación de buen partido. También sabía exactamente cómo iba a hacerlo.

Oliver estaba a punto de convertirse en un arma con la que hacerme trizas. La familia de Caroline tenía un pozo de dinero sin fondo, y de ninguna manera permitirían que su nieto creciera con un *campesino* como yo. Tal vez aquella palabra era demasiado fuerte. Mis ex suegros eran multimillonarios. Yo, un *simple* millonario, con cero "educación", era de clase baja.

Estaba demasiado agitado para volver a casa, así que me detuve en un bar donde nadie me conocía y ahogué mis penas en bebida. ¿Qué otra cosa podía hacer un hombre después de que una mujer le arrancara los testículos y los aplastara bajo sus pies? Sabía que al día siguiente me sentiría como una mierda, pero ¡qué le den!

Y eso fue precisamente lo que hice. Dax me llamó a mitad de mi misión de borracho. Por mis palabras, dedujo que me vendría bien un amigo con un oído comprensivo.

"Estoy aquí, colega. Háblame".

"Es una cagada hercúlea, Dax".

"Podría haberlo manejado mejor. Pero, cuando Caroline proclamó su amor eterno por mí, perdí la cabeza".

"¿Qué? ¿Lo dices en serio?"

"Ojalá estuviera bromeando, Dax. Por lo visto, mi exmujer me adora. Soy el único al que ha amado, bla, bla, bla".

"¡Mierda!"

"Caroline es tan transparente como un tarro de cristal. Lo peor es su justificación del engaño. Me echó toda la culpa a mí".

"Esto tendría que ser bueno", dijo Dax con sarcasmo.

"Sí. La pobre estaba sola. Nunca estaba en casa, trabajaba mucho. Nada de, lo siento la he cagado, o ha sido culpa mía".

"Aunque eso fuera verdad, y tú y yo sabemos que es mentira, decir eso era lo mejor para recuperarte".

"Hay algo más, Dax. Creo que Caroline se droga. Pienso en la cocaína".

"¿Por qué lo dices?"

"Se fue al aseo de señoras nada más llegar al restaurante. Estaba nerviosa cuando volvió a la mesa y se toqueteaba demasiado la nariz".

"¿Le preguntaste al respecto?"

"Pasé de puntillas sobre el tema, pero Caroline no paraba de hablar de la gripe estacional y las alergias. Estaba muy a la defensiva y, francamente, no quise seguir con el tema en medio de un restaurante repleto".

"No sé qué decir, colega. Siento que hayas pasado una noche tan dura. ¿Puedo hacer algo?" Dax tenía la mano sobre mi hombro.

"Lo dudo".

"Estoy aquí para ti, Reed. Di una sola palabra y allí estaré".

"Eres un buen amigo, Dax. Gracias".

"De nada. Venga. Te llevo a casa".

JESSICA

"Tengo ganas de comer tortilla y magdalenas de arándanos de mamá", dijo Anabel al entrar en la cocina el domingo por la mañana.

Era una de las reuniones favoritas de nuestra familia: el brunch dominical y las mimosas. La tradición empezó cuando Anabel y yo éramos adolescentes. Nuestros padres se ocupaban de protegernos, como de costumbre. Mamá leyó en una revista para padres que los adolescentes demasiados capullos corren el riesgo de beber como peces una vez que son "lo bastante mayores para ir de bares".

Era muy dulce cómo se mantenía al tanto de las tendencias cuando se trataba de sus hijas. Así nació el brunch dominical Mimosa. Mamá pensó que nos daría una *probadita* de la edad adulta sin dejarnos aradas.

"No olvides que tenemos que pasar por la tienda a por zumo de naranja. Mamá dejó un mensaje en mi teléfono. Papá tenía sed después del ciclismo de ayer y se bebió todo el zumo", me reí.

"Me imagino la cara de mamá cuando abrió la nevera esta mañana", se rio Anabel. "Será mejor que compremos dos cartones".

Era temprano, así que decidí relajarme en la bañera. Añadí al agua mis sales de baño aromáticas favoritas. El domingo por la mañana era la hora de la bañera. El resto de la semana prefería ducharme, ya que no tenía tiempo para remojarme.

Pensé en Reed y su exmujer mientras me tumbaba en la bañera. El divorcio debió de ser como mínimo duro. No hacía falta un doctorado en psicología para darse cuenta. Si la forma en que me hablaba la exmujer de Reed era un indicio de su personalidad, no podía imaginarme cómo debió de destriparlo.

Me alegré por Anabel. La mujer de Craig había fallecido, evitándole a mi hermana la desagradable situación de una exmujer quisquillosa y madre de los hijos de tu pareja. Por supuesto, mi corazón se rompió por los gemelos, y también por Craig. Pero Anabel les hizo muy felices. Era una excelente incorporación a su familia.

"¿Te has quedado dormida allí?" Preguntó Anabel a través de la puerta. "Llevas ahí casi una hora".

"¿Me he dormido? Miré la hora en el reloj. Parecía que tenía razón.

"He perdido la noción del tiempo. Saldré dentro de un minuto".

Me levanté, empujé la palanca del enchufe con el dedo del pie y cogí mi toalla de algodón mullido. Había unos cuantos artículos de primera necesidad que no debían faltarle a ninguna mujer. Una toalla mullida era uno de ellos. Me sequé el pelo y salí del cuarto de baño y me dirigí al dormitorio.

Me gustaba mucho el blanco. Uno podría confundir mi habitación con la de un hospital. Mi ropa de cama y la decoración eran de color verde azulado. Pensaba que el blanco necesitaba algo que lo rompiera.

De niña le rogué a mi madre que me diera ropa de cama blanca, pero se negó en redondo. En retrospectiva, fue una sabia decisión. Nuestro Golden Retriever arrastraba a casa huesos embarrados que había desenterrado fuera e inevitablemente utilizaba mi cama como mesa de comedor. Así que la cama estaba moteada.

Me vestí con mis vaqueros azules y una camiseta de rayas. Mis fieles chanclas estaban en el suelo, junto a la cama, justo donde las había dejado. Me recogí el pelo en una coleta y me miré en el espejo. Todo estaba bien.

"Estoy lista para salir", le dije a Anabel desde la cocina.

"Vale, vámonos".

"Es mi turno de conducir", dije y cogí las llaves del coche del soporte para sombreros de la puerta principal.

"Qué bien. Más mimosas para mí", sonrió Anabel.

"Lo justo es justo".

Mi hermana sacudía la cabeza cada vez que íbamos a algún sitio en mi coche.

"No puedo creer que esa *cosa* siga funcionando".

"Solo porque no es una planta", me reí.

"No es verdad".

Paramos en una tienda cerca de casa de mamá y papá donde vendían su marca favorita de zumo de naranja.

"¡Hola!" Llamé cuando Anabel y yo entramos en la casa.

"Hola, chicas. En la cocina". Mamá y papá estaban sentados en el rincón del desayuno, cada uno con un periódico.

"Puedes leer todo eso en Internet, ¿sabes?", sonreí.

"¿Y eso qué tiene de divertido?". Papá resopló. "Me gusta el tacto del papel entre los dedos. Además, mamá y yo llevamos haciendo esto desde antes de que nacierais vosotros dos".

"Bueno, a mí me gusta ponerme al día de la actualidad sin que se me ennegrezcan los dedos por la impresión. Pero así soy yo".

"Cada uno a lo suyo. Enciende la sartén, Ana, es la hora de la tortilla. Esta mañana tengo hambre".

"Yo cortaré la verdura", me ofrecí.

"Amor, ¿quieres poner la mesa en el jardín, por favor?". Preguntó mamá a papá. "Hace un día precioso".

Mamá nos organizó a los tres con precisión militar. Nadie sabía delegar como Liane Moore. Antes de que nos diéramos cuenta, el brunch estaba servido y estábamos sentadas a la mesa bajo el reparo de un roble.

"Esto tiene una pinta increíble, chicas", arrulló papá.

"Pásame una magdalena, por favor, Jess", pidió Anabel y bebió un sorbo de su zumo de naranja "para adultos".

"¿Habéis pasado una buena semana?" Preguntó papá.

Anabel me miró. "Tú primero", murmuré entre dientes.

"Ha sido una locura de trabajo en la clínica. Tengo muchos pacientes infantiles

nuevos".

Anabel era una audióloga excelente. Sus pacientes la adoraban, sobre todo los niños. Tenía el toque de oro, del que carecían otros médicos de la clínica.

"Lo siento por ti, mi amor. Yo no podría hacer lo que tú haces. Me pasaría el día llorando", le dijo mamá a Anabel.

"Es tan gratificante, mamá. Los niños son adorables".

"Estamos orgullosos de ti, cariño", sonrió papá.

Anabel y yo nunca competimos como hermanas. Siempre nos apoyábamos y nos sentíamos orgullosas del éxito de la otra.

"¿Cómo está Craig? ¿Cuándo vas a traer de visita a sus preciosidades?".

"Cualquiera diría que son tus nietos", sonrió mamá. "Eres un encanto".

"Craig está bien, gracias. Los gemelos están en la guardería, así que la casa no parece azotada por un vendaval a todas horas".

"Recuerdo aquellos días". Mamá puso los ojos en blanco.

"Craig y yo nos vamos a tomar dos semanas de vacaciones. Nos llevaremos a los gemelos la primera semana y la segunda visitarán a sus abuelos."

"Eso es maravilloso", dijo mamá entusiasmada. "¿Adónde vais?"

"Vamos a conducir por la costa y nos alojaremos en algunas pensiones por el camino. Iremos a todas las playas y parques que podamos mientras los niños estén con nosotros, y cuando los dejemos, Craig y yo nos quedaremos una semana en un viñedo. Lo tomaremos como punto de partida".

"Debes de estar muy emocionada, amor mío. Te mereces un descanso".

"Estamos impacientes".

"¿Cuándo os vais?" Preguntó papá.

"La semana que viene, el martes. Ah, eso me recuerda algo. Mamá, ¿puedo pedirte que vigiles mis plantas, por favor? No puedo dejar encargada a la asesina de plantas". Anabel me miró y me dedicó una sonrisa malévola.

"Por supuesto".

"Vale, ahora te toca a ti, mi pirata", me guiñó un ojo papá. "¿Qué has estado haciendo?"

"Trabajando, corriendo... ya sabes, lo de siempre".

"¿No más encuentros con aquella endemoniada?". Mamá se rio entre dientes.

"Afortunadamente, no. Seguro que el pobre Reed se lleva la peor parte".

"Reed, ¿eh?", repitió papá.

"Sí, Reed. Esto ya no es la Edad de Piedra, papá. Los nombres de pila son un hecho".

"¿Le has dicho a papá que tu jefe hace carreras de yates?".

"Dios mío", se rio mamá. "Yo digo que te cases con él, cariño. Así no tendremos que desembolsar para otra aventura en velero".

"Ya basta. Te he devuelto el dinero, ¿no?".

"Sí, pero tuve que comer galletas de nata durante meses", se burló papá. "¿Qué barco es?"

"Es un Grand Soleil 43".

"Eso es, Liane. Todos esos años me esclavicé en un trabajo de verdad, los mocosos de ahora pulsan unos botones en un teclado y ganan un millón con uno o dos clics".

Todos nos reímos de la desolación de papá.

"¿Es un caballero?" Me preguntó mamá.

"Si lo que preguntas es si se me ha tirado encima en la sala de la fotocopiadora no, y sí, es un caballero".

"Qué pena", se rio Anabel.

Me eché a reír, pero mi mente divagaba. Me habría importado que Reed coqueteara un poco. ¿No era así en las películas? ¿O me habían metido en una tragedia de Shakespeare? Maldita suerte la mía.

"Oi, tierra a Jess", dijo Anabel y me pinchó en el brazo.

"¿Qué?" Me sentí un poco tonta, desconectada de aquella manera.

"¿Te apetece un café?"

"Me encantaría, gracias".

Mamá y Anabel se levantaron de la mesa y recogieron los platos. Me moví para ayudar.

"No pasa nada, mi amor", dijo mamá. "Ana y yo nos encargamos de esto. Tú relájate".

"¿Me disculpas unos minutos, Jess? Quiero llamar a la tienda de bicis y hacerle una pregunta al mecánico sobre mi rueda".

"No hay problema, papá. Adelante".

Me senté bajo el roble mientras mi familia se movía por la casa, charlando y riendo. *Sí que quiero esto,* pensé. Una familia, comidas bajo los árboles y un corazón rebosante de amor. Pero todavía no, me dije. Todavía no. Me quedaba mucho por explorar.

REED

Oh, claro. La inevitable resaca de la mañana siguiente a la noche anterior. Busqué a tientas el mando a distancia para cerrar las persianas electrónicas. Normalmente, me moría de ganas de enfrentarme a los primeros rayos de luz del día, pero no cuando me latía la cabeza. Menos mal que Dax me sacó del bar y me llevó a casa antes de que cometiera una estupidez.

Miré el reloj. Eran las 5:30 de la mañana. Mi teléfono sonó y rebusqué entre las sábanas para encontrarlo. El mensaje era de Dax.

Me alegro de no estar en tu cabeza esta mañana, colega (emoji verde de náuseas). Probablemente no vas a querer hacer esto, pero vístete. Tienes que meter el culo en el agua para darle una patada a la resaca. Vístete. Nos vamos a practicar paddle surf. Te recojo dentro de media hora.

La sola idea de remar por aguas agitadas me daba ganas de tambalearme. Por desgracia, no había nada que detuviera a Dax cuando estaba determinado. Me arrastré fuera de la cama, me vestí y bajé a la cocina para prepararme un café bien fuerte. La cafeína hizo su trabajo porque me sentía menos como un muerto viviente para cuando apareció Dax.

"Hueles como una destilería rancia y abandonada, Bud. Es hora de sudar eso".

"¿Podrías bajar el volumen de tu voz, Dax? Estoy sufriendo".

"Ya has sufrido bastante. Vamos, lo bajaré una muesca y remarás como el demonio. ¿De acuerdo?"

"De acuerdo".

El océano estaba tranquilo, gracias a Dios. Nunca se lo admitiría a Dax, pero

tenía razón. A los veinte minutos de nuestra sesión de paddle, volví a sentirme un ser humano.

"Tienes mejor aspecto", sonrió Dax cuando nos quitamos las tablas y las guardamos en la sala del club.

"Me siento mejor. Gracias, Dax".

"Tú harías lo mismo por mí. ¿Cómo te sientes emocionalmente?

"Viviré. Preferiría hablar de otra cosa, si no te importa. Lo último que necesito es empezar a compadecerme de mí mismo en un día tan espléndido".

Apenas había terminado la frase cuando el cielo se oscureció y empezaron a caer gotas de lluvia sobre nosotros. No pude evitar reírme histéricamente. Dax se unió y los dos nos reímos como colegiales, como solíamos hacerlo antes de hacernos adultos. Caminamos hasta el club y nos quitamos la ropa mojada.

"Me muero de hambre. Mi dieta líquida no me ha llenado. Te invito a desayunar".

"Genial, ya sabes que nunca diré "no, gracias" a la comida", dijo Dax mientras se secaba el pelo con una toalla.

"¿En Charlie's?"

"Fantástico".

Charlie's Deli era un tesoro de comida curiosa y maravillosa. Aún había cosas que no conocía de Adam.

"Hola, forastero", la camarera asignada a nuestra mesa, le ronroneó a Dax.

"Hola, Amanda. ¿Cómo estás?"

"Me preguntaba por qué no tenía noticias tuyas", sonrió.

"Te pido disculpas", tropezó Dax con el labio inferior. "Estaba de viaje. Tienes buen aspecto".

La camarera sonrió con satisfacción y nos pidió la comida.

Yo necesitaba un plato reconfortante, así que pedí huevos benedictinos sobre un panecillo con jamón ahumado y un espresso doble.

Dax pidió el desayuno inglés completo. Huevos, salchichas, beicon, champiñones fritos, hash browns y patatas fritas.

"Amanda", dije despreocupadamente.

"No le des importancia. Estaba borracho y cachondo, y ella estaba deseosa".

"Entiendo."

"Todo hombre tiene derecho a unas cuantas meteduras de pata".

"Te estoy tomando el pelo. Es guapa".

Dejé que pasamos de asunto. El pobre Dax estaba incómodo.

"¿Dónde demonios metes todo eso?". Le pregunté después de que Amanda colocara el plato sobrecargado de comida delante de Dax y se marchara.

"Quemo todo en cuanto haga una simple carrera. Estoy pensando en regar esto con un gran batido de fresa".

Negué con la cabeza.

"¿Qué vas a hacer hoy?" Preguntó Dax.

"Hace tiempo que no veo a Ava. Me pasaré el día con ella".

"Me parece bien".

"¿Quieres que le diga algo?" Bromeé.

"No estaría de más decirle lo buen tío que soy".

"Eso lo hago siempre".

"Debo decirte que se te da fatal jugar a Cupido, Reed".

"Vas a tener que hacer tu propio trabajo, Dax. ¿De qué tienes miedo?"

"No tengo miedo".

"¿Estás seguro?"

"Sí. Solo que aún no estoy seguro de lo que siento por tenerte como cuñado".

"Tendrías mucha suerte".

Dax y yo terminamos de comer. Nos despedimos y tomamos caminos distintos. Las nubes de lluvia se habían disipado, dejando al descubierto un cielo azul claro. Esperaba que Ava no tuviera planes para aquel día. Tenía ganas de verla.

Conduje hasta el apartamento de mi hermana. Ava vivía en una urbanización ultramoderna y tecnológica. Su piso estaba equipado con todas las comodidades y se había pasado horas decorándolo para estar contenta. Ava y yo estábamos igual de motivados. No podíamos dejar nada en paz hasta que estuviéramos satisfechos de que fuera perfecto, o lo más parecido posible.

El guardia de la puerta de la finca me reconoció cuando llegué. George y yo intercambiamos nuestras cortesías habituales antes de que llamara al apartamento de Ava. Estaba seguro de que ni siquiera el Papa tendría acceso sin la autorización de un residente. No tenía que preocuparme de que ningún elemento indeseable acosara a mi hermana.

Ava estaba en el jardín delantero podando sus rosas. Mi hermana se parecía a nuestra madre en eso. Solían pasarse horas en casa deshierbando, plantando, regando, podando. Era su Nirvana. La pasión de papá y mía era el océano, remar, navegar, esquiar y bucear.

Mirando atrás, me di cuenta de que una de las razones por las que me había aferrado tanto tiempo a mi matrimonio fracasado era que intentaba crear mi propia familia feliz, la que quedó destrozada cuando murieron papá y mamá. Pero no pudo lograrlo.

Ava dejó la maquinilla y vino a buscarme al coche. Me abrazó cuando salí.

"Hola, hermanita".

"Hola, Reed".

"Tu jardín está precioso. Me gustan aquella plantas. Son nuevas, ¿verdad?".

"¿A que son adorables? Se las compré a una mujer que las vendía a un lado de la carretera. Era una auténtica hippy. En su propio planeta". Ava se rio y, como siempre, sus ojos danzaron cuando lo hizo.

"Creo que deberías poner ese pincho de ahí en tu despacho. Así podrás castigar a tus pacientes cuando reincidan".

"Oh, es una idea excelente. No puedo creer que no se le ocurriera a Freud".

"Eso es porque Freud estaba demasiado ocupado pensando en el sexo con su madre", me reí entre dientes.

"Eres vil. Será mejor que te lleve dentro antes de que hagas que me desahucien. ¿Tienes sed?"

"Solo si no es de alcohol".

"Vaya. Has transcurrido una de esas noches, ¿eh?"

"No preguntes".

"¿Debo entender que la cena con Caroline no fue como esperabas?"

"¿No es así siempre?"

"¿Soda o zumo?"

"Tomaré una Coca-Cola si tienes".

"Enseguida".

Me puse cómodo en su gran sofá del salón. Ava tenía predilección por el cuero blanco. Si tuviera la oportunidad, tapizaría las paredes con él. Un hermoso ramo de rosas rojas estaba sobre una mesita en el centro de la habitación. Sobre el cristal de la mesa había libros de jardinería y psiquiatría. Mi hermana, la cabezota.

"Ah, gracias", dije cuando Ava me dio el refresco. "Esto va a caer perfecto".

"¿Has comido algo? ¿Quieres que te traiga algo?", me preguntó mientras me tomaba la Coca-Cola.

"No, gracias. Dax y yo hemos desayunado".

"¿Y qué? ¿Te hizo correr la resaca?".

"No se atrevió. No, me arrastró a hacer paddle oceánico".

"Bien por él". Ava me miró un rato antes de volver a hablar. "No es por pinchar al oso, pero ¿cómo te fue con Caroline?".

"Parecido a un accidente de coche en una autopista con mucho tráfico. Salvo que no tenía airbags".

"Lo siento mucho, Reed".

"No puedo decir que no me avisaras, hermanita".

"Sí, lo sé. Pero me duele verte sufrir así. Siempre tuve malas vibraciones de Caroline, pero ni siquiera yo tenía ni idea de que pudiera ser tan despiadada. De todos modos, ¿de qué se trata esta vez? ¿Te quiere de vuelta para exprimirte hasta la última gota de sangre?".

Guardé silencio y miré los suaves ojos azules de Ava. Casi podía ver cómo se detenían los engranajes. Luego me di cuenta.

"¡No! ¡Verdad que no! ¿Me estás tomando el pelo?"

"Caroline me quiere mucho y quiere que vuelva".

"¿Seguro que no sigues borracho?".

"Ojalá".

"Casi me da miedo preguntar, Reed. Sé que harías cualquier cosa por Ollie".

"Sería un mentiroso si dijera que no me lo planteé durante meses después del engaño. Lo hice. Seguí buscando cualidades redentoras en mi mujer, hermanita. Nuestro matrimonio no siempre fue tan malo. Esa es la tragedia de todo. Caroline es una buena madre. Ensimismada, sí, pero supuse que eso se debía a su educación. Nunca la he visto hacer daño a nuestro hijo".

"¿Y no crees que engañar al padre esté perjudicando a su hijo?".

"Por supuesto. Pero Ollie es demasiado joven para entenderlo".

"Tienes razón. Pero es lo bastante mayor para ver cómo su madre le echa la bronca a su padre. Eso no es bueno para él".

"Y por eso, hermanita, hago todo lo posible por mantener la paz. Aunque puede que anoche diera unos pasos atrás cuando perdí los nervios con ella".

"Será mejor que me lo cuentes todo", dijo Ava y se levantó del sofá. "Y puedes beber Coca-Cola si quieres, pero yo necesito algo más fuerte".

"Me quedo con el refresco, gracias".

Eran las 6 de la tarde cuando volví a mirar el reloj. Ava y yo llevábamos horas hablando. La pizza a medio comer era un testimonio de nuestra intensa conversación. Salí a las siete de la tarde y me fui a casa. Estaba agotado, así que me acosté pronto.

JESSICA

Buenos días, pedazo de sexo con dos piernas increíblemente deliciosas. Ojalá me envolvieras con ellas y me hicieras gritar.

"Buenos días, Reed. ¿Has pasado un buen fin de semana?" Dijo la cobarde que hay en mí, en lugar de lo que brotó la gamberra cachonda que hay en mi cabeza.

"Hola, Jessica. Todo bien, gracias".

Me moría de ganas de preguntar qué significaba "todo bien", pero no lo hice.

"¿Y tú?", preguntó hojeando un documento que encontró en mi escritorio.

"Sí, bien, gracias".

"¿Cuándo dejó esto el mensajero?". Me preguntó Reed sin levantar la vista.

"El viernes por la tarde".

"Estupendo. Lo leeré esta mañana y luego le enviaremos una copia a Alan por correo electrónico para que la firme".

"Ah, sobre eso", dije antes de que pudiera marcharse.

Me miró sin decir nada. Estaba esperando a que yo hablara.

"Leí el documento cuando me lo entregaron y encontré un error. El lenguaje sobre un punto concreto era demasiado vago. Dejaba demasiado margen a la interpretación. Así que llamé a tu abogado y se lo comenté. Te enviará por correo electrónico la copia modificada esta misma mañana. Te he subrayado el apartado".

"Has sido muy diligente, Jessica".

No sabía si estaba contento o molesto por haberme entrometido en algo que estaba claramente por encima de mi nivel salarial. Su expresión imparcial era imposible de leer.

"Espero que no te importe", dije sin parecer insegura.

"Estoy muy agradecido. Muchas gracias. Bien hecho".

"De nada".

Reed sonrió y mis rodillas se volvieron gelatina.

"Sí, soy más listo de lo que parezco", bromeé, esperando que rompiera la tensión que sentía.

Reed se rio y se dirigió a su despacho.

"Veo que alguien tiene a su jefe enroscado en el meñique".

Reconocí la voz y me volví para encontrar a Lisa, el bicho palo, apoyada en la puerta. Su cara de zorra en reposo estaba en todo su esplendor.

"Oh, hola, Lisa".

"¿Siempre eres así de coqueta con Reed?".

"¿*Coqueta*? No seas tonta. Estoy haciendo mi trabajo. Aquí no pasa nada".

Sonreí como si no supiera lo que estaba haciendo, pero no me ocultaba bajo una roca. Reconocía a una zorra celosa y cabreada cuando la veía.

"¿Necesitabas algo, Lisa?" Pregunté, manteniendo una expresión lo más agradable posible.

"Nada en particular. Simplemente pasaba a saludar. Después de nuestro agradable almuerzo del otro día, Donna y yo pensamos en echarte un ojo. Chicas unidas y todo eso".

"Qué amable. Gracias, Lisa. Te lo agradezco mucho".

"Vale. Tengo que volver al trabajo. Que tengas un buen día".

"Igualmente".

Vale, *¡WOW!* Qué raro. Estas mujeres se sentían seriamente amenazadas por mí. Qué ridículo. ¿Qué? ¿Pensaban que planeaba secuestrar a Reed y follármelo hasta que aceptara casarse conmigo? Estúpidas gallinas.

Aparté de mi mente aquel ridículo incidente y seguí con mi trabajo. Reed se fue a una reunión antes de comer. Pensé que era un buen momento para almorzar también, así estaría allí cuando volviera.

Me había gustado el bocadillo que comí cuando Donna y su amiga quedaron conmigo para comer, a pesar de la dudosa compañía. Así que fui allí a comer algo rápido. A la hora de comer había más gente de la que esperaba. Una camarera tuvo la amabilidad de buscarme un sitio en la parte de atrás donde pudiera comer tranquilamente.

Pedí pavo con pan de centeno, pepinillos y crema de queso. Se me hizo la boca agua solo de pensarlo. Pero, antes de poder disfrutarlo, fui al servicio.

Me miré la cara en el espejo antes de entrar en el cubículo del retrete. Oí abrirse la puerta del servicio de señoras y dos voces familiares llenaron la habitación.

¿Cuáles eran las malditas probabilidades? Estaba muy agradecida de que Donna y Lisa no me hubieran visto en el restaurante. No sabía si podría pasar por otra ronda de "seamos amigas" con las hermanastras.

"Así que me lo estabas contando", oí que le decía Donna a Lisa.

"Ah, sí. Fue nauseabundo verla lanzarse sobre Reed. Me sentí tan avergonzada por el pobre hombre. Veía que intentaba apartarse de aquella *zorrita*. Ella siguió diciéndole lo jodidamente lista que era. Ah, y escucha esto. Llamó al abogado para decirle que había un error en el contrato. ¿Te lo puedes creer? Qué descaro tiene esa chica. No se detendrá ante nada para clavarle las garras".

"¡Dios mío! ¿Acaso Jessica no tiene orgullo? Si sigue con este vergonzoso comportamiento, tendremos que hacer algo al respecto. El pobre Reed ya ha sufrido bastante sin tener que defenderse de una aspirante a trepa social".

"Estoy de acuerdo. No te preocupes. No la perderé de vista", gruñó Lisa. "No se me escapará. No bajo mi vigilancia".

Esperé a que se marcharan antes de tirar de la cadena y salir del retrete. Si me empujaran a hacerlo, admitiría que sus palabras me dolían. ¿De verdad estaban tan enamoradas de Reed? ¿Y en qué universo pensaban que alguna vez saldría con alguna de ellas? Eran unas personas horribles.

Sonreí satisfecha cuando me vino a la mente otro pensamiento. Me pregunté qué habrían hecho si, de hecho, a Reed le hubiera gustado más una que otra. Esa sí que habría sido una pelea para la que habría comprado una entrada en primera fila.

Había perdido un poco el apetito. La *Cosa Uno* y la *Cosa Dos* me lo habían estropeado.

Pedí a la camarera que me empaquetara el almuerzo y le pagué la Coca-Cola que me había tomado. Salí del restaurante cuando me aseguré de que no había nadie. Me resultaría imposible mantener la compostura si las veía demasiado pronto. No podía correr el riesgo.

Estaba triste. La tarde se alargó, añadiendo insulto a la injuria. Reed estaba fuera de la oficina y yo no tenía mucho que hacer. Podría haberme puesto a bailar cuando llegó la hora de volver a casa. Subí por las escaleras traseras hasta el aparcamiento subterráneo. Ni siquiera mi querida margarita danzante mejoró mi agrio estado de ánimo.

"Mierda. ¿Qué te ha pasado?"

"Ana, hoy he estado a punto de dar por culo".

"No te veía así desde que Tommy destrozó tu proyecto del volcán. ¿Qué te pasa?"

Le conté mi triste historia a mi hermana, que a su vez se mostró vociferantemente de acuerdo con mi valoración de Donna y Lisa.

Mi hermana era una criatura razonable y amable, hasta que alguien se metía con su familia. Entonces se convertía en un oso con la pata dolorida.

"Sé lo que estás pensando, Ana, y te digo que no. Déjalo estar. Esas dos tendrán lo que se merecen. Si se esfuerzan lo suficiente, conocerán a su millonario y se casarán con él, pero descubrirán que probablemente se está tirando a su asistente personal".

"La rueda gira, ¿verdad?" rio Anabel.

"Y algo más. Ya basta de hablar de mi día jodido. ¿Qué tal el tuyo?"

"Brillante. Craig me ha enviado imágenes del viñedo en el que nos alojaremos. Es tan adorable. Quería que fuera una sorpresa, pero dijo que estaba demasiado

emocionado. Se le da fatal guardar secretos". La cara de Anabel resplandecía cuando hablaba de Craig. Era precioso verlo.

"Qué dulce. ¿Dónde está?"

"Aquí, deja que te lo enseñe. Tengo unas cuantas fotos en el móvil".

Anabel y yo nos quedamos boquiabiertas mientras ella se desplazaba por las imágenes. ¿Estaba un poco celosa? Claro que sí. Es cierto que no buscaba al hombre adecuado, todavía no, pero también deseaba tener a alguien especial que me mimara. Ah, bueno. *C'est la vie*.

Más tarde, tumbada en la cama, volví sobre la conversación de Donna y Lisa. *No sería una catástrofe*, pensé, *que floreciera una relación entre Reed y yo*.

Era un hombre inteligente, mi talón de Aquiles. Luego estaba su cuerpo firme. *Uf.* Sus ojos color caramelo tenían pequeñas motas verdes, raras y hermosas.

Debería haber sabido por los anchos hombros de Reed que era nadador. Una vez me di cuenta, cuando se puso en cuclillas para buscar un expediente en el armario, de lo musculosos que eran sus muslos.

¿Qué haces, Jessica? ¿Quieres que las dos zorras griten "te lo dijimos"?

Oh, cállate vocecita dentro de mi cabeza. Déjame divertirme, por breve e inútil que sea.

Estupendo. Ahora estaba obligada a demostrar que Donna y Lisa estaban equivocadas. Demasiada presión.

Me dormí con la venganza en la cabeza, pero en algún lugar de mis sueños me encontré en brazos de Reed. Estábamos desnudos. *Muy* desnudos.

REED

¿Era porque llevaba demasiado tiempo sin echar un polvo o porque las piernas bronceadas y torneadas de Jessica, que salían de su ajustadísima minifalda, me provocaban una incómoda erección?

Por suerte, tenía mi maletín a mano para tapar la erección que amenazaba con dejarme en evidencia como el idiota cachondo que era en aquel momento. Estaba seguro de que se me había puesto la cara roja cuando se dio la vuelta y me vio de pie detrás de ella.

"Oh, hola. No te había oído entrar", dijo tras una ligera sacudida.

"Perdona, no quería sobresaltarte".

"Menos mal que no trabajo detrás del mostrador en una armería".

"Imagino que se montaría un buen lío", me reí.

Jessica parecía sorprendida. Posiblemente porque no me había visto reír antes. Me pregunté qué pensaría del jefe hosco y mudo que había conocido desde que empezó a trabajar con nosotros. Quién demonios sabía por qué, pero quise decirle que yo no solía ser tan gruñón. En realidad, era un tipo divertido.

La razón por la que no era yo mismo, y no lo había sido durante casi un año, era Caroline. Aquella mujer me volvía loco. Estaba emocionalmente agotado, y me preguntaba de dónde vendría el siguiente ataque. Me había convertido en un imbécil insufrible y aburrido. Lo único que hacía era lamentarme. O eso me parecía a mí.

"Pareces relajado cuando te ríes", dijo Jessica como si quisiera pensarlo en vez de decirlo en voz alta.

"Gracias".

Tenía la sensación de que a los dos nos habría gustado decir algo más, pero era arriesgado mientras escondía una erección detrás de un maletín.

"Por favor, ponme con Rick en cuanto llame", dije en su lugar, y escapé a mi despacho.

"Claro".

Dejé el maletín sobre mi escritorio, sorprendido de que no estuviera abollado. La última vez que disparé mi carga fue poco después de divorciarme de Caroline. Es cierto que aquella noche todo había sido lujuria y sexo, pero sin duda me había hecho sentir mejor. No quería volver a meterme en el túnel de las cagadas emocionales. *Pum*, *pum*, *gracias*, era mi nuevo credo.

Esperé un rato antes de descargar mi vejiga, no podía correr el riesgo de ponerme en plan Da Vinci en el techo del baño. Sonó mi móvil. Era un prefijo que reconocí como el de Italia.

"Alan. Me alegro de saber de ti, colega".

"Hola, Reed. ¿Sigue en pie la oficina?"

"Apenas. Pero no te preocupes. La reconstruiremos cuando vuelvas", me reí entre dientes. "¿Cómo está tu padre? No quería molestarle".

"Está bien. Es desgarrador ver tan frágil y pequeño a un hombre que una vez se elevaba sobre mí".

"Lo siento, Al".

"Gracias, Reed".

"¿Y el resto de tu familia?"

"Aguantando. Creo que voy a regresar a la oficina. Todas las tías, sobrinas y suegras en un radio de ocho kilómetros están trayendo comida a diario. Es un trabajo duro, pero alguien se lo tiene que comer".

"Ajá".

"¿Qué tal le va a Jessica? ¿Ya te la has tirado encima de tu mesa?"

"Todavía no". Alan se rio. "Es estupenda. Muy inteligente. Sus conocimientos de

lingüística extranjera son muy útiles. El otro día solucionó un problema con uno de los contratos. Es una buena elección".

"Sí, a mí también me lo pareció. ¿Alguna novedad en el frente ex?"

"¿Cuánto tiempo tienes?"

"Te escucho".

Compartí la sórdida historia con mi socio y amigo. Le di la versión resumida, simplemente porque no me atrevía a hablar de ello una y otra vez. Se lo debía a Alan. Él estuvo a mi lado cuando lo necesitaba.

Tras una larga conversación, Alan y yo nos despedimos y colgamos. Imaginé lo duro que debía de ser ver sufrir a un padre durante un tiempo prolongado. Yo no había experimentado ese dolor. No sabía qué era peor: perder a un ser querido de repente o con el paso del tiempo. Ambas cosas eran crueles.

Esperaba con impaciencia la regata del fin de semana siguiente. Logan y yo estábamos más preparados que nunca para borrar las miradas de suficiencia de nuestros competidores más cercanos. Los hermanos Smythe eran gilipollas. Daban por sentado que todos los terrenos de la vida eran suyos: dinero, arrogancia y todo eso. Logan y yo estábamos dispuestos a irritarles.

Le había dicho a Logan que le llamaría. Dijo que se pasaría por el equipo de mantenimiento para ver si nuestra princesa necesitaba algún mimo antes de la carrera. El teléfono sonó durante un buen rato antes de que Logan contestara. No me preocupó demasiado. No era muy amigo del teléfono. Logan contestó unos instantes antes de que pudiera colgar.

"Hola, Reed. Lo siento, colega".

"Hola, Logan. ¿Cómo está nuestra chica?"

"Es una belleza. Su culo fino va a cortar el agua como un cuchillo caliente la mantequilla".

"Es una noticia excelente".

"Me alegro de que hayas llamado, Reed. Pensaba llamarte un poco más tarde".

Conocía ese tono. Estaba a punto de darme malas noticias.

"¿Qué ocurre?"

"Sé que esto no te va a gustar, pero no se puede evitar. No puedo correr contigo el sábado".

"No lo entiendo".

"Los padres de Joan vienen de Canadá y hemos quedado con ellos en el aeropuerto. Es algo de última hora. Ya me conoces. Preferiría meterme un puercoespín rabioso en los pantalones antes que pasar tiempo con ellos. Intenté librarme, pero Joan me amenazó con cortarme los huevos si no iba con ella".

"Joder. También es nuestra oportunidad de patearles el culo a los Smythes. ¿Qué pasa con las mujeres?"

"Ni idea. De todas formas, ahora no puedo decirle que no a Joan".

"Lo entiendo, amigo. Estoy destrozado, pero lo entiendo. Joan te debe mucho".

"Ah, sí, y pienso cobrárselo. ¿Conoces a alguien que pueda sustituirme?"

"No te preocupes, Logan. Haré un plan. Cuídate. Buena suerte con los suegros".

"Que le den a la suerte. Me he provisto de whisky".

"Puede que tenga que hacer lo mismo. Salud, Logan".

"Nos vemos, Reed".

Menuda semana. No podía recuperar el aliento. Me senté en la silla de lujo de mi despacho, compadeciéndome de mí mismo. No era el fin del mundo, pero quería enfurruñarme un rato.

Llamaron a la puerta.

"Sí".

Jessica abrió la puerta y entró con un documento en la mano.

"Perdona si te interrumpo. Ha llegado esto para ti".

"Gracias".

"¿Estás bien? ¿Puedo traerte algo?"

No era consciente de que mi cara delataba mi decepción. Supongo que estaba resbalando. Me di cuenta de lo intuitiva que era Jessica. La salvación de la vela estaba delante de mí. Tenía esperanzas.

"Hay algo que puedes hacer por mí. ¿Estás ocupada este próximo sábado?"

Jessica pareció sorprendida por mi pregunta. ¿O se sentía incómoda?

"Oh", añadí antes de que pudiera responder. "No es lo que estás pensando".

Eso ha sido brillante, Reed. Ahora piensa que eres un sórdido que presume demasiado.

"¿En serio? ¿En qué pensaba?" La sonrisa pícara de Jessica me hizo sonreír.

"Olvídalo. Te lo pregunto porque necesito un compañero de navegación para la regata. ¿Estarías dispuesta a ayudarme?".

"¿Me pagas horas extras?" Al principio pensé que hablaba en serio. Luego se rio a carcajadas y me relajé.

"Estoy de broma", dijo.

"Casi me engañas", sonreí.

"Te he engañado totalmente. Claro que puedo ayudarte. ¿Estás de broma? Empezaba a preocuparme por mis piernas de mar".

"Excelente. Estupendo".

"¿Qué le ha pasado a tu compañero habitual?"

"Emergencia familiar".

"De acuerdo".

Vi cómo se le iluminaban los ojos ante la idea de volver a navegar.

"¿Tienes experiencia en regatas?" Pregunté, intentando no parecer condescendiente.

"La tengo. Pero puede que esté un poco oxidada".

"¿Puedo sugerirte entonces que practiquemos un par de rondas?".

"Por supuesto. ¿Cuándo quieres empezar?"

"¿Te viene bien hoy?"

"¿Tendremos tiempo suficiente después del trabajo?"

"No te preocupes por eso. Estamos al tanto de todo, así que podemos hacer novillos".

"Será la primera vez para mí", se rio. "Soy un friki".

"No me lo puedo creer".

"Sí. Nunca he faltado a clase".

"Creo que lo vas a disfrutar. Es liberador".

Joder. Jessica era preciosa.

"Iré a casa a cambiarme".

"Vale. Te enviaré la localización de un pin. ¿Te parece bien a las 14.00 en el embarcadero?" Pregunté.

"Perfecto. Hasta luego".

Jessica salió de mi despacho. Su perfume perduró mucho tiempo después. Tal vez mi elección de sustituta no fuera una buena idea.

Tendría que hablar seriamente con mi cabecita o podría meterme en un buen lío. Y no era la primera vez.

JESSICA

¿Sentía un hormigueo en el cuerpo porque estaba a punto de subirme a un yate y cruzar la bahía a toda velocidad? ¿O era la idea de compartir mi pasión con un hombre que me había intrigado desde el momento en que nos conocimos?

Me intrigaba. Esa no era la palabra adecuada. ¿Me asombraba? ¿Lo deseaba? ¿Lo soñaba cuando dormía, cuando mi voluntad se apartaba y dejaba que mis deseos tomaran la iniciativa?

Fuera lo que fuese lo que sentía, las alarmas sonaban en algún lugar de mi mente. Si me olvidaba de mí misma tan solo un momento, quedaría a merced de mis deseos sexuales por el guapísimo Reed, alias mi jefe.

Al llegar a casa, saqué mi equipo de vela favorito. Lo había guardado en el estante más alto de mi armario cuando volví a casa de mi aventura náutica. Estaba encantada de volver a utilizarlo tan pronto.

Después de cambiarme, estudié mi reflejo en el espejo de cuerpo entero de mi dormitorio. Los pantalones cortos de color blanco brillante me quedaban cortos, y la camisa de manga larga a rayas azules y blancas me sentaba como un guante. Los materiales blancos resaltaban mi piel aceitunada y eso me hacía parecer más bronceada. A continuación, me puse las zapatillas de vela y me até el pelo en una coleta para que me cupiera debajo de la gorra. Ya era hora de salir.

Las mariposas de mi estómago se agitaron salvajemente cuando vi a Reed de pie en el embarcadero. Estaba hablando con alguien a quien no había visto antes. Interactuaban entre ellos como si fueran buenos amigos. Supuse que el hombre era el mecánico de Reed, ya que no dejaba de limpiarse la mano con un trapo

grasiento.

Reed se volvió y me miró cuando mis pasos sonaron en los tablones del embarcadero. No se movió, simplemente se quedó mirándome. Su mirada me produjo un escalofrío. ¿Era deseo lo que veía en sus ojos? Las mujeres sabían cuándo un hombre se interesaba por ellas. ¿Un don o una maldición? ¿Quién sabe? Llámalo superpoder.

El hombre que estaba con él silbó y sonrió.

"Debo decir, Reed. Apruebo tu elección de sustituto de Logan", sonrió.

"Ella es Jessica. Es mi asistente personal y, por suerte para mí, una excelente mujer de yate".

"Hola, Jessica", me saludó el hombre con cara alegre. "No te daré la mano si no te importa", dijo y levantó sus dedos grasientos a modo de explicación. "Ventajas del trabajo".

"Hola. Dicen que un mecánico sucio es un mecánico feliz", saludé.

"Inteligente, Reed", dijo, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación. No me sentí ofendido. Algo en su personalidad me decía que era de los buenos.

"Si has terminado de babear por mi nuevo miembro del equipo", sonrió Reed, "me gustaría ver cómo has retocado a mi chica".

El feliz mecánico guiñó un ojo y se marchó. Reed y yo subimos al yate.

"Es magnífica", arrullé.

"Gracias. ¿Estás lista para salir a correr con ella?"

"Por supuesto. Me sentí como una niña en una tienda de golosinas, con los ojos saltones y la cola tupida.

Me puse detrás de Reed mientras se agachaba y desenganchaba la embarcación del muelle. La vista era espectacular y el océano tampoco estaba nada mal. Me llevé las manos a la espalda y trencé los dedos por si acaso le había agarrado el culo cincelado sin querer.

Mi conciencia de la proximidad física se amplió para incluir el calor de Reed. El cálido resplandor que sentí cuando entró en mi espacio personal me produjo un cosquilleo en la piel. La primera vez que había tenido esa sensación fue en el

colegio, cuando me puse detrás de un chico del que estaba enamorada. Podía "sentirlo" en mi espacio mientras estábamos en la cola del almuerzo. Hacía tiempo que no experimentaba esa sensación temblorosa y excitante. Era tan vigorizante. La traidora que tenía entre las piernas también lo creía.

Tracé nuestro rumbo según el viento, mientras Reed izaba la vela mayor. Había llegado el momento de planear.

"Pareces un niño que ha encontrado una caja de bombones escondida", dijo Reed cuando ya estábamos en marcha.

"Me siento como una", admití. "No sabes cuánto he echado de menos esto".

"¿Por qué lo has dejado? El trabajo de oficina no parece el mejor ambiente para un espíritu libre".

"¿Qué puedo decir? La vida pasa. Pensé en desembarcar el tiempo suficiente para ganar mis millones y luego volver a mi pasión. Así que, si no te importa darme un aumento, podré vivir mi sueño más pronto que tarde".

"Sin presiones".

Me reí.

"¿Podrías coger el volante un rato?". Reed vio cómo me deslizaba sin esfuerzo en mi nueva posición de timonel de su orgullo y alegría.

Me asaltaron los recuerdos de mi aventura. Echaba de menos todo lo relacionado con la navegación. Y echaba de menos especialmente a Lexi. Si al menos me hubiera visto al timón como una Lara Croft malvada a la entrada de una tumba oscura y ominosa.

"Tienes buen aspecto al volante", dijo Reed cuando volvió a subir. "Cómoda, quiero decir".

Por un momento pensé que estaba flirteando conmigo. Pero eso duró poco cuando añadió la segunda frase. Reed estaba enviando un mensaje claro. No éramos más que un jefe y su asistente personal y compañeros de navegación. Salí del pozo de decepción en el que me había metido momentáneamente y me concentré en dirigir la embarcación.

"Gracias. Ahora que estás seguro de que sé distinguir la proa de la popa, ¿qué te parece si dirigimos esta preciosidad?".

"Reto aceptado", sonrió Reed. "Hagámoslo".

El yate se convirtió en una máquina afinada dirigida por dos personas decididas y muy competitivas. Fue fantástico. Me sentía más viva que en meses. Y no estaba sola. El rostro de Reed se iluminó como una antorcha. Sus preciosos ojos ardían. Me encantaba cómo su pelo rubio jugaba con el viento.

Reed era tan sexy. El rocío del océano empapaba su camiseta dejándola pegada a su musculoso pecho. Incluso en plena carrera, no podía apartar los ojos de él. Una vez me pilló mirándole. Sonrió y me sonrojé. No fue lo ideal.

Los organizadores de la regata habían colocado un mercado en el agua en el lugar donde los yates iban a girar y regresar a la orilla. Reed sorteó el giro como un profesional. Yo, en cambio, no estaba prestando atención - lo más probable es que me estuviera atiborrando mentalmente de sus músculos abdominales - y tropecé cuando una ola nos golpeó inesperadamente.

Reed me vio perder el equilibrio y me agarró con un brazo mientras él se aferraba al volante. Un rayo de electricidad me atravesó al tocarnos. De repente, mi cuerpo se llenó de un intenso ardor que cualquier amante anhela cuando es tocado por el motivo de su deseo.

El aire se me escapó de los pulmones cuando Reed me agarró y me sujetó con fuerza. Al instante fui consciente de cada movimiento de sus músculos, de su respiración y de su olor. Estaba en su espacio. La única forma de que estuviéramos más cerca era que Reed estuviera dentro de mí. Mi ropa *no* era lo único que estaba mojada en aquel momento.

Me alejé de Reed en cuanto recuperé el equilibrio. Lo único que se me ocurrió decir para romper la tensión sexual fue: "No soy ese tipo de chica, ¿sabes?".

"Vuelve a tu puesto". Reed se rio a carcajadas. En cuanto me relajé y me recuperé de la vergüenza, me uní a él.

"La próxima vez, un aviso sería una buena idea", dije por encima del ruido del agua.

"A la orden, capitán".

Crisis evitada. El resto de la carrera transcurrió sin contratiempos. Me sobrepuse y presté atención. Basta de mirar el culo de Reed.

"No ha estado nada mal, Jessica", dijo Reed mientras ataba el yate en el

embarcadero.

"Eres demasiado amable. Pero gracias".

"Todos tropezamos. Deberías saberlo. No te preocupes".

"Por un momento pensé que había perdido mi toque", me reí entre dientes.

"No desde donde yo estaba".

Desembarcamos una vez asegurada la nave. Me encantaba la sensación de caminar por el muelle después de navegar. La sensación de flotar me relajaba.

"Voy a hablar rápidamente con mi mecánico. ¿Quieres acompañarme a tomar una copa al club náutico? Creo que nos lo hemos ganado".

"Sería estupendo. Voy a quitarme la ropa mojada y nos vemos allí".

"Nos vemos dentro de un rato".

¿No querrás unirte a mí en el vestuario y follarme hasta reventar?

Apreté los labios con fuerza. Lo último que necesitaba era que mis pensamientos salieran de mi boca. Cogí mi bolso y me dirigí a la seguridad del club.

Reed se alejó. *Vaya culo.*

REED

¿Cómo coño iba a concentrarme en navegar cuando estaba solo, en alta mar, con una mujer de piernas suaves y torneadas que llegaban hasta el cielo, y tetas asombrosamente redondas y turgentes? *Mi maletín me habría venido muy bien por aquel entonces.*

Me concentré en todo lo que se me ocurría para no acercar a Jessica a mí y follármela duro en la cubierta de mi yate. Pensándolo bien, la elección de Jessica como mi nueva compañera de navegación fue *colosalmente* estúpida. Pero allí estábamos y no podía hacer nada para cambiarlo.

Jessica era extraordinaria. Tenía una habilidad natural para la navegación. Su rostro se volvía aún más hermoso cuando navegaba. Deseaba desesperadamente besar sus labios carnosos y rosados cuando la cogía en brazos después de que hubiera tropezado. Se me cayó el estómago a las rodillas cuando me tocó. Me alegré de que el frío chapoteo del océano me diera una excusa para explicarme la piel de gallina que me provocaba su cuerpo.

Por mi mente cruzaron toda clase de pensamientos escabrosos, ninguno de los cuales pude repetir en voz alta. ¿Me abofetearía Jessica si le chupara uno de sus duros pezones a través de la camisa mojada? No la culparía si lo hiciera.

Una vez estuvimos a salvo en tierra firme, me inventé una excusa para hablar con mi mecánico. Era una gilipollez. Necesitaba deshacerme de mi molesta erección que se negaba a abandonar. Afortunadamente para mí, mi chaqueta la había ocultado de la sexy Jessica.

Podía elegir entre una ducha fría o una caliente y jabonosa. No hay premio por adivinar por cuál me decidí. Me dirigí al club náutico cuando estuve seguro de

que mi cuerpo no me causaría vergüenza.

"¿Va todo bien?", preguntó.

"Todo bien. ¿Has pedido algo de beber?"

"Pensé en esperarte", sonrió.

Al mirar a mi alrededor para ver si veía alguna cara conocida, me di cuenta de que todos los hombres y algunas mujeres nos miraban fijamente a Jessica y a mí. Sería cuestión de tiempo que Caroline oyera los rumores sobre mi nuevo interés amoroso. Los ricos de clase no trabajadora vivían para los cotilleos. ¿Qué otra cosa harían con todo el tiempo que tenían para matar?

"No sé tú, pero yo me muero de hambre. El chef prepara una pasta con marisco buenísima. ¿Qué te parece? ¿Te gusta la pasta?"

"Me has convencido con el marisco. Probablemente comería cartón si estuviera cubierto de marisco. Y, sí, no he comido desde el desayuno, así que la comida me hará muy feliz".

"Afortunadamente, aquí no sirven cartón. Pediré una botella de vino para acompañar la comida. Eso si te parece bien".

"Me parece perfecto".

"¿Qué prefieres? ¿Blanco o Rosado?"

"Rosado, gracias".

Pedí la mejor botella de Rosado que había en el club e hice nuestro pedido de comida al mismo tiempo.

Jessica llevaba un jersey de tirantes color crema - estábamos helados después de haber estado en el agua - y unos vaqueros azul claro. Se había soltado el pelo, que enmarcaba su rostro y resaltaba sus ojos azules. De repente fui consciente de mi incomodidad. No era el tipo de emoción con el que solía luchar. Así que hice lo único que sabía que me quitaría la presión de encima.

"Trabajamos juntos, pero no sé mucho de ti, aparte de tu pasión por la vela. Háblame de ti. Si quieres, claro".

"No me importa en absoluto. ¿Qué te gustaría saber?"

"¿Cómo son tus padres? ¿Están vivos?" Pregunté, sorbiendo

despreocupadamente mi vino rosado.

"Supongo que es un buen punto de partida. Veamos. Sí, mis padres están vivos. Mamá y papá están jubilados, pero nunca lo imaginarías. Viven aquí, así que puedo verlos a menudo. Eso me gusta. A mamá casi le da un ataque cuando le dije que me iba a dar la vuelta al mundo en barco durante un año entero. También tengo una hermana pequeña, Anabel. "

Jessica hablaba con cariño de su familia. No pude evitar sentirme un poco celoso. Echaba de menos la cercanía que Ava y yo compartíamos con nuestros padres. En casa, sencillamente, no era lo mismo.

"¿A qué se dedica Anabel?"

"Ana es audióloga".

"Qué interesante. ¿Le gusta su trabajo?"

"Le encanta. Ana nació como una humanitaria comprometida. Sobre todo cuando se trata de niños. Es como el flautista de Hamelin. Los niños la siguen con total confianza".

"¿Y tú?"

"¿Qué? ¿Los niños? Me caen muy bien. Parece que yo también les gusto. Debe de ser algo genético que comparten las mujeres de mi familia".

"¿Los niños están en tu plan a largo plazo?" Estupendo. ¿Por qué no le pregunto su talla de sujetador mientras interrogo a la pobre Jessica? Pero no se inmutó por mi curiosidad.

"Qué bonito. ¿Qué hacen tus padres para mantenerse ocupados? Jubilarse no es para todo el mundo. Yo me volvería loco". Alejé la conversación de los niños.

"Mamá y papá no entienden el concepto de jubilación. Papá es ciclista, lo que significa que suele estar en algún sendero de montaña o corriendo por el bosque esquivando árboles".

"Parece un tío guay".

"Lo es. A mamá le encanta su cerámica. También es una cocinera brillante".

"¿Y tú?", pregunté.

"Claro que sé cocinar, pero no es mi idea de tiempo bien empleado. Me parezco

a papá. Mamá y Ana se pasan horas trasteando en la cocina. Creo que eso equivale a la tortura china del agua".

Me reí de su sinceridad. Jessica era cada vez más atractiva. Su entusiasmo por la vida era contagioso. Me encontré sonriendo y riendo más de lo que lo había hecho en mucho tiempo. Me sentí bien.

"Espero que comamos pronto", dijo Jessica y miró a su alrededor. "Si no como pronto, me comeré la mesa".

"Por mucho que me gustara ver eso, no puedo arriesgarme a perder a mi compañera de navegación y mi AP por una indigestión".

Miré a mi alrededor y llamé la atención de nuestro camarero. Fue a la cocina a comprobar nuestro pedido en cuanto le eché el ojo. En menos de cinco minutos teníamos la comida en la mesa.

"¡Ohh! Esto huele de maravilla", arrulló Jessica, agitando el vapor emitido hacia su nariz. Si esa era la respuesta que le provocaba una simple pasta, solo podía imaginarme lo que le haría un orgasmo.

"Sé que lo vas a disfrutar".

"Espectadores sensibles, mirad para otro lado", sonrió Jessica y le dio un buen bocado a la pasta. Puso los ojos en blanco y emitió un sonido de satisfacción.

"Estás loca", dije en voz alta.

"Me lo tomaré como un cumplido", me guiñó un ojo cuando terminó su primer bocado. "No te engañes", dijo Jessica, "puedo ser tan sofisticada como la próxima duquesa, pero no cuando tengo hambre después de navegar. Entonces se acabaron las apuestas".

"Tu turno, Jefe".

"¿Mi turno?"

"Para compartir la historia de tu vida".

"Ah, eso".

"A menos que decidas no hacerlo. No me importa. No todo el mundo se siente cómodo compartiendo".

"Me sorprende que no te hayas enterado de todo lo que hay que saber sobre mí a

través de la red de la oficina".

"Prefiero saberlo directamente de ti, a pesar de imágenes tan perturbadoras".

Volví a llenar el vaso de Jessica.

"Qué refrescante. En contra de la creencia popular, mi vida no es ni la mitad de espectacular de lo que la pintan".

"Yo no juzgo. Encasillar a alguien es muy aburrido. Pero nada de hablar de negocios. Comparte lo personal, por favor".

Jessica era, con diferencia, la mujer más encantadora que había conocido. Hablar con ella no suponía ningún esfuerzo.

"Vale, veamos. Soy uno de gemelos. Mi hermana, Ava, es psiquiatra y la persona más encantadora que puedas desear conocer".

"Es muy tierno que un hombre diga eso de su hermana".

"Estamos muy unidos, obviamente".

"¿Y tus padres? ¿Viven cerca?"

Tenía que andarme con cuidado. No quería que Jessica se sintiera incómoda.

"Mis padres fallecieron inesperadamente hace unos años".

La expresión de Jessica cambió. "Oh, Reed. Reed, lo siento. No quería molestarte. Mis más sinceras condolencias".

"Gracias, Jessica. Eres muy amable. No pasa nada. Ava y yo hemos aprendido a sobrellevarlo".

"No me sentiré bien hablando de ello", dijo ella con firmeza. "Si alguna vez sientes la necesidad de hablar de ello, estaré encantada de escucharte".

Sonreí. ¿Podría esta mujer volverse *más* atractiva?

"Hora de la confesión", dijo tras dar un sorbo a su Rosé. "No pude evitar oír la conversación telefónica en tu despacho con tu exmujer. Te oí mencionar a tu hijo. ¿Qué edad tiene?"

"No me ofendes. Estoy seguro de que todos en la oficina me oyeron. Oliver tiene cuatro años. Es la luz de mi vida. Por desgracia, no puedo ver a Ollie todos los

días. Ojalá no fuera así".

"Qué mono. Espero poder conocerle algún día".

"Seguro que sí".

Los ojos de Jessica y los míos se clavaron. Me pregunté qué estaría pensando.

"¿Le ha gustado la cena, señora?".

Maldito camarero.

"Sí", dije con aire irritado. "Gracias".

"Estaba deliciosa", respondió Jessica.

El camarero miró la botella de vino vacía. "¿Le sirvo otra?"

Miré a Jessica.

"No, gracias. Ya he comido bastante".

"Solo la cuenta, por favor", respondí al camarero.

"Espero que no te importe, Reed, pero tengo que conducir. Soy un peso ligero cuando se trata de alcohol".

"No me importa en absoluto. Ha sido un día muy largo".

"Gracias por la cena", sonrió Jessica.

"Ha sido un placer. Es lo menos que puedo hacer para agradecerte que me salvaras la carrera de regatista".

Todas las miradas estaban puestas en nosotras cuando salimos del comedor. Fingí no darme cuenta. Fuera, acompañé a Jessica hasta su coche. Le abrí la puerta.

"Eso no es algo que se vea todos los días", me reí con sorna al ver la decoración del salpicadero con una planta en maceta.

"Es Patty, mi flor bailarina que se alimenta de energía solar".

"Llévala a casa sana y salva, Patty. Buenas noches, Jessica. Gracias de nuevo".

"De nada. Nos vemos en la oficina".

Estábamos tan cerca que sentí su aliento en mi piel. Tenía a Jessica atrapada entre el coche y la puerta abierta. Habría sido muy fácil inclinarme y besarla.

Pero no lo hice. Me arrepentí cuando se marchó. *Qué cobarde*. Hice una nota mental para que Caroline me devolviera mi columna vertebral. También mis pelotas, ya que estaba.

JESSICA

Abrí la puerta principal y entré lo más silenciosamente que pude. Era tarde y no quería despertar a Anabel. Los martes eran sus días más ocupados en la clínica. Mi hermana necesitaría dormir todo lo que pudiera. Dejé las llaves del coche sobre la mesa de la entrada. Por supuesto, fallé por completo en la superficie - culpé a una combinación de poca luz y vino rosado - y observé impotente cómo el metal se estrellaba contra el suelo de madera y aterrizaba con un ruido impío.

Mierda. Eso va a despertar a los muertos. *¡Lo siento Ana!*

Me quedé quieta unos instantes para escuchar pasos. Y, segura como la muerte y los impuestos, Anabel bajó por el pasillo y entró en el salón.

"¿Dónde estabas? ¿Y por qué tienes esa cara?". me preguntó Anabel.

"¿Qué cara?"

"La de tonta. Ya sabes, la mirada que tenías cuando eramos pequeñas y habías hecho algo que no debías".

"Ah, esa mirada", solté una risita.

"Voy a poner la tetera. Tú siéntate".

"Los niños están locos por ti. Te tienen miedo, Miss Bossy Boots", me reí.

"Sí, sí. Me gustaría que me dieras algunos detalles en cuanto bajes de las nubes, por favor".

"Ana, has perdido tu vocación. Deberías haber sido detective".

"Te estoy preparando un té de manzanilla".

Me senté en el sofá. Anabel puso una taza de manzanilla sobre la mesa y se sentó a mi lado, donde esperó pacientemente a que me desahogara.

"Esta tarde he ido a navegar. Ha sido increíble. No me había dado cuenta de cuánto lo he echado de menos, Ana".

"Ya veo. ¿Y de quién era el yate en el que navegabas? ¿No era el de tu jefe?"

"En realidad, sí. Pero no es lo que estás pensando", añadí por si la imaginación de Anabel salía corriendo con ella.

"¿Qué estoy pensando?"

"Reed va a participar en una regata este sábado. Su compañero tuvo una emergencia, así que me preguntó si me importaría ayudarle".

"Y tú estabas encantada de ayudar". Anabel sonreía.

"¿Por qué no? Es un barco precioso y he echado mucho de menos surcar el océano. Era fantástico".

Anabel asintió.

"Deja eso. No tengo ninguna intención de liarme con mi jefe, Ana".

"Qué mentirosa eres", se rio Anabel. "Por cierto, he buscado a Reed en Google, ¡y vaya! Es guapísimo. ¿Cómo es?"

"Al principio, pensé que era aburrido. Demasiado tranquilo para mí. Un poco huraño si tengo que ser sincera. Pero joder. Hace que me tiemblen las rodillas".

"Cuidado, Jess. Reed suena irresistible. No querrás ir allí".

"Lo sé. Tienes razón. Pero una chica puede mirar, ¿no?".

"No quiero que te hagan daño. Eso es todo".

"Eres muy dulce, Ana. Tendré cuidado. Te lo prometo. Siento haberte despertado".

"No pasa nada. Ahora que estoy despierta, puedes contarme los detalles. ¿Cómo ha ido?"

Le conté mi día a Anabel. Omití la parte en la que estaba en brazos de Reed,

deseando que me besara. Pensé que era mejor guardármelo para mí.

Estaba agotada después de tanta emoción. Me tumbé en la cama y pensé en Reed. Yo no era inmadura. Sabía que una fuerte atracción física no era la base para liarse con alguien. Así las cosas, Reed y yo tendríamos una relación muy complicada. Además, no tenía ni idea de si pensaba en mí como algo más que un polvo, un picor que rascar. Parecía un tipo correcto, pero ¿quién sabía?

Por mucho que nada me hubiera gustado más que revolcarme desnuda con el guapísimo Reed, mi sentido común ganó la discusión a mi lujuria. Me dormí tras llegar a mi firme resolución.

No sufrí ningún efecto nocivo de la trasnochada y el rosé. Pensándolo bien, puede que fuera la reacción de mi cuerpo ante Reed lo que me había mareado la cabeza. Fuera cual fuera el motivo, era hora de trabajar.

Reed estaba en el despacho cuando llegué, con su aspecto seductor.

"Buenos días", saludé alegremente.

"Hola, ¿cómo te encuentras hoy? ¿Estás dolorida por la navegación?", preguntó con una sonrisa.

"Un poco. Gracias otra vez por la cena. Me lo he pasado bien".

"Sí, ha sido divertido".

Nunca lo habría dicho en voz alta, pero estábamos solos en la oficina, así que no me preocupaba por los cotillas de la oficina.

"Hoy necesito que te ocupes de unas cuantas cosas", dijo Reed. "¿Nos vemos en mi despacho dentro de cinco minutos, por favor?".

"Claro".

Me sentí aliviada. El tipo de ligereza que disfrutaba cuando trabajaba en los yates. No había nada más deprimente que estar atrapado en un lugar de trabajo donde nada parecía estar bien. Aparte de Donna y Lisa, mi trabajo era bueno. Yo era feliz.

Reed y yo manteníamos una profunda conversación en su despacho. El trabajo administrativo iba sobre ruedas y yo confiaba en completar con éxito las tareas que Reed me encomendaba.

"Necesito que llames...".

La puerta se abrió de golpe. Me sobresalté al oír el ruido repentino a mi espalda e instintivamente salté de la silla como un cohete.

"Por el amor de Dios, Caroline. ¿No podías llamar?" Reed se levantó y fulminó a la mujer con la mirada.

"No sabía que tenía que anunciar mi llegada, Reed. Antes no tenía que hacerlo".

Aquella mujer me fulminó con la mirada como si yo fuera algo pegajoso adherido a la parte inferior de sus nuevos Jimmy Choo.

"¿En qué puedo ayudarte, Caroline?" Preguntó Reed. Me di cuenta de que intentaba mantener la calma.

Supuse que era la ex de Reed. Mantuvo la mirada fija en mí. Me miró de arriba abajo. *¡Qué incomodidad!*

"Caroline, te presento a Jessica, mi nueva asistente personal. Jessica, ella es Caroline, mi exmujer".

"Ya veo", espetó.

"Encantada de conocerte", fue todo lo que dije. No es que lo dijera en serio, pero ser cortés era siempre mi primer paso.

Caroline era guapa, un poco delgada, pero guapa al fin y al cabo. Sus ojos ardientes eran fieros. No me echaría atrás si alguna vez empezaba una pelea conmigo, pero no sería la primera en empezarla.

"Jessica", gruñó. "Necesito hablar con Reed. A solas".

"Jessica", se dirigió Reed a mí cortésmente, "¿te importaría salir?".

"Por supuesto".

Me alegré de marcharme. Compadecí al pobre Reed por tener que quedarse.

"Veo que has conocido a la antigua Sra. Diversión, ¿verdad?".

Lisa estaba junto a mi mesa. ¿Tenía esa zorra un rastreador sobre mí? Tenía una sonrisa sádica. Habría pagado un buen dinero por saber lo que estaba pensando.

"Hola, Lisa". Evité hablar con ella de otro tema que no fuera el trabajo.

"Hola".

Esperé a que hablara y fingí que Caroline no acababa de darme un susto de muerte.

"Tristán me pidió que te trajera esto. ¿Podrías asegurarte de que Reed lo reciba?".

"Claro".

"¿Almorzamos más tarde?"

"Lo siento, hoy no puedo".

"Lástima". *Y una mierda*.

"¿Algo más, Lisa?" pregunté dulcemente.

"No, eso es todo. De acuerdo. Hablamos pronto". Y se largó.

No pasó mucho tiempo desde su llegada cuando Caroline se marchó, ignorándome como si yo no estuviera allí.

Reed salió de su despacho y se acercó a mi mesa.

"¿Estás bien?" le pregunté.

"Lo siento, Jessica. Caroline sigue sus propias reglas".

"Estoy bien. Por favor, no te preocupes por mí".

"¿Va todo bien? ¿Te puedo ayudar? Con el trabajo, quiero decir. Me ocuparé de la oficina si tienes que irte".

"Eres muy amable, Jessica. Pero estoy bien. Tengo mucho que hacer. ¿Continuamos donde lo dejamos?".

"Enseguida voy".

Reed y yo trabajamos sin interrupción durante el resto de la tarde. Pero Reed ya no era el mismo que antes de que su ex le aguara la fiesta. Una lástima.

REED

"Caroline, no puedes irrumpir aquí cuando te apetezca. Por favor, concierta una cita como todo el mundo. Este es mi lugar de trabajo. Y, sobre todo, no puedes tratar a mi asistente personal con tanto desdén. Es una asistente muy buena y no quiero que dimita porque tú no tienes modales. Es difícil encontrar asistentes competentes".

"Sobre todo las que tienen un culito tan prieto y ojos de cierva".

"No voy a hacer esto contigo, Caroline. ¿Por qué estás aquí?"

Caroline se sentó y sacó un cigarrillo.

"Preferiría que no fumaras aquí, gracias".

"Preferiría que me pagaras más mantenimiento". Encendió el cigarrillo de todos modos.

"No pongas esa cara. En realidad, es una buena noticia", dijo con cara de satisfacción.

"¿Buenas para quién?"

"Para ti".

"Dime que vuelves a casarte, por favor. Así el próximo pobre gilipollas podrá pagarte el botox y la liposucción".

"Vaya. Hoy estamos de mal humor. ¿Tu nueva y guapa asistente personal no quiere hacerte una mamada? Seguro que no sabe hacerlo tan bien como yo".

"Y pensar que besas a nuestro hijo con esa boca".

Caroline echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada de satisfacción. "Echo de menos nuestro jugueteo, cariño".

"Basta de jugueteos. ¿Qué quieres, Caroline?" No estaba de humor para juegos.

"Solías ser muy divertido, Reed. De todas formas, siempre estás hablando del poco tiempo que pasas con Oliver. Pues vengo a decirte que puedes tenerlo unos días más este mes, a partir de este fin de semana".

Sospeché. Caroline nunca hacía nada si no le convenía.

"¿Por qué?"

"Es curioso, no pareces tan entusiasmada como creía. ¿No lo quieres?"

"No seas ridícula, Caroline. Claro que quiero a Ollie. Es, mi hijo. Pero me pregunto por qué de repente estás tan dispuesta a dejar que me lo quede".

"No hace falta que actúes con tanto recelo. No estoy urdiendo un plan ruin ni nada parecido. Me voy a las Bahamas con Daniel. Nos vamos el jueves por la mañana, y mamá y papá están fuera, así que no pueden ayudarme".

El vello de la nuca se me erizó al oír pronunciar el nombre de Daniel de labios de Caroline.

"¿Le ha tocado la lotería al joven Daniel, o eres tú quien paga la factura?".

"Si no te conociera, diría que estás celoso".

"No lo estoy".

"¿Estás seguro?" Caroline se pasó un dedo por el cuello y por el interior de un pecho. Mi cuerpo se estremeció. Siempre sabía exactamente qué hacer para excitarme. *Zorra*.

"Si intentas seducirme, Caroline, es mejor que lo dejes. Tienes mi bendición para irte de vacaciones adonde quieras y con quien quieras".

Por la forma en que me miró, cualquiera diría que la había abofeteado. Su breve expresión de dolor se convirtió en indignación. Pero, sorprendentemente, mantuvo la compostura.

"Le pediré a Mannie que lleve a Oliver a tu casa el miércoles por la noche. Asegúrate de estar allí".

"Por supuesto".

Caroline se volvió para marcharse.

"Una cosa más, Caroline. Por favor, saluda a Daniel de mi parte. Espero que tus pajas hayan mejorado".

"Que te den, Reed", dijo Caroline despreocupadamente. "Se lo diré más tarde, cuando le esté chupando la polla". Otra vez aquella sonrisa viciosa.

Vi cómo la madre de mi hijo pasaba por delante de la mesa de Jessica sin saludarla.

Cuando me aseguré de que mi ex se había marchado, me acerqué a la mesa de Jessica y volví a disculparme por el comportamiento de Caroline. Ella lo aceptó amablemente, una vez más.

JESSICA

Seguí a Reed de vuelta a su despacho. Esta vez me encontraba más preparada para la posibilidad de que un agresor me sacara de mi asiento.

"Creo que necesitamos café fuerte", sugirió Reed. "No hay mejor momento que este para darle un buen uso a mi cafetera italiana".

"Es una máquina preciosa. Debe de ser muy útil durante las largas y ajetreadas noches en la trinchera".

"Desde luego. También tengo algunos aromas a medida", sonrió Reed y sacó de un armario una botella de whisky y otra de Amaretto. "Hay veces en que la mera cafeína no es suficiente. ¿Cuál es tu veneno?"

"El whisky me sentará bien, gracias".

Luego miró su reloj y dijo: "Estoy de acuerdo. Nos merecemos un poco de consuelo irlandés después de la 3ª Guerra Mundial".

"Bueno, ya casi es hora de volver a casa. No te lo discutiré".

El sonido de la máquina al moler los granos, seguido del del agua al ser impulsada a alta presión, recordaba al de una cafetería. El sonido y el olor del antiguo estimulante llenaron la habitación y me tranquilizaron. Siempre lo había hecho, aunque Donna y Lisa habían estado peligrosamente cerca de estropearme por completo las experiencias en las cafeterías.

"Gracias", dije cuando me entregó la taza.

"Bien, ¿por dónde íbamos?"

Volví a leer la última nota en la que estábamos Reed y yo antes de la interrupción. Los ánimos volvieron a la normalidad y terminamos después de dos horas de espera.

"Tendré todo esto mecanografiado para ti antes de la hora de comer de mañana", dije y dejé el bolígrafo y el bloc de notas sobre el escritorio.

"¿Quieres que te lo rellene?" Preguntó Reed.

"Sí, gracias".

Pasamos a la sala de estar de su despacho. Me gustaba estar con Reed. Aparte de su evidente atractivo visual, era una persona interesante. Cada día me sorprendía con una personalidad más profunda. Era bastante raro encontrar a alguien con quien pudiera hablar de varios temas sin que el oyente se quedara con la mirada perdida de "¿de qué coño estás hablando?

"Seguramente te preguntarás qué sentido tenía la visita de Caroline", dijo Reed al cabo de un rato.

"No es asunto mío", dije con indiferencia. No quería que mi jefe sintiera que debía explicaciones a su asistente personal sobre su vida privada.

"Te lo agradezco, de verdad, Jessica. Te lo diré de todos modos. Caroline se va de fin de semana, así que nuestro hijo se quedará conmigo".

"Eso es maravilloso. Estoy deseando conocerle".

"Seguro que te encantará".

"¿Esto no va a entorpecer nuestra carrera del sábado?". pregunté. "Oh, no es que la carrera sea más importante", añadí.

"No pasa nada, Jessica. Sé lo que querías decir. No, me lo llevaré conmigo. Hay una niñera excelente en el club. Ella y Ollie son grandes amigos. Lo mima muchísimo", sonrió Reed. Sus ojos bailaban cada vez que hablaba de Oliver. Era increíblemente entrañable y super sexy.

"Esa es la prerrogativa de una niñera: mimarlo y devolvérselo a sus padres".

"Ya veo que tú y Ollie os vais a llevar de maravilla".

Reed miró su reloj y luego volvió a mirarme.

"Ya he terminado, gracias", dije y dejé la taza vacía sobre el escritorio. "Podría

acostumbrarme a este tipo de reuniones. Tengo que decir, Sr. Andrews, que apruebo sus refrescos".

"Puede que tenga que convertir esto en una tradición semanal", sonrió. "Vale, gracias, Jessica. Hasta mañana".

"Buenas noches, jefe".

Salí del despacho y recogí mi escritorio. Eran más de las siete de la tarde cuando salí del aparcamiento subterráneo de la oficina. Si me daba prisa, tendría tiempo para una carrera rápida antes de que oscureciera. Recordé que guardaba una muda de ropa en el maletero para estas ocasiones, así que me dirigí directamente al parque y salí a correr.

Las endorfinas hicieron efecto después de correr. Estaba relajada y contenta cuando llegué a casa y sentí el olor del famoso chili de Anabel. Un final magnífico para un día relativamente bueno.

"Hola, Ana", llamé mientras dejaba las llaves sobre la mesa de la puerta principal. "¿Es chile lo que huelo?"

"Hola", me llamó desde la cocina, "¡sí! No sé tú, pero yo estoy harta de ensalada y quiche. ¿Es que nadie come nada sustancioso en verano? Vaya donde vaya me bombardean con comida para conejos".

"Quizá sea hora de cambiar de amigos", dije desde mi cuarto de baño.

"Jaja. ¿Cómo te ha ido el día? Pareces muy alegre".

"Ha ido bien. Casi todo".

"¿Casi todo?" Anabel estaba en la puerta de mi cuarto de baño.

"Hoy he tenido el placer de conocer a la ex de Reed".

"¿Y?"

"Y ella sabe dar guerra. Me ha dado un susto de muerte".

"No puede ser. ¿A ti? ¿Desde cuándo te asusta alguien?"

" Sí, cuando alguien se te acerca sigilosamente. Caroline irrumpió en el despacho de Reed mientras teníamos una reunión. Te aseguro que es la última vez que me siento de espaldas a una puerta cerrada".

Anabel se rio entre dientes. "¿Qué dijo Reed?"

"El pobre se disculpó por segunda vez. Estoy segura de que debe de pensar que estoy a punto de salir a la carretera. Sentí verdadera lástima por él".

"Me pregunto si era así cuando se casó con ella", dijo Anabel al aire como si no fuera consciente de haberlo dicho en voz alta.

"No me lo imagino así. Reed no parece un felpudo. Sospecho que su ex le mostró lo que quería que viera hasta que se casaron. ¿Quién sabe por qué la gente hace cualquier cosa? Yo, desde luego, no dejaría que alguien como Reed se me escapara de las manos".

"Hhmm".

"Hhmm, ¿qué?" dije mientras encendía la ducha.

"Es interesante que fueras allí, eso es todo".

"Fue una observación puramente académica. Ya te lo he dicho, Ana, él es mi jefe y yo su asistente. Claro que nos llevamos bien, pero ahí es donde ambos queremos estar".

"Eres una mentirosa. Date prisa. Tengo hambre".

Anabel me dejó con mi débil excusa. ¿Tan obvio era que Reed me caía como el musgo a un árbol? Esperaba que no. No me gustaría que Reed se diera cuenta de que estaba cada vez más colada por él.

Intenté mantener una conversación ligera durante la cena. Hablamos del día de Anabel y de sus pacientes de infantil. Mi hermana hablaba con tanta compasión cuando me hablaba de cada uno de ellos, y de lo emocionada que estaba de que estuviera afectando tales progresos.

"La cena fue increíble, gracias, Ana".

"De nada, hermana".

"Estoy agotada. Esa carrera me ha dejado agotada. Además, aún estoy un poco tiesa por la navegación".

"Debes de estar muy emocionada por el sábado", sonrió Anabel. "¿Te importa que Craig, los niños y yo vayamos a verlo?".

"Sería estupendo. Así podrás conocer al pequeño Oliver".

"¿El hijo de Reed?"

"Sí. Se queda con Reed unos días más. Es una larga historia. Seguro que Tom y Lucy disfrutarán conociendo a un nuevo amigo".

"Genial. Entonces allí estaremos".

"Vale, me voy a la cama. Que duermas bien, Ana".

"Gracias. Gracias a ti también.

* * *

Era sábado por la mañana temprano, y el aparcamiento del club náutico estaba abarrotado. Los mecánicos y las tripulaciones se llamaban en voz alta desde todos los lados del embarcadero, y la música que sonaba en los altavoces exteriores llenaba el ambiente. Todo era muy festivo.

No podía evitar estar nerviosa. No podía defraudar a Reed haciendo alguna tontería durante la regata. Me prometí que me mantendría alerta.

"Por aquí", oí una voz familiar que me llamaba. Era Reed. A su lado estaba el niño más guapo que había visto nunca. Parecía un ángel.

"Hola", dije cuando me acerqué.

"Ollie, ella es Jessica. Va a ayudar a papá a ganar hoy la regata".

"Gracias, Reed. Sin presiones". Luego me volví hacia Ollie. "Hola. Encantada de conocerte, Ollie. Tu padre es un gran navegante. ¿Te gusta navegar?"

"Claro que sí", dijo entusiasmado. "Papá dijo que me habría llevado a mí en su lugar, pero los otros niños estarían demasiado celosos".

"Tu padre tiene toda la razón".

"Dios mío, Reed", le dije suavemente al oído cuando Ollie estaba distraído, "¡es adorable!".

"Gracias".

"Oh, mi hermana Anabel y su novio Craig van a venir a vernos ganar. Craig va a traer a sus gemelos, Tom y Lucy. Son los niños de cinco años más dulces".

"Me encanta tu positividad. Lo de los gemelos es genial. A Ollie le encanta hacer nuevos amigos. ¿Estás nerviosa?" me preguntó Reed.

"¿Tú no lo estás?"

"Por supuesto. Eso forma parte de la diversión".

"¡Jess!" Anabel gritó mi nombre. Me volví y la encontré saludando desde el césped del club.

Craig estaba arrodillado delante de los gemelos, hablándoles. Imaginé que estaba leyéndoles la cartilla al dúo ocupado con respecto a las normas del club y a mantenerse alejados de la orilla del agua. Tom y Lucy tenían cara de ángel.

Le hice señas a Anabel para que se acercara. Ella me abrazó con fuerza y luego se volvió hacia Reed.

"Hola, Reed. Soy Anabel, pero por favor, llámame Ana".

"Encantado de conocerte, Ana", sonrió Reed.

"Cariño", llamó a Craig, "trae aquí tus bonitos bollos".

"Veo la semejanza familiar", me susurró Reed.

"No creo que nos parezcamos en nada. Yo me parezco a mi padre y Ana es un calco de mamá", respondí.

"Me refería a tu actitud mandona y sin tonterías". Reed me sonrió.

"Ah, eso. Sí, así somos".

Craig se unió a nosotros. Le presenté a Reed. Los hombres hablaron un rato, mientras yo saludaba a los gemelos.

"Jessica me ha dicho que tu hijo también está aquí", dijo Anabel.

"Sí, está en la sede del club. He conseguido que su niñera lo cuide. Tiene planeado un programa fantástico para él. Puedes llevar a Tom y a Lucy con ellos. Así Craig y tú podréis disfrutar de algo de tiempo libre".

"Sí, y gritar a pleno pulmón para que ganemos Reed y yo", añadí.

"Trato hecho".

"Vamos, Ana", dije. "Os llevaré a ti y a los gemelos a conocer a Ella y Ollie".

"No tardéis", llamó Reed tras de mí. "Será mejor que nos preparemos".

"Claro".

Anabel y yo acompañamos a los gemelos a la sede del club.

"Joder, Jess. ¡Reed es jodidamente guapo! ¿Cómo es que aún no te lo has follado?".

"Baja la voz, cachonda".

"Quiero decir, vamos, Jess. Es perfecto".

"Será mejor que Craig no te oiga hablar así", me reí.

"Craig tiene mi corazón. No tiene motivos para preocuparse".

"Ojalá no tuvieras razón, pero sí, él lo es todo".

"Me alegro de no estar en tu lugar. Es todo lo que voy a decir".

Anabel y yo dejamos a los gemelos con un Ollie muy emocionado. Los tres se hicieron muy amigos antes de que Anabel y yo pudiéramos salir de la sede del club.

"Que suerte", suspiró Anabel.

"Será mejor que grites con todas tus fuerzas. Tengo tantas ganas de ganar esto que ya saboreo la victoria".

"Así es mi Jess competitiva. Vas a patear culos. No tengo ninguna duda".

Cuando volvimos, Reed ya estaba preparado. Me despedí afectuosamente de Anabel y Craig, y Reed y yo nos fuimos a matar al proverbial dragón.

"Ya está", sonrió. "Empieza el espectáculo. Y no tomaremos prisioneros".

"Claro que no".

Solo me relajé cuando estuvimos en el agua. Era mi territorio. No tenía miedo.

REED

"De acuerdo, Jess. Toma el timón".

"Vamos a escorarnos, Jefe".

Sonó el cañón y salimos disparados como si fuéramos la bala. La espuma blanca cubrió la superficie del océano mientras los barcos corrían hacia delante, todos persiguiendo la copa de la victoria.

"¡Vamos a babor!", grité a Jessica, que mantenía firme el yate.

Nos comunicábamos bien y nos movíamos en perfecta armonía.

"Vamos a hacerlo, Reed", gritó Jessica emocionada.

Por el rabillo del ojo, vi a los gemelos Smythe resoplando. Sus caras de asombro no tenían precio. Sus gritos e insultos entre ellos tampoco estaban de más.

"¡Woohoo!" gritó Jessica cuando adelantamos a los hermanos Smythe en la línea.

"¡Joder, sí!" grité.

Jessica corrió hacia mí. Estaba dando saltos y, antes de que me diera cuenta de lo que planeaba, saltó a mis brazos.

"¡Vaya!" dije cuando la cogí. No podía creer que fuera capaz de sostener su peso con la electricidad que me recorría, haciendo que me flaquearan las piernas.

"¡Hemos ganado, Reed! Les hemos dado una buena paliza", se rio.

"Enhorabuena, socia".

"Supongo que será mejor que me baje ahora", soltó una risita. Sonreí y la bajé.

"Perdona, me vuelvo un poco loca cuando gano".

"No lo estés. Es mono. No sé a ti, pero a mí me vendría bien una cerveza helada".

"Después de tanta emoción. ¿Estás de broma? Necesitaré unas cuantas", se rio Jessica y echó la cabeza hacia atrás. "Pero usted invita, capitán".

"Por supuesto".

La sede del club estalló en cuanto Jessica y yo entramos. Observé a Jessica y a Anabel charlando animadamente entre los apretones de manos y las palmadas en la espalda que soporté. Un miembro del club, demasiado entusiasmado, pensó que lo correcto era rociar a la tripulación ganadora con champán.

No hace falta decir que Jessica y yo estábamos hechos un lío cuando la acompañé a su coche.

"Ha sido una locura, Reed. Gracias por confiar en mí".

"Gracias a ti, ahora tengo la difícil tarea de decirle a mi compañero actual que está despedido".

"Hagas lo que hagas, no le des mi nombre ni mi dirección", se rio.

"Tienes una risa sexy", dije sin pensarlo.

"Gracias. Tú también".

Maravilloso. Otra vez atrapados en el incómodo silencio. *Yo y mi maldita bocaza*. Mi corazón iba a mil por hora. Estaba completamente perdido en los ojos increíblemente hermosos de Jessica. Más tarde me daría una patada en el culo por lo que estaba a punto de hacer. Pero eso era más tarde.

Tiré suavemente de Jessica hacia mí hasta que su cálido cuerpo quedó firmemente apretado contra el mío. Respiraba con dificultad y pasé las manos por su espalda hasta que sentí su bonito culo bajo mis dedos.

No la besé. Todavía no. Más bien le pasé los labios por el cuello y le besé la hendidura de la garganta, justo encima de la clavícula.

Jessica jadeó. No pude contenerme. Era demasiado tarde. Acaricié uno de sus pezones y sentí que se endurecía al contacto.

Gimió y se apretó más contra mí. *¡Mierda!* Me había metido en un lío. *¿Cómo había podido ser tan estúpido?*

La despampanante Jessica me agarró la barbilla y atrajo mi boca hacia la suya. Mi cuerpo cobró vida mientras jugaba con su lengua.

"Sabes tan bien", susurré.

"Deja de hablar y bésame", me ordenó.

"Sí, señora".

Hice lo que me había dicho y levanté a Jessica mientras la besaba. Rodeé mi cintura con sus piernas y empujé mi palpitante erección contra ella.

"Qué no haría por arrancarte la ropa y cogerte aquí mismo", dije sin aliento.

Ella no dijo nada. Los dos estábamos perdidos en aquel momento. Deseaba desesperadamente estar dentro de ella. Fue entonces cuando volví en mí. *¿Qué demonios estaba haciendo?* Aparté a Jessica de un codazo y la bajé lentamente.

"Lo siento mucho, Jessica", me disculpé. "No sé en qué demonios estaba pensando".

"No te disculpes, Reed. Ya soy mayorcita. No es como si todo esto fuera cosa tuya. Habíamos bebido demasiado. Achacémoslo a la cerveza".

"Gracias".

"No me lo agradezcas todavía", sonrió. "Acabo de ganarme un aumento de sueldo".

Nos reímos como niños antes de darnos las buenas noches y cerrar la puerta del conductor. Vi cómo Jessica se marchaba.

¡Joder!

A la mañana siguiente entré cautelosamente en la oficina, sintiéndome como un candidato finalista a acoso sexual. Jessica estaba sentada en su mesa, levantó la vista y me sonrió alegremente.

"Buenos días", sonrió.

"Hola, Jessica".

"Dos cosas", dijo con cara seria.

"¿Sí?"

"Primero, creo que puedes llamarme Jess ahora que me has metido la lengua hasta la garganta. Y segundo, ¿dónde está nuestra taza de ayer?"

Dejé escapar un suspiro que había retenido desde que entré en mi despacho. ¿Tan adorable era?

"Vale, Jess. Gracias por no ponerte rara con nuestro beso, y la taza está en mi bolso". La levanté y ella sonrió de oreja a oreja.

"Es una belleza".

"Claro que lo es. Y lo mejor de todo es que los hermanos Smythe se pusieron de piedra cuando el capataz del club nos la presentó".

"Ya lo sé. Pensé que te lo arrancarían de las manos", se rio.

"Doy gracias de que no me asaltaran cuando pasé por el aparcamiento anoche a última hora".

"Realmente estoy bien por lo del beso, Reed. Por favor, no te sientas incómodo por ello".

"Pienso que Dios tiró el molde después de crearte a ti, Jess".

"Más te vale creerlo".

Fui a mi despacho y cerré la puerta. La verdad era que no me costaría mucho terminar lo que había empezado la noche anterior. Si Jessica supiera cuánto me había costado contenerme. Calculé que sería la última vez que podría usar el sentido común y controlarme. Así que nada de contacto físico. Ninguno.

Por alguna razón, de repente pensé en Ava. Así que la llamé.

"Es un buen momento", dijo cuando contestó.

"Bueno, somos gemelos. Te siento", me rei.

"Entonces, ¿a qué debo esta sorpresa?".

"Te echo de menos. Quedemos para comer. Si tienes tiempo, claro".

"Por eso he dicho que llegas en buen momento. Resulta que hoy tengo

cancelaciones, así que estoy bien para comer. ¿Dónde?"

"Tú eliges".

"Excelente. Hay una nueva charcutería que me gustaría visitar. Te enviaré la ubicación".

"Vale. Hasta luego".

El lugar que eligió Ava era interesante. Tenía un aire hippie de los años sesenta, con una decoración a juego. Me pareció gracioso que la comida fuera tan buena. No era como si el movimiento hippie abogara por las comidas caseras. O, quién sabía, quizá me perdí el memorándum.

Ava y yo conseguimos mantener una conversación decente por encima de los sonidos del concierto de Woodstock.

"Este sitio es muy divertido", sonrió Ava cuando nos sentamos.

"Es algo original, sí. Sin embargo, sí, me gusta".

"Vale, ya está. Tienes la mirada culpable que parece que compartimos".

"He hecho una estupidez", dije. No era como si pudiera ocultarle nada a Ava.

"Te escucho".

"Prácticamente salté sobre mi asistente personal".

"¡Qué! Pero si está embarazada. Lo siento, pero eso es asqueroso". Ava puso cara de horror.

"Se me ha olvidado que aún no te lo he dicho. Tengo una nueva asistente personal. Una larga historia".

Ava se echó a reír. "Joder. Casi te doy un puñetazo".

"No te culparía".

"Tranquilo, mi querido hermano. Conociéndote, no puede haber sido tan malo. Después de todo, eres uno de los tipos con más principios y más decentes que conozco".

"Eso no es lo que has dicho hace un minuto".

"Lo siento".

"Acepto tus disculpas. De todos modos, es muy amable por tu parte, Ava. Pero no has conocido a Jessica. Esa mujer es irresistible".

"Entonces, ¿cuál es el plan?"

"Tú eres la cabeza. Dímelo tú".

"No, no me lo digas. Ya sabes lo que hay que hacer".

"Gracias, Ava".

"Reed, eres una buena persona. Confío en tus decisiones. Te quiero pase lo que pase, tanto si te tiras a Jessica como si no".

"Inteligente decisión, quedarte de brazos cruzados. Siempre puedes dedicarte a la política si tu trabajo de día no funciona".

Ava guiñó un ojo y dio un enorme mordisco a su hamburguesa de tofu.

"Ah, antes de que se me olvide. Hay algo que creo que deberías saber, Reed. Si no lo sabes ya".

"Tengo la sensación de que esto no me va a gustar".

"Sé que no. Salí con unos amigos y Caroline estaba en el mismo club. No me vio, gracias a Dios".

"Qué suerte tienes".

"De todas formas, resulta que estaba en el baño cuando ella estaba. Esta es la parte que no te va a gustar, Reed. Se estaba metiendo líneas de coca".

"¿Qué coño?"

"No te llamé porque quisiera decírtelo cara a cara. Pensé que así sería mejor. ¿Estás bien?"

"¡Lo estaré después de retorcerle el cuello!".

Había estado tan ocupado pensando en Jessica que no había prestado atención a Caroline. En mi mente, lo retomé donde lo habíamos dejado en el aparcamiento del club náutico. Me di cuenta de que estaba haciendo el ridículo, torturándome así. Pero había probado la droga que era Jessica y estaba enganchado.

Debería haber sabido que Caroline haría algo para destruir el único placer que

tenía, a pesar de Ollie. ¡Joder!

"No puedo creer que sea tan irresponsable, Ava. ¿Cómo va a cuidar de nuestro hijo si está colocada?".

"Reed, nunca he sido admiradora de Caroline. Pero antes de que te vayas de rositas, deberías averiguar todo lo posible. Podría haber sido una vez".

"Lo dudo. Se comportó de forma extraña durante la cena. Sabía que estaba colocada. No es algo nuevo. No puede ser".

"Lo siento, hermano".

"Gracias por el aviso, hermanita. Me alegro de que viniera de ti y no de un desconocido".

"¿Qué vas a hacer?"

"Aún no lo sé. Pero te lo haré saber en cuanto lo averigüe".

JESSICA

Decidí mentir a Reed respecto a cómo me sentía por el beso y el toqueteo ulterior. Lo que quería decir era que no estaba bien. No porque fuera inapropiado o no deseado, sino porque deseaba que no se hubiera detenido. Flojo por mi parte, pero cierto.

Así que, en lugar de eso, sonreí y actué alegremente. Quería ahorrarme la vergüenza de parecer una tía cachonda. Ay.

Cuando salí del trabajo, fui a correr a la playa. Disfruté del rocío del mar contra mi piel y del agua que salía disparada mientras corría por la orilla. No podía imaginar mi vida sin tener el océano en la puerta de casa. Era mi lugar feliz, el espacio donde contemplaba el sentido de la vida.

En lugar de enjuagarme el agua salada en las duchas de playa al aire libre, me dirigí a casa para darme un largo baño en la bañera. Me arrastré despeinada hasta nuestro apartamento y encontré a Craig en el salón.

"Hola, Craig. Me alegro de verte. ¿Cómo estás?"

"Hola, Jess. Estoy bien, gracias. Aún no he tenido la oportunidad de felicitarte por tu victoria. Muy buena".

"¿Ah, eso? No ha sido nada", me reí. "Gracias, Craig".

"¿Os quedáis Ana y tú aquí esta noche?".

"No, la llevaré a cenar fuera".

"Qué bien. ¿Adónde vais?"

"Pensé que el restaurante al que la llevé la primera vez estaría bien. Nos encanta".

"Estupendo. Por favor, discúlpame, Craig. Necesito un remojón en la bañera para quitarme de encima la arena de la playa".

"Espera", susurró Craig. "Primero quiero enseñarte algo".

"Vale. ¿Por qué estamos susurrando?"

"No quiero que Ana me oiga".

Craig parecía un niño travieso. Se sacó una cajita del bolsillo y sonrió.

"¿Es lo que creo que es?" pregunté emocionada.

Craig abrió la caja y descubrió una roca engastada en platino. Me dejó sin aliento.

"*¡Es preciosa!* Me alegro mucho por vosotros. *Ana va a flipar*".

"Eso espero. De todas formas, no digas nada".

"Por supuesto. Bien hecho por el tamaño del diamante. Guau".

"Ana se merece lo mejor. Le daría el mundo en bandeja si pudiera".

"Eres una joya, Craig. Te quiero".

Los ojos de Craig brillaron. "Yo también te quiero".

"Hola, Jess. Veo que has tenido una buena carrera. ¿Qué tal el día?" Nos miró un momento a Craig y a mí. "Espera. ¿De qué os reís los dos?".

"Hola, Ana. Craig estaba probando una nueva broma conmigo. Ya sabes lo incapaz que es cuando se trata de eso".

"Craig, querido mío. Sabes que te quiero mucho, pero no deberías contar chistes. Se te dan fatal".

"Joder. Gracias, chicas. Menos mal que soy una persona tan segura de sí misma o heriríais mis sentimientos".

"De todos modos", dije, esperando que Craig perdonara mi insulto, "Craig me ha dicho que vais a salir a cenar".

"Sí", comentó Anabel. "Pensé que te daría una tregua para que no se te ocurriera otra fabulosa idea para cenar".

"Oh, cállate. ¿Ves lo desagradecida que es tu novia, Craig?".

"Eh, yo no me meto en medio de esto", se rio entre dientes.

"Vale. Nos vamos", soltó Anabel riendo.

"Tráeme una bolsa de comida".

"¿No lo hacemos siempre?" Craig le guiñó un ojo.

"Pasadlo bien, los dos". Le devolví el guiño a Craig cuando estuve segura de que Anabel no miraba.

Estaba locamente feliz por mi hermana. Y por Craig, claro. Estaban hechos el uno para el otro. Quería llamar a mamá en cuanto *los tortolitos* salieran del apartamento, pero no era mi responsabilidad. ¿O no?

"Hola, cariño. Me alegro de oírte. ¿Qué ha pasado?

"Hola, mamá. ¿Pero qué? ¿Es que una hija no puede llamar para saludar sin tener un motivo oculto?". Me reí.

"Puede, sí. Pero *tú* no. Déjalo ya".

"Vale. Primero, tienes que prometer, no, jurar que no le dirás a nadie lo que voy a decirte. Sobre todo a papá. Él no podría guardar un secreto ni para salvar su vida".

"Suena serio. ¿Va todo bien, Jess?" Mamá parecía preocupada. Tendía a pecar de preocupona.

"Son buenas noticias, mamá. Sé que no debería cotorrear, pero no puedo evitarlo. Pero primero tienes que prometerme que no dirás nada".

"Vale, lo prometo. Dime, ¿de qué se trata?"

"Craig le va a pedir a Ana que se case con él en la cena de esta noche".

"¿Estás segura?"

"No solamente estoy segura, sino que me ha enseñado el anillo. Si Ana no dice que sí, lo haré yo. Es una joya, mamá".

"*¡Qué emoción!* Llevo tanto tiempo esperando este día. Es una noticia increíble. Estoy tan contenta".

"*¡Shhh!* No tan alto. Papá te oirá".

"Ha salido con sus amigos ciclistas".

"Ay, mamá. Me alegro mucho por Ana".

"No me lo puedo creer".

"Será mejor que practiques tu cara de sorpresa. Craig y Ana me matarán si sospechan que te lo he dicho".

"No te preocupes por eso. Llevo toda una vida siendo madre. Sé cómo fingir".

"No voy a pedirte que matices esa afirmación, mamá".

Mamá se rio.

Me tumbé en la bañera poco después de nuestra llamada. Por supuesto, estaba un poco celosa. Anabel tenía todo lo que quería. Sabía que, en última instancia, yo querría lo mismo. Lo único que tenía que hacer era encontrar al hombre adecuado. No había demasiados Craig por ahí.

De algún modo, mis procesos mentales me llevaban a Reed. Era extraño que eso ocurriera cada vez más a menudo. ¿Qué buscaba exactamente de él? ¿Un buen polvo o un novio? ¿Quién lo sabía en aquel momento? Yo, desde luego, no.

Mi cuerpo ansiaba su contacto. Me excitaba el mero pensamiento de sus labios moviéndose alrededor de mis pezones. Moví los dedos sobre mis pezones. Estaban duros y deseosos. Mi núcleo ansiaba que lo tocara. Deslicé los dedos hasta donde anhelaba tener los de Reed. Con cada movimiento, veía el cuerpo de Reed, reluciente de sudor, mientras me penetraba con fuerza. Era tan hermoso, tan sexy. Sentí su miembro como cuando lo frotó contra mí en el club. Fantaseé y me estimulé hasta que un orgasmo estalló en mis entrañas. Me quedé completamente sin aliento.

Sabía que era un sustituto lamentable de la realidad. Pero tendría que servir. Lo real era demasiado arriesgado. ¿Podría alcanzar el orgasmo con él? Por supuesto, pero era mejor no pensarlo en aquel momento. Cuando salí de la bañera, el agua estaba tibia. Me puse el pijama y me preparé un tentempié.

Luego me tumbé en la cama, con la esperanza de mantenerme despierta el

tiempo suficiente para celebrarlo con Ana. Me pregunté si Reed también se tocaba cuando pensaba en mí.

Eso sería algo por lo que pagaría un buen dinero para verlo. Era oficial. Reed me caía bien. *Demasiado* bien.

REED

Lo que había empezado como un agradable almuerzo de puesta al día con Ava se había convertido rápidamente en una aventura infernal. La noticia de que Caroline esnifaba cocaína por su nariz perfectamente recta y respingona era la peor noticia que podía esperar. Simplemente parecía que no podía triunfar.

Y pensar que antes quería tanto a esa mujer. ¿Dónde había ido a parar todo? El amor y la verdad eran volubles. Un día estabas en la cresta de la ola y al siguiente te encontrabas tirado en la arena preguntándote qué había pasado.

Hice todo lo que pude para centrarme en Ava mientras comíamos juntos. Pero fue difícil. Luego volví directamente a la oficina y llamé a mi abogado. Había que hacer algo al respecto. No podía, en conciencia, esconder la cabeza bajo el ala y fingir que todo iba a ir bien. Que Caroline se la soplara en casa o cerca de Ollie era irrelevante en aquel momento. Tenía que parar. *Inmediatamente*. Aunque tuviera que arrastrarla a rehabilitación.

Jessica ya había salido de la oficina cuando llegué. Menos mal. Me serví un whisky y me senté en mi escritorio. Era importante ordenar mis pensamientos antes de llamar a Stanley Myers. No tenía sentido ponerme histérico cuando necesitaba un plan de juego.

"Hola", dije a la mujer que atendió la llamada, "¿está Stanley disponible, por favor?".

"Lo siento, señor. El Sr. Myers se ha ido por hoy. Puedo pedirle que le llame si es una urgencia".

"No, gracias. Es importante, pero puede esperar hasta mañana. ¿Podrías pedirle

que me llame en cuanto llegue a la oficina, por favor? Soy Reed Andrews. Tiene mi número".

"Me aseguraré de que reciba el mensaje, señor Andrews. Que pase una buena tarde".

"Gracias".

Maldita sea. Estaba irritado, pero al mismo tiempo apreciaba el hecho de que incluso los abogados necesitaran tiempo de inactividad. La abogacía era como la medicina: estar de guardia 24 horas al día, 7 días a la semana. De todos modos, no tenía sentido quedarme en el despacho como una pieza de recambio, así que me fui.

Necesitaba un rato a solas, así que bajé al club y me fui a nadar a solas. El agua susurraba a mi alma. Fue en el agua donde la sabiduría y la razón tuvieron la oportunidad de penetrar en mi mente, que por lo demás estaba muy ocupada.

Atrapado entre dos mujeres. Queriendo alejarme lo más posible de una y deseando estar más cerca de la otra. Estos eran los pensamientos que ocupaban mi mente mientras empujaba a través del agua.

Ambas eran hermosas por fuera - no podía ser menos - pero no podían ser más diferentes por dentro. Para ser justos con Caroline, no era del todo mala. Formábamos la pareja perfecta cuando nos conocimos. Por desgracia, no reconocí el vacío que tenía en el alma, el que intentaba llenar con atención y cosas materiales.

Lo comprendí demasiado tarde. Supuse que era injusto por mi parte culparla a ella exclusivamente. Sus padres eran los que, en última instancia, la habían defraudado. Los hijos de los fondos fiduciarios casi siempre eran mercancías defectuosas. Caroline no era una excepción. En lugar de tenerla cerca y demostrarle su amor, los padres de Caroline la enviaron a un colegio tan pronto como tuvo edad suficiente.

Ava y yo tuvimos la suerte de que nuestros padres nos adoraran. Éramos una familia de verdad, con luchas y desafíos, pero a la hora de la verdad siempre podíamos contar los unos con los otros para apoyarnos y darnos amor incondicional.

Lo único que tenía Caroline eran unas vacaciones ocasionales en el extranjero con papá y mamá, y vacaciones escolares en las que pasaba la mayor parte del

día con sus amigas. La prosperidad siempre es tan fabulosa como parece. En resumidas cuentas, Caroline ansiaba atención y amor, y haría cualquier cosa por conseguirlos. Mi amor era suficiente hasta que dejó de serlo.

Casi había anochecido, así que regresé al club. Compré una pizza de camino a casa y me puse a ver la tele. Me dormí pronto, sin duda gracias al estrés y a la larga remada. Dormir era mejor que estar sentado echando humo y estresado.

Ava me llamó temprano a la mañana siguiente para ver cómo estaba. Como si fuera a tirarme por un acantilado y darle a Caroline esa satisfacción, bromeé. Me fui a trabajar tras una breve charla con Ava.

"Buenos días", dijo Jessica alegremente cuando me vio.

"Hola. Estás de muy buen humor", comenté.

"Una noche estupenda. Te pondré al día más tarde".

"Lo espero con impaciencia. Estoy esperando una llamada del Sr. Myers. ¿Puedes retener mis llamadas después de que me lo pases, por favor, Jess?"

"Por supuesto".

"Gracias".

Stanley llamó a las 8:10.

"Hola, Reed. ¿Cómo estás?"

"Hola, Stanley. He estado mejor, gracias".

"Lo he notado. No es que suelas llamar simplemente para charlar", dijo Stanley en broma.

"Es la verdad. De todos modos, Stan, necesito tu consejo".

"Claro que sí, Reed. ¿En qué puedo ayudarte?"

"Es Caroline. Esta vez se ha superado a sí misma".

"Sin sorpresas. ¿Qué trama esta vez la pequeña víbora?"

"Está tomando drogas. Cocaína. No sé si es lo único que toma, pero estoy seguro de que es cocaína".

"Siento oír eso, Reed".

"Sí. Mi preocupación es Ollie. No quiero que los malos hábitos de mi ex repercutan negativamente en nuestro hijo. ¿Hay algo que pueda hacer?"

"De momento son rumores, Reed. No podemos ir exactamente al juzgado y decirle al juez que le dé un tirón de orejas a Caroline porque su exmarido dice que se mete coca".

"No tienes por qué señalar lo obvio, Stan. No soy imbécil".

"Mis disculpas, Reed. No era eso a lo que quería llegar. Lo que sugiero es que contrates a un investigador privado para que podamos conseguir pruebas sólidas: fotos y cosas así. Cuantas más tengamos, más razones habrá para que un juez falle a tu favor cuando se trate de decisiones sobre la custodia, etc.".

"Siento haber estallado, Stan. Estoy nervioso, como comprenderás".

"Por supuesto. No hay problema. ¿Conoces a un buen investigador? Si no, puedo darte el nombre de uno que mi empresa utiliza habitualmente para este tipo de casos".

"Sería estupendo, gracias. Es un terreno desconocido para mí".

"Me alegro de que me hayas llamado en lugar de hacer una tontería, Reed. Imagino que eso debió de requerir bastante autocontrol".

"Era todo lo que podía hacer para no estrangular a la mujer, Stan. La única razón por la que no lo hice fue por Ollie".

"Eres un buen padre. Le pediré a mi ayudante que te envíe los datos de contacto de nuestro investigador por correo electrónico. Por favor, avísame si puedo hacer algo más".

"Lo haré. Gracias de nuevo, Stan".

"Mantente firme. Lo solucionaremos. Hablamos pronto. Adiós".

"Adiós".

Llamé a Dax después de mi conversación con Stanley.

"Hola, Reed. ¿Cómo estás, colega?"

"Hola, Dax. Sobreviviendo. ¿Y tú?"

"Todo bien por aquí. Parece como si quisieras hablar de algo. ¿Estoy en lo

cierto?"

"¿Recuerdas la conversación que tuvimos el otro día sobre el extraño comportamiento de Caroline durante la cena?"

"Sí".

"Pues bien, ayer comí con Ava. Me confirmó lo que sospechaba. Vio a Caroline esnifando coca en el baño de algún club".

"Mierda, Reed. Siento oír eso. ¿Estás bien?"

"Estoy haciendo todo lo posible por mantener la calma. Esta mañana he llamado a Stan para pedirle consejo. Me ha enviado el número de contacto de un investigador privado que utiliza su empresa. Dice que cuantas más pruebas concretas tengamos para demostrar que Caroline se droga, más posibilidades tendremos de convencer al juez de que no es apta para tener la custodia de Ollie."

"Esto es importante, Reed. Ten cuidado. Sabes que su familia se opondrá. Asegúrate de que hagas lo que hagas sea legal".

"Precisamente por eso voy con el tipo de Stan y no con un turbio investigador de mala muerte. Me doy cuenta de que es mi única oportunidad de cambiar las tornas. Voy a ser muy precavido, créeme".

"Menuda puta pesadilla. Has pasado por el aro por culpa de esta mujer. Odio verte tan infeliz".

"Me lo he hecho yo mismo, Dax".

"Tonterías. No sabías quién era cuando te casaste con ella".

"Supongo que no. De todos modos, necesito una copa y una buena comida. ¿Quieres quedar conmigo más tarde para cenar?".

"Claro, colega".

"Gracias, Dax".

Decidí que la mejor forma de pasar el día sin sentir lástima de mí mismo sería lanzarme a trabajar. No interactué demasiado con Jessica. Era una persona intuitiva, y yo no tenía fuerzas para entablar una conversación prolongada sobre mis penas.

Esperé a que se fuera por hoy y luego conduje hasta reunirme con Dax para cenar. Llamé al número del investigador privado y concerté una cita para vernos el lunes siguiente por la mañana. Pasé el resto de la velada disfrutando de la compañía de Dax y hablando de cosas sin complicaciones.

JESSICA

Era viernes por la noche y Anabel estaba radiante. Llevaba así desde que Craig y ella llegaron a casa después de cenar y anunciaron que se habían prometido. Estaba muy sorprendida de mis dotes interpretativas, al igual que Craig, puesto que ya sabía lo que se esperaba. Anabel estaba deslumbrante. Nunca la había visto tan feliz. Craig tenía una sonrisa constante en la cara. Los dos eran adorables.

"¿Habéis decidido ya el lugar de la boda?".

"Estamos curioseando, pero aún no lo hemos decidido. Lo hablaremos la semana que viene, cuando estemos de vacaciones".

"¿Lo saben Tom y Lucy?"

"Sí, lo saben. Es lo más tierno del mundo. Craig les enseñó el anillo antes de pedirme que me casara con él. Quería saber qué les parecía. Dice que ni Tom ni Lucy han tenido la más mínima protesta. Están muy emocionados de que yo sea su nueva mamá".

A Anabel se le llenaron los ojos de lágrimas cuando me lo dijo.

"Eso es muy especial, Ana. Claro que dirían eso. Te adoran. Y deben de ver lo feliz que haces a su papá. No podría alegrarme más por ti, hermanita".

"Gracias, Jess".

"Ojalá hubiera estado allí cuando se lo contaste a mamá. Le habría dado un ataque. Por no hablar de la reacción de papá. Seguro que está eligiendo una bicicleta de montaña para su futuro yerno". Me reí al imaginarme a papá midiendo el interior de la pierna de Craig para asegurarse de comprar la bicicleta

de la talla correcta.

"Puedes estar segura de que papá le comprará a Craig una bicicleta 29er en lugar de una e-bike. De ninguna manera dejará que su yerno le gane en su propio deporte", sonrió Anabel.

"Tienes razón".

"Mamá se quedó muy sorprendida. Se puso a bailar casi de inmediato. Papá me abrazó tan fuerte que pensé que me rompería una costilla".

"Sí, te lo agradezco mucho, Ana. Ahora ya no volveré a oírlo. Cada vez que vaya a visitar a mamá o hable con ella, querrá saber cuándo me voy a casar".

"Te lo has buscado por retrasarte, perezosa".

Estaba a punto de echarle la bronca por algo cuando sonó mi teléfono. El identificador de llamadas me pilló por sorpresa.

"Hola, Reed". Ana puso cara de besucona y la rechacé.

"Hola, Jess. Espero no molestarte".

"No, estoy pasando un rato con Ana. ¿Qué pasa?"

"Necesito tu ayuda, por favor. No te molestaría, pero no consigo hablar con mi hermana".

"¿Qué pasa?" Oí de fondo el llanto de un niño. "¿Es Ollie? ¿Está bien?"

"Sí, es Ollie. Por eso te llamo. No se encuentra bien. Tiene fiebre y no quiero llamar a Caroline, por razones que seguro que comprenderás. Ava no contesta al teléfono. ¿Te importaría venir a ayudarme? Sé que se te dan bien los niños".

"Claro, por supuesto, te ayudaré".

"Brillante, gracias, Jess. Te enviaré la ubicación de mi casa en el mapa".

"Hasta pronto. ¿Ollie es alérgico a algo?"

"No que yo sepa".

"Vale, hasta pronto".

Dejé el teléfono sobre la mesa y fui a cambiarme a mi habitación.

"¿Trabajando hasta tarde, eh?" Anabel sonreía mientras me miraba cambiarme. "Espero que te pague las horas extras".

"Qué gracioso. Deja de sonreír así. Reed necesita mi ayuda. Ollie no se encuentra bien".

"Ya veo. ¿No hay médicos cerca de donde vive?"

"Sé lo que estás haciendo. Déjalo ya. Solo le estoy ayudando".

"Mentirosa".

Dejé que Anabel se regodeara y conduje hasta casa de Reed. Tenía al pequeño Ollie en brazos cuando abrió la puerta principal.

"Ah, pobre bebé", dije y cogí a Ollie de los brazos de Reed. "¿No te encuentras bien, cariño? Ven. Vamos a traerte chocolate caliente. Te pondrás mejor antes de que te des cuenta".

Reed no dijo ni una palabra. Observó en silencio cómo Ollie dejaba de llorar y yo dejaba caer la bolsa en el sofá.

"Has conseguido que deje de llorar", dijo, asombrado.

"Tengo ese efecto en los hombres", solté una risita.

"Supongo que sí".

"Relájate. Parece que necesitas un trago fuerte. Voy a echar un vistazo rápido a Ollie y luego le prepararé algo, para que se sienta mejor".

Llevé a Ollie a la cocina, donde la luz era mejor, y le di un rápido chequeo. Reed apareció y se quedó de pie junto a la encimera, con aspecto nervioso.

"¿Qué le pasa? ¿Ya lo sabes?"

"No para de tirarse de la oreja. Parece bastante roja por dentro. Probablemente sea una infección de oído. No veo nada más que parezca sospechoso. He traído el botiquín de Ana con todo lo necesario. Seguro que encuentro gotas para los oídos".

Rebusqué en la bolsa y encontré lo que buscaba.

"Aquí tienes. Ollie, voy a curarte las orejas, cariño. Tengo un zumo mágico muy fuerte en esta bolsa".

Llené una taza de agua caliente y sumergí en ella el frasco de gotas para los oídos. Cuando estuve segura de que las gotas no estaban demasiado frías, eché unas gotas en cada oreja de Ollie y coloqué un algodón en cada una.

Reed me observó atentamente. La expresión de preocupación de su cara era tan dulce. Quería abrazarle y asegurarle que su hijo se pondría bien. Se me aceleraron los latidos al pensar en abrazar a Reed y sentir su cálida piel contra la mía.

Ollie se cansó cuando terminó el chocolate caliente con analgésicos para niños. Se quedó dormido en poco tiempo.

"Tú, Jessica Moore, eres una auténtica maravilla", suspiró Reed cuando volvió de arropar a Ollie en la cama.

Yo sonreí.

"¿Te sirvo una copa?"

"Eso estaría bien, gracias", dije y miré alrededor de su salón. "Tienes una casa preciosa".

"Gracias. Lo siento, no tengo vino rosado. ¿Está bien whisky?"

"Estupendo, gracias".

"¿Cómo lo tomas?"

"Con hielo, gracias".

Cogí el vaso de Reed y bebí un sorbo. "Hhm, está bueno".

"Un amigo me lo trajo de Irlanda como regalo. Me avergüenza decir que aún no lo he probado. Así que brindo por los buenos amigos y el whisky irlandés".

"Brindo por ello".

"No está mal", dijo después de dar un sorbo al suyo.

"¿Cuánto tiempo estará Ollie contigo?

"Se va a casa de Caroline el domingo por la tarde. Espero que se recupere pronto. Estaba deseando llevármelo a navegar".

"Probablemente necesite antibióticos para eliminar la infección de los oídos.

Llévalo al médico mañana por la mañana. El domingo estará como una rosa. Seguro que no hace falta que te diga lo rápido que se recuperan los pequeños".

"Sí. Mucho más rápido que sus asustados padres", dijo Reed y se pasó las manos por el pelo. Me hubiera gustado que no hiciera eso. Casi todo lo que hacía me excitaba.

"Gracias. Lo haré. Oh, disculpame, ni siquiera te he preguntado si has cenado".

"Ahora que lo dices", sonreí, "no, no he cenado".

"¿Qué te parece un filete? Hago una salsa de pimienta buenísima".

"¿A qué loco no le gusta el filete?".

"Bueno, prepárate para que te alimente a conciencia. Sígueme. Trae también la botella de whisky, por favor".

Seguí a Reed hasta la cocina, llevando una botella de whisky y luciendo una sonrisa. Por dentro estaba bailando el moonwalk. No me importaba por qué seguía allí. Me sentía feliz de estar en la casa de Reed.

Abrió un cajón de la cocina y sacó un delantal de cuerpo entero. Se lo puso y lo ató bien. Me eché a reír cuando lo hizo.

"¿Qué? ¿Nunca has visto a un hombre con delantal?".

"Un montón. Pero no recuerdo haber visto nunca a un hombre que llevara un delantal con el dibujo de un nadador desnudo".

"Chaval", dijo, " es que no has conocido la vida".

"No tenía ni idea de que estuvieras tan loco".

"¿Por qué? ¿Porque cuando nos conocimos era un gruñón?".

"Uhm".

"No pasa nada. No te guardaré rencor".

"Bueno, sinceramente, no eras exactamente el Sr. Feliz".

"Han sido dos años duros. Te pido disculpas si he actuado como un gilipollas".

"No te disculpes, Reed. Creo que has aguantado muy bien teniendo en cuenta. Recuerda que he *encontrado* tu problema".

"Efectivamente".

"Te diré una cosa, Reed. ¿Por qué no fingimos, solo por esta noche, que Caroline no existe, y tú y yo empezamos con buen pie?".

"Es un plan excelente. Bueno, Jess, ¿a qué te dedicas?".

"Doy palizas a ponis en regatas de vela. ¿Y tú?"

Reed y yo nos reímos y, al hacerlo, el ambiente se transformó en uno relajado y juguetón. Pelé patatas para hacer frituras y Reed preparó la carne con un aliño de ajo y aceite de oliva.

Cuanto más whisky bebíamos, más hablábamos, y cuanto más hablábamos, más claro tenía que me estaba enamorando de mi jefe.

"Madre mía. La comida huele increíble, Reed. Me muero de hambre".

"Probémosla antes de que se nos pongan los ojos vidriosos", se rio. "Toma, abre bien grande".

Observé desde mi posición ventajosa en la encimera de la cocina cómo Reed cortaba un trozo de carne y lo mojaba en la salsa de pimienta. Luego esperó a que abriera la boca para colocármelo en la lengua. Cerré los ojos y mastiqué despacio. Estaba divino. Después de tomármelo con calma, abrí los ojos y me encontré a Reed tan cerca de mí que podía ver las pequeñas canas que se escondían bajo su flequillo.

"¿Y?", preguntó.

"Increíblemente bueno".

"Me alegro de que lo apruebes", dijo Reed en voz baja mientras me separaba las rodillas con su cadera para poder acercarse más a donde yo estaba, suspendida sobre él en la encimera.

Abrí la boca para hablar, pero en lugar de que las palabras se escaparan en el aire entre Reed y yo, su lengua cortó el silencio y entró en mi boca. Le devolví el beso como si fuera lo más natural del mundo. No tuve que pensarlo, simplemente actué.

"Llevo tiempo queriendo hacer esto", gimió en mi oído. "¿Te parece bien?"

En lugar de responderle con mis palabras, le pasé las manos por la espalda y lo

atraje hacia mí.

Si era una mala idea, poco me importaba.

REED

Durante todo el tiempo en que cociné el mejor filete que jamás había hecho - al fin y al cabo, era para Jessica - intenté contenerme. Cada vez que sonreía o reía, o simplemente se relamía los labios carnosos, el calor dentro de mis entrañas crecía más y más. Perdí el control cuando Jessica abrió la boca para probar el filete. No solo el chuletón estaba hecho, sino también *yo*.

Recuerdo que dije algo patético sobre que quería besarla desde un tiempo, pero después de eso, no conseguí articular palabra. Jessica me acercó y entonces supe que había empezado. Fue todo lo que pude hacer para no correrme en los pantalones cuando lo hizo.

Recé para que Ollie no bajara a por un vaso de leche o una galleta, porque no tenía ninguna explicación adecuada para un niño de lo que estaba a punto de hacerle a Jessica.

Levanté a la hermosa mujer sentada en la encimera de la cocina y la llevé al salón. Era la habitación más cercana a la cocina, y no tenía intención de esperar demasiado antes de hundir mi dura polla en Jessica. Había soñado con hacerlo desde nuestro beso en el club. En realidad, eso no era del todo correcto. Cuando la sujeté en el yate y se tambaleó, me dio un subidón de placer.

"¿Estás segura, Jess?" volví a preguntar.

"Sí", dijo sin aliento y me besó con más fuerza.

La dejé suavemente sobre la alfombra de pelo largo y le desabroché la camisa muy despacio. Quería que nuestra primera vez fuera lo más intensa posible. Quería recordar cada detalle de nuestro sexo. La mujer morena que estaba tumbada debajo de mí en la alfombra era exquisita. Su piel de color lechoso era

perfecta. Imaginé que Leonardo Da Vinci se habría caído de pie para llegar hasta Jessica y pintar su impresionante forma.

Jessica levantó la parte superior del cuerpo para que pudiera quitarle la camisa. Cuando lo hizo, me llevé a la boca uno de sus duros pezones a través de su sedoso sujetador. Gimió suavemente mientras lo hacía. Le desabroché hábilmente esta prenda en cuanto se hubo liberado de la camisa y ahuecé sus pechos perfectos con las manos.

"Joder, eres perfecta", susurré, temiendo despertar a mi hijo.

Jessica sonrió y me desabrochó la camisa. Pasó los dedos por mi pecho desnudo y volvió a subirlos. Me pellizcó los pezones con los dedos, lo que me sobresaltó.

Se rio. "Pensé que te vendría bien un pequeño pellizco".

"No me lo esperaba, pero me gusta".

Me incliné y le mordisqueé el pezón, luego se lo mordí muy suavemente.

"Touché", dijo después de exhalar un suspiro agudo.

Rodeé con mis labios sus redondos lunares lechosos. Estaba tan excitado que goteaba. Jessica aprovechó la oportunidad y metió la mano en mis pantalones. En cuanto llegó a mi pene, lo recorrió con la mano.

"Joder", gemí, "qué bien se siente".

"Tú estás muy bien", dijo y me besó el pecho.

Mi necesidad de mi nueva amante se hizo urgente, así que le desabroché los vaqueros y se los quité rápidamente. También le quité el tanga. Mis ojos se deleitaron con la desnudez de Jessica. Su coño estaba hinchado por la anticipación de lo que estaba por venir. Estaba irresistiblemente mojada.

"¡Oh, sí! Vello púbico. Es muy sexy. No tengo ni idea de por qué las mujeres se lo afeitan".

Bajé sobre ella, acariciando el exterior de su núcleo con la lengua.

"Te quiero dentro de mí, Reed", me suplicó.

"Ten paciencia, preciosa".

"Por favor", suplicó. Tenía los ojos llenos de deseos. El pecho de Jessica subía y

bajaba con creciente urgencia. Me gustaba provocarla. Así disfrutaría mucho más de mi penetración.

Volví a acercar mi boca a la suya. Ella meneó mis pantalones hasta que se bajaron lo suficiente para liberar mi deseosa polla. Jessica era una amante atrevida. Eso me excitaba. Me agarró por el culo y tiró de mí hacia ella. La sensación cálida y húmeda de estar dentro de ella me hizo dar vueltas a la cabeza. El corazón me latía tan deprisa que temí que se me saliera del pecho.

Entré y salí de ella, gimiendo a cada golpe.

"Más profundo", me ordenó. "Más rápido".

Jessica sabía exactamente lo que quería y yo se lo di. Cerré los ojos y me concentré en el placer de moverme dentro de su clítoris cada vez más duro. Jessica no soltó mi culo ni un segundo. Juntos nos movimos en perfecta sincronía hasta que un orgasmo la hizo estallar. Yo me corrí poco después de ella, disparando mi semilla dentro de su núcleo perfecto.

Jessica y yo permanecimos tumbados largo rato, sin querer separarnos. El resplandor nos envolvió en su mágico hechizo. Tenía los ojos pesados y el cuerpo completamente relajado.

"Sabía que esto iba a ser increíble", dijo ella, respirando con dificultad.

"Entonces no era solo cosa mía".

"Claro que no".

"Sí, pero ¿me tendrás respeto mañana?". Sonreí.

"Por supuesto que no", dijo y me besó.

"Eres tan hermosa, Jess. Ojalá pudiéramos estar aquí tumbados así para siempre".

"Opino lo mismo".

"Por favor, quédate conmigo esta noche. Además, ¿y si Ollie necesita a su enfermera en plena noche?".

"Usted expone un argumento convincente, señor".

"Ven", dije y me aparté de ella, muy despacio. "Ahora me muero de hambre".

Le indiqué a Jessica dónde estaba el baño para que pudiera refrescarse. Aún estaba radiante cuando se reunió conmigo en la cocina. La besé larga y profundamente antes de devorar todo el filete y las patatas fritas que habían quedado sin terminar.

Menuda noche. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía a gusto. Jessica era la píldora que necesitaba. Jessica. Guapísima, Jessica.

Hablamos mientras cenábamos. Nunca hubo un silencio incómodo entre nosotros.

"¿Cuándo fue tu primera vez?", me preguntó de sopetón.

"¿Ahora jugamos a las veinte preguntas?"

"Le dimos la vuelta a las cosas, sin segundas intenciones. Normalmente, los amantes se conocen antes de lanzarse como conejos".

"Buena observación. Vale, jugaré. Veamos. Uhm, mi primera vez fue en mi segundo año. ¿Y tú?"

"Yo empecé despacio. Mi primera vez fue cuando tenía dieciocho años".

"Bueno, permíteme decir que para ser una principiante lenta, aprendes muy rápido".

Jessica se rio.

"¿Te has ruborizado?" bromeé.

"¿Sí?"

"Creo que sí. No te avergüences. Eres dinamita".

"Tú tampoco estás nada mal".

"Oh, la vieja rutina", dije suavemente y me acerqué para besarle el cuello. "Tengo algunos trucos en la manga que creo que te van a gustar mucho".

"Un polvo y un filete. No sé cómo vas a mejorar algo así", arrulló.

"Oh, tranquila. Ya verás, mi pequeña sexópata".

"Empiezo a disfrutar de verdad trabajando a sus órdenes, jefe".

"Quizá preferías un aumento. Espero no haberte decepcionado".

"De momento, no".

"Descarada asistente personal. Ven aquí".

Besé a Jessica. Esta vez con menos urgencia, pero con la misma intensidad.

JESSICA

Cuando me desperté, era vagamente consciente de que estaba en el lado equivocado de la cama. Abrí los ojos lentamente y me quedé mirando un cuadro desconocido que había en la pared. Qué extraño. ¿Estaba despierta o seguía soñando? Tanto si estaba despierta como soñando, me dolía la cabeza.

¡Vaya! Tenía que dejar de comer carne tan cerca de la hora de acostarme. Menudo sueño. Pero estaba riquísimo. Espera un momento. ¿Era un sueño? Mi cerebro volvió a la vida poco a poco. Tenía un sueño profundo. No me gustaba nada madrugar. No hasta mi primer café. Mamá se burlaba de mí cuando era niña. Decía que estaba muerta hasta por la mañana.

La noche anterior me venía a la memoria en pedacitos mientras estaba tumbada, hasta que todo estaba claro como el cristal.

¡Joder! ¡No! ¿Estaba en la cama de Reed?

¡Jessica Moore! ¿Qué has hecho?

El brazo de Reed se balanceó y me rodeó el pecho. Tenía que elegir. O le arrancaba el brazo a mordiscos y me escabullía, o le despertaba y fingía que había sabido todo el tiempo que estaba en su cama. Difícil decisión. No tenía demasiado tiempo para elegir. Reed abrió los ojos y me sonrió.

"Buenos días, preciosa", dijo.

"Buenos días".

"Estuviste espectacular anoche".

"Gracias. Tú también lo estuviste. Perdona, estoy un poco confusa cuando me

despierto".

"¿No eres una persona madrugadora, verdad?"

"Desde luego que no".

"Tengo un remedio para eso", sonrió.

"¿El café?"

"Después. Esto es mucho mejor que la cafeína".

Reed me acercó y me besó los ojos. Luego me mordisqueó el lóbulo de la oreja. Aquella sensación me produjo un delicioso escalofrío.

"No te vayas a ninguna parte. Vuelvo enseguida", dijo y desapareció bajo las sábanas.

Abrí las piernas cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo. Dios mío. No se me ocurría una forma mejor de despertarme: con mi magnífico jefe entre las piernas. Esto era digno de admiración. Era demasiado tarde para reconsiderar los pros y los contras. Me corrí con fuerza y rapidez.

"¿Puedo?" Preguntó Reed.

"Desde luego que puedes", respiré con fuerza.

Abrió el cajón y sacó un preservativo. Se lo puso, me besó y se deslizó dentro de mí. ¿Quién me iba a decir que podría conseguir un segundo orgasmo? Aquel hombre era *sobrehumano*.

Reed se corrió justo a tiempo. Ollie llamó desde su dormitorio antes de que mi sexy amante se hubiera salido de mí.

"Sospecho que los niños nacen dotados de un radar de 'rápido, están teniendo sexo'", gimió Reed.

"Suerte entonces que te subiste a la ola antes de que nos interrumpiera", solté una risita.

"*Ya voy, pequeño*. Disculpadme. El deber me llama".

"Claro, *papaíto*".

Esperé a que Reed saliera de la habitación antes de levantarme. Me di una ducha

rápida antes de abrir la puerta del dormitorio para comprobar si no había nadie. No me parecía bien que Reed tuviera que explicarle a su hijo de cuatro años por qué yo seguía allí. Por no hablar de que estaba en la cama de su padre.

Bajé las escaleras tan sigilosamente como pude y me tumbé en el sofá del salón. Me tapé con la manta que colgaba del respaldo.

Reed me dedicó una sonrisa pícara cuando él y Ollie bajaron las escaleras.

"Hola", me dijo. "¿Has dormido bien, Jess?".

"MENTIROSO", musité. "Sí, gracias. ¿Cómo te encuentras, Ollie?".

"Mucho mejor. Papá, ¿puede desayunar Jess con nosotros?".

"Por supuesto. Jess, ¿te gustaría quedarte a desayunar?"

"Uhm, sí, claro. Estaría bien".

"¿Sabes hacer panqueques?", preguntó el pequeño con entusiasmo.

"Sí que sé. ¿Qué quieres encima?"

"¡Sirope de arce!"

"Buena decisión. Es mi favorito".

"Que sean panqueques", animó Reed y se echó a Ollie a los hombros. El niño rio de puro entusiasmo.

Las tortitas estaban divinas, pero la cocina era una zona de guerra de sirope y leche una vez que Ollie hubo terminado.

"Carmella te va a colgar de los dedos de los pies cuando vea este desastre, jovencito", le dijo Reed a su hijo.

"No, no lo hará. Mella dice que soy su favorito".

"¿Quién es Carmella?" pregunté.

"Es parte del mobiliario de aquí. Es mi ama de llaves desde antes de casarme. Es una mujer maravillosa, pero dice lo que piensa. Dicho esto, Ollie la tiene envuelta en su meñique".

"Porque soy muy mono, ¿eh, papá?".

"Supermono", se rio Reed. "Sube y te limpiaré. Tienes sirope y migas de tortitas en el pelo".

"Vale". Ollie bajó al suelo con un ruido sordo mientras saltaba de su asiento y salía corriendo de la cocina.

"Supongo que se encuentra mejor", dije.

"Sospecho que todo gracias a tu zumo mágico".

"Sí. Es un secreto de familia".

Reed me miró fijamente.

"Le prometí a Ollie que hoy lo llevaría al parque. Le encanta dar patadas a una pelota y montar en bicicleta. Solemos hacer un pícnic después. ¿Te gustaría acompañarnos? Te prometo que no tienes que cocinar".

No quise saltar ante su pregunta y aceptar la invitación con cara de asombro, aunque así era como me sentía. Estar cerca de Reed y Ollie era mágico. Como una familia al instante. No podía negarme.

"Suena divertido. Antes me gustaría ir a casa a cambiarme de ropa. ¿Nos vemos allí?"

"Perfecto. ¿Digamos sobre las 12 del mediodía?"

"Allí estaré".

"Tráete un bañador. A Ollie y a mí nos encanta nadar en el lago. Creo que lo disfrutarás".

"Lo haré. Hasta luego, Ollie", grité desde el final de la escalera.

"¿Adónde vas?", dijo desde lo alto de la escalera.

"Jessica ha quedado con nosotros en el parque más tarde", contestó Reed.

"¿Sabes nadar? Si no, no te preocupes. Llevaré mis viejas alas de agua".

"Eres muy amable, Ollie. Pero sé nadar".

"Qué bien".

"Ahora subo, chaval", le dijo Reed a Ollie, que volvió a su habitación. "Te acompañaré hasta la puerta".

Nos besamos cuando llegamos a la puerta principal. Reed me aprisionó entre su cuerpo y la pared. Parecía como si no pudiéramos saciarnos el uno del otro.

"Hasta luego".

"Vale", dije y le besé el cuello justo debajo de la oreja. Me encantó cómo se le ponía la piel de gallina.

"Será mejor que te vayas antes de que te encierre en mi habitación".

Reed retrocedió para que yo pudiera acercarme a la puerta. Cuando la abrió, una mujer de ojos penetrantes estaba allí de pie. Me sobresaltó y retrocedí rápidamente, chocando con Reed al hacerlo.

"¡Ay!", dijo y se frotó la nariz.

"Buenos días, Carmella", sonrió como si nada fuera distinto de cualquier otra mañana.

"Hola, Reed".

Me miró de arriba abajo. No de forma amenazadora, sino con curiosidad.

"Oh, perdona. Carmella, esta es Jessica, mi asistente personal".

"Encantada de conocerte, Carmella".

"Hola", fue todo lo que dijo.

Luego pasó a nuestro lado y se dirigió a la cocina.

"Qué raro", dije con una sensación de desconcierto revoloteando a mi alrededor.

"Carmella es adorable. Ni siquiera pregunta".

"¿Estás seguro?"

"Segurísimo. Además, odia a Caroline, así que se encariñará con cualquiera que no sea ella".

"Vaya, gracias".

"No quería decir eso. Se mostrará cariñosa contigo".

"Rápido de reflejos, Reed", sonreí. "Nos vemos a las doce".

Reed estaba junto a la puerta, con su aspecto delicioso, camisa blanca de algodón abotonada, vaqueros azules y sin zapatos. Tenía unos pies hermosos y fuertes. La mayoría de las mujeres no se fijaban en los pies, pero eran mi obsesión.

Me sentí aliviada cuando llegué a casa y Anabel no estaba allí. Lo último para lo que tenía energía era para que mi hermana me regañara con una avalancha de "te lo dije".

Me tumbé en el sofá y me quedé mirando el techo. Las veinticuatro horas anteriores no parecían reales. Quizá estaba soñando. Si era así, se trataba de un auténtico espectáculo. Oí un mensaje en el móvil y lo busqué en el bolso.

Ya te echo de menos. Tráete un bikini para que pueda manosear tu culo perfecto, y otras partes importantes, bajo el agua del río. Reed xxx

Vale, no era un sueño. Quería saber más de él.

Me puse mi bikini blanco más ajustado y metí una toalla en mi bolsa de playa. Si lo que buscaba Reed era poca ropa, le daría exactamente eso. Por último, me puse un pareo sobre el bikini. Ya estaba lista.

Salí del apartamento justo antes de las doce y conduje hasta el parque y di una vuelta hasta que vi el coche de Reed. Ollie me vio y agitó los brazos como un loco. Me reí y aparqué junto al coche de Reed.

"Hola, chicos. ¿Qué tal el agua?"

"Estupenda", gritó Ollie.

Reed tenía los ojos fijos en mí.

"Bonito pareo", dijo con ojos hambrientos.

"Que chisme anticuado", le espeté.

Caminé hasta donde estaba la cesta de pícnic colocada sobre una manta y dejé caer mi bolsa de playa.

"Tengo calor. Ollie, ¿me enseñas dónde nadáis tú y papá?".

"Claro, ven".

Ollie dejó lo que estaba haciendo y corrió hacia el agua.

"Despacio, tigre. Espéranos", le gritó Reed.

"Qué día más bonito para nadar", dije perezosamente y me pasé el pareo por la cabeza. Me agaché y lo tendí sobre la manta. Sabía que Reed me estaba mirando el culo. Me encantaba cada segundo que jugueteaba con él.

"Fóllame", susurró cuando pasé a su lado en dirección al agua.

"Quizá más tarde", respondí en voz baja.

"Vas a matarme, mujer".

"Desde luego que voy a intentarlo".

"Será mejor que llegue al agua antes de que Ollie vea el calentón de su padre. Puede ser difícil de explicar".

"Si nadas lo bastante cerca de mí, me encargaré de ello".

"Me encantan los pícnics, joder".

REED

Era casi imposible mantener la cara seria, por no hablar de mantenerse a flote mientras Jessica me hacía una paja al amparo del agua del río. Era la amante más excitante y atrevida que jamás había tenido. Me conformaría con quedarme encerrado con ella dos semanas, sobreviviendo únicamente a base de coños y filetes, con salsa de pimienta, por supuesto.

"¿Cómo voy a mirarte igual que antes en la oficina?". Pregunté sin aliento.

"Vuelve a tu fachada gruñona", replicó Jessica. "Nadie se dará cuenta".

"¡Ay! ¿De verdad soy tan malo?

"No, solo estoy bromeando. En realidad, si quieres saberlo, prácticamente todas las empleadas están deseando tener la oportunidad de estar a tu lado".

"¿En serio?"

"¿Te has mirado en el espejo? Estás buenísimo".

Eché la cabeza hacia atrás y me reí a carcajadas de su afirmación.

"Lo digo en serio. Sobre todo las hermanastras malas".

"¿Quiénes?"

"Donna y Lisa".

"¿Por qué piensas eso?"

"Porque oí por casualidad una conversación bastante maliciosa que tuvieron acerca de ti".

"Oh, cariño. ¿Te gustaría que el gran jefe malo les pateara el culo?". Pregunté y la abracé.

"Eres muy amable, querido, pero sé cuidarme sola. Soy más dura de lo que aparento".

"No lo dudo ni por un momento. Creía que lo normal era que el caballero rescatara a la damisela en apuros, eso es todo".

"¿En apuros, eh? Por lo que acabo de presenciar, era el caballero el que estaba en apuros hace unos momentos". Jessica tenía una sonrisa pícara en la cara. *¿Me estaba desafiando?*

"Vale, listilla. Veamos lo valiente que eres".

La sujeté a pesar de sus intentos de soltarse. "Oh, no, no lo harás", dije.

Encontré un lugar donde podía ponerme de pie y coloqué a Jessica sobre mi rodilla, de espaldas a mí.

"Basta", susurró. "Alguien nos verá".

"Demasiado tarde", le susurré al oído. "Te lo has buscado".

Cuando estuve seguro de que tenía a Jessica firmemente agarrada, introduje los dedos en la braguita de su bikini y busqué su núcleo. Jadeó cuando empecé a acariciarla. El cuerpo de Jessica se puso flácido y se rindió a mis caricias.

No tardó en mecerse ante mis caricias. Me dejé llevar por su ritmo y me negué a parar hasta que arqueó la espalda y emitió un sonido ahogado de placer.

"Vale, me rindo. Si no llego pronto a la orilla del río, me ahogaré. No sé si aún me funcionan las piernas", jadeó. Los ojos de Jessica eran suaves charcos, y sus labios estaban más carnosos que de costumbre después de que la sangre los hubiera inundado.

"Vale, *Pocahontas*, es hora de sacarte de este río".

Ollie vio que Jessica y yo nos dirigíamos hacia el terraplén.

"Hola, papá. ¿Es la hora de los bocadillos de pollo?"

"Oh, sí, hijo mío. Papá está hambriento". Miré de reojo a mi sonriente amante y le guiñé un ojo.

Los tres mosqueteros nos tumbamos en la manta, comiendo perezosamente los bocadillos de pollo asado que había comprado en la charcutería de la esquina de mi casa. Ollie se moría de ganas de comerse el suyo mientras contemplaba un brownie de chocolate que le miraba desde el interior de la cesta de picnic. Mi hijo casi *inhaló* su comida para llegar a su golosina.

Jessica se rio al ver cómo Ollie devoraba su almuerzo.

"Es súper mono, Reed. Y tú eres un padre estupendo".

"Gracias, eso significa mucho. Ollie es mi vida. No sé cómo habría superado todo el drama sin él. Siempre que tengo la tentación de rendirme, pienso en él".

"No voy a fingir que entiendo lo duro que debe de ser para ti. Pero creo que eres muy valiente en la forma en que manejas a Caroline. No debe de ser fácil. Perdona que te pregunte, Reed, pero ¿ella es una buena madre?".

"Sé que sigo hablando de lo zorra que es y créeme, puede serlo, pero aun así, Caroline quiere a Ollie. Es buena con él. Sospecho que finge ser fría y cabreada cuando estoy cerca de ellos dos, pero Ollie nunca se ha quejado de su madre".

"Eso está bien. Te pido disculpas por hacerte tantas preguntas, pero quiero saberlo todo sobre ti".

Sonreí a Jessica y le apreté la mano. "No pasa nada. No hablaré de ello si no quiero. Puedes preguntarme lo que quieras. Soy un libro abierto. Con algunas páginas arrugadas, lo admito, pero abierto al fin y al cabo".

Decidí no contarle a Jessica el nuevo "vicio" de Caroline. Era algo que tendría que ocultar hasta que tuviera la oportunidad de encontrar pruebas. Aún tenía la esperanza de que fuera algo pasajero, una forma de que Caroline se desahogara después de que yo la rechazara. Rezaba para que fuera así.

Jessica me dio un codazo en el brazo y señaló a Ollie. Bostezaba y tenía los ojos caídos.

"Creo que es hora de la siesta, chaval", le dije.

"No, papá. No estoy cansado".

"Yo lo estoy mucho. ¿No estás cansada, Jess?"

"Oh, sí. Mucho", siguió Jessica el juego.

"Ayúdanos a empacar, Ollie".

Lo que tenía pensado mi hijo para ayudar era coger su toalla y dirigirse al coche. No me quejé. Cuando todos hubimos recogido y estábamos listos para marcharnos, acompañé a Jessica hasta su coche.

"Gracias por pasar el día con nosotros".

"Me lo he pasado muy bien, gracias, Reed".

"Yo también, tres veces si no me equivoco al contar".

"Me parece correcto", se rió.

Besé a Jessica en la mejilla. "Nos vemos el lunes".

"De acuerdo, jefe".

La miré mientras se marchaba.

El pequeño Ollie bostezó mientras lo sujetaba en la silla del coche.

"Jess es una buena mujer, papá".

"Yo también lo creo, muchachote".

"Espero que vuelva a visitarnos".

"Seguro que sí. Ahora cierra los ojos".

Ollie luchó contra el sueño como hacen los niños, pero se durmió profundamente antes de que saliéramos del recinto del parque. Sus pequeños ronquidos me derritieron el corazón. *Qué bendición.*

Era domingo por la tarde y era hora de que mi hijo volviera con su madre. Carmella había recogido sus cosas y le había dado una galleta de chocolate para el camino.

Caroline estaba allí cuando llegamos a su puerta.

"Ahí está mi ángel", dijo y cogió a Ollie.

"Hola, mamá".

"¿Te has divertido, mi amor?"

"¡Sí! Papá me llevó al río".

"Eso suena bien".

"Me dolía el oído".

"Le llevé a ver al médico. Me preocupaba que pudiera tener una infección de oído", dije. "Pero está bien".

"Gracias".

Me di cuenta de que Caroline no estaba especialmente interesada en charlar, así que me despedí, besé a mi hijo y me fui.

Sonreí durante todo el camino a casa mientras pensaba en Jessica. Sabía que estaba jugando con fuego. No podía creer que me estuviera metiendo en la misma mierda que con Caroline. Pero, sinceramente, de nada servía llorar sobre la leche derramada.

"Parece simpática", comentó Carmella cuando estaba a punto de marcharse.

"Sí, lo es".

"Te cae muy bien. Se nota", sonrió con su característica mirada cómplice.

"Ya es suficiente por tu parte", le guiñé un ojo.

"Solo digo...", comentó Carmella antes de cerrar la puerta. "Hasta mañana, Sr. Maravilla".

La oí reír al otro lado de la puerta principal.

Me dirigía a la cocina para prepararme un tentempié cuando sonó el teléfono.

"Hola".

"¿Cómo te atreves a exhibir a nuestro hijo delante de una de tus putas?".

"Ah, Caroline. Qué alegría saber de ti. No me imagino por qué llamarías. ¿Me envías más facturas? ¿Te vas a otro retiro? ¿O necesitas comprar una raqueta de tenis nueva para tu toyboy?".

"Nada de juegos, Reed. ¿Quién es la simpática señorita de la que no para de hablar Ollie? ¿La que le curó la oreja dolorida? Y no me digas que es el médico, ¡porque dudo mucho que el doctor pasara la noche en tu sofá!".

"No has tardado mucho en interrogar a Ollie, ¿verdad?".

"Responde a la pregunta, Reed".

"Eso no es asunto tuyo. Ya no estamos casados. ¿Te acuerdas? Puedo ver a quien quiera. Además, ¿supones que me llena de alegría que traigas a casa al Sr. Revés profesional del tenis? Los que viven en casas de cristal no deberían tirar piedras, Caroline".

"Ya veo. Ella te gusta".

"Sí, de hecho. Es dulce y auténtica".

Caroline se rio sarcásticamente. "Solías decir eso de mí".

"¿Qué puedo decir? Eres mucho mejor actriz de lo que crees".

"*Vete a la mierda, Reed*".

"Caroline, ¿no podemos intentar ser civilizadas entre nosotros? Por el bien de Ollie. Estoy harto de esquivar cañonazos cada vez que hablamos. Somos adultos, por el amor de Dios".

Estaba tan cansado de las peleas. Me exigía demasiado tener que estar en guardia todo el tiempo. No estaba dispuesto a vivir en el misterio hasta el día de mi muerte.

"Por favor, Caroline".

"Escucha con atención. La has cagado a lo grande. Tengo la intención de arrebatarte a Oliver. Sabes que ganaré. Mi familia se asegurará de ello. Así que diviértete con tu nuevo juguete. Te veré en los tribunales. Adiós, Reed".

Se me secó la boca y me sentí mal.

A la mierda. Las cosas se habían puesto feísimas y yo estaba en el centro del huracán.

JESSICA

"¿Qué hiciste, Jess?"

"Basta, Ana. Sé lo que vas a decir y no quiero saberlo".

"Vale, no te preguntaré nada. Pero, recuerda que estoy a tu lado cuando salte el dique de contención".

"Sé que tienes buenas intenciones, hermanita. Pero no tienes por qué. Lo tengo controlado. Voy con cuidado".

"De acuerdo. Craig y yo cenaremos con mamá y papá mañana por la noche. Por favor, ven".

"¿Estás segura?"

"Por supuesto. ¿Por qué no quería?"

"Pensé que necesitabais pasar un rato a solas con la familia".

"¿Estás loca? Necesito que distraigas a mamá o me volverá loca. Ya me está dando la lata con el vestido y el lugar".

"Vale. Pero está en deuda conmigo".

"¡Tanto!"

"¿Qué tal ha estado?" Preguntó Anabel con una sonrisa sucia.

La miré atónita. "¡Jodidamente increíble!".

Nos reímos y volví a cambiar de tema para hablar de la cena con mamá y papá, lo cual no fue fácil. Anabel era como un perro con un hueso.

Pasé el resto de la tarde paseando por la orilla de la playa. La suave arena entre los dedos de los pies me relajaba mientras pensaba en el tiempo que había pasado con Reed y Ollie. No me había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta que llegué a casa. Era agotamiento emocional, más que físico.

Me sentía insegura respecto a la relación entre Reed y yo, a pesar de mis pseudo fanfarronadas. Me había metido en una situación difícil con Reed. Caroline me odiaba - no era probable que eso cambiara pronto, si es que iba a hacerlo alguna vez - y luego estaba Ollie. No quería confundir al niño. Ya tenía bastante con el divorcio de sus padres. Lo último que necesitaba era una extraña entrando y saliendo de su vida.

De todos los campos de minas hacia los que me dirigía, que Reed fuera mi jefe no me estresaba. Tanto Reed como yo éramos profesionales. Podía separar el trabajo de mi vida personal. Ya lo había hecho con éxito una vez. Quedaba por ver si la relación entre Reed y yo sobreviviría a la mierda que nos echaban encima.

Dices esa palabra a menudo, Jess. Relación. Es un poco prematuro utilizarla. ¿Verdad?

La vocecilla de la desgracia hizo sonar la advertencia en el fondo de mi mente. Procedía de algún lugar de los profundos recovecos donde prefería guardar y sellar herméticamente otros pensamientos incómodos.

Tomé la decisión de ignorar aquella molesta voz y, en su lugar, pedí una pizza. Estaba demasiado cansada para jugar a la psique conmigo misma.

La tarde del domingo en casa de los Moore fue un ajetreo estrepitoso. Tom y Lucy correteaban por el amplio jardín, y mamá asomaba de vez en cuando la cabeza por la ventana de la cocina para comprobar que no estuvieran destrozando sus parterres.

Papá y Craig hablaban de ciclismo y golf, entremezclados con política y el coste del gas y el petróleo.

Le había jurado a Anabel guardar el secreto sobre Reed y yo en su casa. Mi hermana no estaba demasiado feliz, pero al menos prometió guardarse para sí mi confidencia.

Las tres mujeres disfrutamos de una botella de rosado helado y charlamos de todo lo relacionado con la boda. Miré a Anabel en algún momento de la

conversación y reconocí su silencioso pedido de socorro. Era hora de hacer algo por el equipo, así que desvié la conversación hacia la cerámica y las flores.

Vi el alivio en la cara de Anabel cuando mamá se puso a hablar de sus clases de cerámica y de la pandilla de señoritas que había conocido desde que había empezado las clases.

Tom y Lucy acabaron entrando y anunciaron que se morían de hambre. Y así llegó la hora de comer.

Anabel y yo estábamos agotadas cuando llegamos a casa.

"Ana, ¿Craig y tú os vais a vivir juntos antes de casaros?".

"Lo hemos hablado. Parece una tontería esperar hasta después".

"¿Os preocupan, a Craig y a ti, los gemelos y cómo se tomarán la noticia?".

"Supongo que sí. A Craig le parece bien. He sido yo la que ha estado arrastrando los talones".

"Es un gran paso. ¿Estás preparada para un cambio de vida tan radical?"

"Eso espero. Un momento. ¿Intentas disuadirme?". Anabel sonrió.

"No seas tonta. Estoy más emocionada que nadie. Craig es sin duda el hombre para ti. Supongo que lo que quiero decir es que estoy ahí si sientes que necesitas hablar. Siempre has estado ahí para mí".

"Te quiero, Jess".

"Solo un aviso. Si se te ocurre vestirme con volantes y flores en la boda, acabaré contigo".

"¡Tenía seis años y era mi fiesta de cumpleaños! Déjalo, Jess". Anabel puso los ojos en blanco.

"Solo decía. Vale, me voy a la cama. Que duermas bien, compañerita. Te quiero".

"Yo también te quiero".

No recuerdo mucho después de que mi cabeza golpeara la almohada. Mi siguiente pensamiento consciente se produjo el lunes por la mañana.

Seguí mi rutina habitual: café, vestirme y salir para el trabajo. La única diferencia era que tenía mariposas en el estómago. Eso era nuevo. Esperaba que Reed y yo tuviéramos al menos un rato a solas. Me moría de ganas de verle.

La puerta del despacho de Reed estaba cerrada cuando dejé mis cosas sobre el escritorio. Miré a mi alrededor pero no vi a nadie más. Quizá el sexy jefe y su cachonda asistente personal pudieran echar un polvo rápido. Me reí en voz baja por mi tonta ocurrencia. Sin embargo, como asistente personal de Reed, pensé que era mejor esperar a que me llamara o a que saliera del despacho.

No tuve que esperar mucho. La puerta del despacho de Reed se abrió y apareció mi irresistible nueva amante.

"Buenos días, Reed. ¿Qué tal el fin de semana?" Quería abrazarlo. Pero su mirada de muerte me detuvo.

Reed tenía una nube oscura y tormentosa colgando sobre la cabeza. Llevaba el maletín en una mano y el móvil en la otra.

"Ahora no. Volveré más tarde", espetó.

¿Pero qué demonios? ¿Había hecho algo malo? Las mariposas desaparecieron y en su lugar había murciélagos.

"Vaya. ¿Pelea entre amantes?"

¡Joder!

"¿Qué haces aquí, Lisa? Últimamente no puedo girar el culo sin tropezarme contigo. ¿No trabajas al lado de aquí?"

"Ooh, el gatito tiene garras. ¿De verdad creías que sería cuestión de agitar tu lindo culo delante de Reed como un cebo y él te declararía su amor moribundo?"

"Lisa. ¿Por qué no coges tu flaco y pálido culo de insecto palo y te largas de una puta vez de mi despacho? No tienes nada que hacer aquí. Dudo que alguna vez lo hayas tenido. Tus días de 007 han llegado a su fin. Te agradecería que informaras a Donna de mi posición sobre el tema. Ahora lárgate antes de que te parta en dos".

Lisa se puso más pálida de lo habitual, quién iba a decir que era posible, pero lo hizo. Le hice un gesto para que se levantara del asiento. Y funcionó. Lisa movió sus piernas de palillo y salió de mi despacho muy deprisa.

Había elegido el día equivocado para joderme. Me sentí humillada cuando Reed me espetó como si yo no fuera nadie. ¿Lo era? ¿Una cualquiera para él? Era una idiota crédula. Ni siquiera consideré la posibilidad de que la reacción de Caroline hacia Reed fuera más cosa de él que de ella. Ese es el error que cometen todas las recién novias. Creemos cada palabra que nos dice el hombre. Nadie lo comprueba con la ex para tener una visión equilibrada de la historia.

Joder. Lección aprendida.

Me prometí a mí misma que sería profesional en el trabajo, así que me aguantaría y me pondría manos a la obra. Sin embargo, le sacaría los mocos a Reed después de las 5 de la tarde.

REED

No tenía excusas. Había tratado mal a Jessica. Mal. Era un eufemismo ridículo. La forma en que le hablé fue vergonzosa. Menudo gilipollas.

¿Cómo iba a ser culpa de Jessica que Caroline hubiera sacado por fin los cañones? Mi desgraciada exmujer estaba empeñada en convencer al tribunal de que Ollie estaría mejor viviendo con ella. Me habría reído de pensarlo si hubiera creído por un momento que bromeaba. Pero, con Caroline, sabía que no habría bromas. Hablaba tan en serio como un infarto.

Iba de camino a reunirme con un investigador privado en un barrio en el que sabía que ni Caroline ni su familia caerían muertas. No podía permitirme regalar mi as en la manga, ya fuera un as realista o uno percibido con optimismo.

El Sr. Fox no era en absoluto quien yo esperaba que fuera. Me sorprendió. Vestía vaqueros azules con una camisa de algodón gris y zapatillas blancas. Cualquiera que pasara junto a aquel hombre de mediana edad, bien afeitado y guapo, pensaría que no era más que un comensal tomando un café. Quizá había visto demasiados episodios de la serie Columbo: sombreros de pana, gabardinas, puros, etc.

"Hola", me saludó el Sr. Fox cuando me detuve ante su mesa. "La comida es discutible, pero el café es decente".

"De todas formas, ahora no podría comer. Hola, Sr. Fox, soy Reed".

"Brandon", dijo y me estrechó la mano. "Por favor, siéntate, Reed. ¿Quieres café?"

"Gracias".

Tuve la sensación de que no era la primera vez que el Sr. Fox estaba allí cuando una camarera le gritó despreocupadamente desde el otro lado de la sala.

"¿Lo de siempre?"

"¿Por qué? ¿Tenéis algo nuevo de lo que no me hayáis avisado?", replicó sarcásticamente.

"Sí. Tenemos nuevas personalidades en el almacén. ¿Por qué no te compras una, Sr. Bolsas de Dinero?", respondió ella.

"Lo siento", sonrió Brandon. "Mi prima. Es una pesada".

"Qué alivio".

"Entonces, Reed, ¿te gustaría ponerme al día?".

"Como te dije por teléfono el viernes, necesito que sigas a mi exmujer durante unas semanas".

"¿Y qué es lo que voy a buscar?".

"Mi hermana me ha dicho que Caroline consume drogas. Cocaína, concretamente, pero también podría haber otras sustancias".

"Vale, puedo hacerlo".

"Hay algo más", dije después de que la camarera me trajera el café.

"¿O sea?"

"Caroline tiene en su loca mente que va a quitarme a mi hijo, Oliver. Es importante que sepas que mi ex pertenece a una familia muy rica. Aunque sus padres no estén de acuerdo con su estilo de vida, nunca entregarán a su nieto sin luchar."

"Ya veo. Te aseguro que es una situación a la que me enfrento todos los días. Soy bueno en lo que hago, y si encuentro algo, lo descubriré. Lo que necesito de ti es que actúes como lo harías normalmente, para no crear sospechas. Yo haré el resto".

"Haré todo lo que pueda. Gracias, Brandon".

"De nada. ¿Tienes la información que te pedí?".

"Sí", dije y le entregué a Brandon un lápiz de memoria. "Toda la información está aquí".

"Estupendo. Recuerda, nada de correos electrónicos, redes sociales ni llamadas telefónicas a partir de ahora. Nos reuniremos en persona cuando me ponga en contacto contigo a través de tus abogados".

"Entendido".

"Ahora me voy. Siéntate libre para terminarte el café, Reed. Yo invito".

El Sr. Fox no se quedó a charlar. Supuse que en su negocio era prudente que las reuniones fueran breves. Vi cómo la camarera llevaba la comida a la mesa de al lado. Brandon tenía razón. La comida tenía el brillo amarillento que tienen todas las comidas rápidas y grasientas. El aspecto era horrible.

Dejé una propina en la mesa para la camarera antes de marcharme. Ella sonrió y gritó un gracias en mi dirección cuando llegué a la salida.

Me quedé fuera un rato y pensé en mi siguiente paso. No tenía ni idea de qué podía decirle a Jessica para compensar mi inoportuno desaire. Lo que sí sabía era que la oficina no era el mejor lugar para averiguarlo: demasiados oídos grandes y miradas indiscretas. Decidí que sería más amable esperar a que saliera de la oficina antes de ponerme a merced de Jessica y lanzarme a una larga disculpa.

Mi reloj me dijo que eran las 11 de la mañana. Necesitaba alguien que me escuchara, así que llamé a Dax.

"Hola, Dax".

"Hola, Reed. ¿Qué pasa?"

"Voy a dar una vuelta. ¿Puedes venir?"

"Tío, lo que no haría por salir al agua. Pero no puedo. Tengo una reunión dentro de una hora. Quizá podamos ponernos al día tomando algo más tarde".

"Me parece bien. ¿Dónde?"

"Ven a mi casa. Tengo filete y, si no me falla la memoria, eres muy bueno con la parrilla".

"Perfecto. Hasta luego".

"Disfruta de tu vuelta".

La gente que suele ir a comer estaba entrando en el aparcamiento del club náutico.

"Hola, Reed. No sabes cuánto me alegró tu victoria del sábado".

"Gracias, Fred. Estuvo cerca".

Miró a su alrededor y luego se acercó más a mí.

"Bien hecho, hijo. Fue emocionante ver a los gilipollas de Smythe meándose encima cuando te dieron la copa. Se lo merecían".

"Sí, una gran diversión", sonreí.

"¿Puedo invitarte a una copa?"

"Eres muy amable, Fred, pero voy a salir a dar una vuelta tranquilamente. ¿En otro momento?"

"Disfruta. Mi manguito rotador está hecho polvo. La única acción que mis hombros pueden soportar estos días es llevarme el vaso a la boca". Fred se rio y siguió su camino con un gesto de la mano.

"Nos vemos, Fred".

Normalmente, practicaba paddle sin traje de neopreno, sobre todo en verano. Pero, como pensaba estar ahí fuera un rato, me puse mi fiel mono. Una vez pasadas las primeras rompientes, todo fue como la seda. Acallé mis pensamientos y me concentré en el sonido de las gaviotas llamando a sus crías, el olor del océano y el tacto de mariposa del rocío marino. Sentí que se me formaban costras en la piel de la cara por los depósitos de sal del rocío. No se me ocurría un lugar mejor para estar que justo donde estaba.

De repente me invadió una punzada de tristeza. Un recuerdo que había enterrado se abrió paso hasta la superficie de mi conciencia. En mi mente, veía a mi padre y a mí juntos navegando por las aguas azules del océano. Podía oler su colonia y oír su voz excitada.

Recordé que de pequeño pensaba en él como en un gigante. No había nada que mi padre no pudiera hacer. Nada que no pudiera arreglar. Ninguna situación que no pudiera manejar. Aquel hombre era mi héroe. Mi opinión sobre él nunca cambió cuando me hice mayor. Entonces murió, y nunca tuve la oportunidad de despedirme ni de decirle lo que había significado para mí.

Se me cerró la garganta y, para mi sorpresa, se abrieron las compuertas y no pude contener las lágrimas. No estaba de acuerdo con la patraña de que "los hombres de verdad no lloran". Mi padre me enseñó que expresar emociones formaba parte del ser humano.

Sabía que si él estuviera cerca, me habría ayudado con la situación en la que me encontraba con Caroline. Sabía que mamá me rodearía con sus brazos y me abrazaría hasta que sintiera que nada malo podía tocarme.

Echaba mucho de menos a mis padres, joder. La muerte era una maldita cabrona. Seguí remando hasta liberar la ira y la frustración que había guardado dentro. No tenía mágicamente todas las respuestas, pero estaba mucho mejor de ánimo cuando llegué a la playa.

Volví a sentirme humano cuando conduje por el camino de Dax hasta su casa. La puerta principal estaba abierta, así que entré.

"Hola.

"Estoy atrás", llamó Dax. "Coge dos cervas de paso, ¿quieres?".

"Claro".

La casa de Dax era la personificación del paraíso de los solteros: un jacuzzi en la terraza exterior con vistas al océano, una zona de barbacoa y un bar en el jardín de la azotea, muchas habitaciones para invitados y una piscina cubierta y otra exterior.

"Hola, colega", me dijo cuando me vio. Estaba alrededor de la piscina en un flotador Lilo. "No dudes en darte un chapuzón. El agua sienta muy bien".

"Creo que ya he bebido suficiente agua por hoy, gracias. Toma", le dije y le pasé una cerveza.

"Gracias. Voy a poner la parrilla dentro de un rato. ¿Tienes hambre?"

"Estoy hambriento, pero estoy seguro de que la cerveza me quitará las ganas. ¿Qué tal la reunión?"

"Bien. Más dura de lo que esperaba, pero lo conseguiremos".

Dax se acercó a la parte menos profunda de la piscina y dejó la cerveza. Se secó con una toalla.

"Pareces más relajado que la última vez que te vi", comentó Dax.

"Sí, el paddle me ha ayudado".

"Venga. Vamos a cocinar".

"Genial".

"Una regla", dijo Dax mientras nos acercábamos a su parrilla ultramoderna, "nada de hablar de mujeres".

"Me parece bien".

"No creas que esta cena es gratis. Será mejor que te metas en la cocina y prepares tu salsa de pimienta para el filete".

"Eres un anfitrión de mierda, Dax".

"Gracias, lo sé bien".

Me quedé a dormir en casa de Dax después de demasiadas cervezas y chupitos de tequila. Decidí hablar con Jessica al día siguiente.

JESSICA

Esperaba que Reed al menos me llamara para explicarme su comportamiento en la oficina. Pero nunca llegó ninguna llamada. Me odiaba a mí misma por mirar el móvil cada hora para ver si había perdido alguna. Me sentí tan aliviada cuando, hacia las nueve de la noche, sonó. Salté del sofá y contesté.

"¡Sorpresa! Hola, Jess. ¿Cómo demonios estás?"

"Oh, hola, Lexi".

"Vaya, joder. Sé que hace tiempo que no te llamo, pero qué saludo más frío".

"Mierda, lo siento, Lexi. No es por ti. Me alegro mucho de que hayas llamado".

"¿Qué pasa, Jess?"

Pensé en esquivar la pregunta y cambiar de tema para hablar del compromiso de Anabel. Pero era inútil intentar engañar a Lexi. Su tenaz determinación era legendaria. Así que me desahogué.

Después de soltarlo todo por teléfono, me eché a llorar. La pobre y asustada Lexi intentaba consolarme desesperadamente.

"Lo siento, Lexi. No sé qué me pasa. Estoy muy sensible por este tío. Creía que era el tipo ideal".

"¿Qué? Creía que no estabas hecha para 'ese' tipo de hombre. ¿Qué me he perdido?"

"Es difícil de explicar, Lex. Reed es increíble. Y su hijo, Ollie, es el pequeñín

más mono. De nuevo, no sé por qué me encariñé tan pronto. Estoy siendo ridícula".

"¿Por qué no lloras a solas con una buena copa de vino rosado y te vas a la cama? Quizá por la mañana veas las cosas más claras".

"Vale, lo intentaré. Lexi, lo siento mucho. He estado dando la lata con mis lamentables problemas y ni siquiera te he preguntado cómo estás".

"Ah, ya me conoces: una abeja ocupada, asistente de rockstar, amante exquisito. Lo de siempre".

"¿Qué? ¿Qué amante?"

"Resulta que tengo un caramelo de hombre serio viviendo justo al lado de mi casa y ni siquiera lo sabía".

"Estás de broma", dije, intentando evitar que se me tapara la nariz. "Cuéntame más. ¿Tienes una foto?"

"Espera. Te enviaré una rápidamente".

La foto llegó casi antes de que Lexi dejara de hablar.

"Guau. Es guapísimo. ¿Cómo se llama?"

"Noah Harris".

"¿A qué se dedica?"

"Aparte de sacudirme el mundo, Noah tiene un restaurante muy popular y súper funky en pleno Soho".

"¿Cuánto tiempo lleváis juntos? ¿Estáis juntos?"

"¿Oficialmente? Un mes. ¿Extraoficialmente? Tres meses de orgasmos estremecedores".

Me encontré riendo a carcajadas a pesar de mi dolor de cabeza palpitante.

"Ahh, Lexi. Eres un encanto. Me alegro mucho por ti".

"Gracias, Jess. Venga. No llores más. Siempre me has dicho que si está destinado a ser, saldrá bien. Mañana será otro día. Estoy segura de que se explicará. Parece un buen tipo".

"Te quiero, Lex. Gracias".

"Yo también te quiero, preciosa. Hablaremos pronto. Adiós".

"Hablamos pronto".

La única cura para mi melancolía era apagar el móvil y olvidarme de mí misma por una noche. Y eso fue exactamente lo que hice.

Dormí a trompicones. Sabía que no me sentía bien cuando la idea de correr por el parque no me animaba.

Por el amor de Dios. ¿Qué me estaba pasando? El discurso de "puedo soportarlo" se había acabado. Mierda.

Encendí el móvil después del primer café. La pantalla se iluminó como Time Square en Nochevieja. Me dio un vuelco el corazón al oír el sonido de la notificación, que recordaba vagamente a los disparos de un revólver automático.

Por el número desconocido debería haberme imaginado que no era Reed, aunque los mensajes se referían a él. Parecía que tenía un nuevo acosador. Nada menos que la propia Caroline.

Para ser una mujer hermosa y de aspecto elegante, Caroline tenía la boca de un marinero. Mi sangre se calentaba con cada texto hasta que estuve a punto de hervir. Por su tono, deduje que se había dado cuenta de en qué me había convertido su ex. Bueno, no tenía por qué molestarse. Después de todo, parecía que Reed y yo no éramos nada.

Seguía sin saber nada de él, lo que me confirmó lo que necesitaba saber. Era hora de ponerse los zapatos de niña grande y seguir con mi vida. Ningún hombre, ni su loca ex, iban a desbaratar mis planes de futuro.

Extraña e inesperadamente, Caroline me había hecho un favor. Me recordó por qué aún no estaba preparada para ser la "más uno" en una relación. No tenía tiempo ni paciencia para el puto drama que acompañaba a las relaciones personales con el sexo opuesto.

¿En qué estaba pensando? Reed tenía problemas, y muchos. Añadir un hijo a la mezcla ya era bastante difícil, pero incluir a una exmujer lunática delirante era suicida.

"Nadie tiene tiempo para eso". Dije firmemente en voz alta.

Después me preparé para ir a trabajar y me puse en camino, armada con mi nueva bravuconería y una actitud de "no me jodas".

Fue uno de esos viajes al trabajo en los que no prestaba especial atención a nada de lo que me rodeaba. Sin embargo, llegué sana y salva a la oficina. Siempre me asombraba lo hábil conductor que era mi subconsciente.

Me aseguré de que me había vestido para matar. Las tetas al aire, el culo bien envuelto en una falda lápiz. Ah, y mis tacones de aguja, por supuesto. Estaba decidida a enseñarle a Reed exactamente lo que había tirado tan descuidadamente.

La puerta del despacho de Reed estaba cerrada cuando llegué. No estuve segura de que estuviera dentro hasta que se abrió la puerta y salió. Se quedó un rato en la puerta. Supuse que quería que levantara la vista, pero le ignoré. Por fin habló.

"Hola, Jess", dijo en un tono apagado.

"Buenos días, Sr. Andrews". Mi tono era profesional, con un toque de nieve ártica.

"¿Podría hablar contigo en mi despacho, por favor?".

Abrí el cajón de mi escritorio y saqué el bloc de notas y un bolígrafo.

"Sí, señor", dije, me levanté y pasé junto a él para entrar en su despacho.

Reed tenía una mirada incómoda, pero no le delaté nada. Sus ojos de cachorro herido no iban a salvarle el culo.

Reed cerró la puerta y se acercó a su lado del escritorio.

"¿Café?", preguntó.

"No, gracias. Preferiría que siguiéramos con la reunión, Sr. Andrews. Hoy tengo mucho trabajo que hacer".

Una mirada de fastidio brilló en su rostro, pero Reed se recompuso rápidamente.

"En realidad, puedes guardar tu bloc de notas, Jess. Quiero hablar de ayer. Quiero disculparme por mi horrible comportamiento".

"Eso es completamente innecesario. No me debes ninguna explicación. Trabajo para ti. Eso es todo. "

Reed se estaba enfadando. Me di cuenta por el tic que había desarrollado en la comisura de los labios.

"Si eso es todo...", dije y empecé a levantarme.

"*¡No!* Eso no es *todo*, joder, Jessica. Estoy intentando disculparme".

Reed no me estaba gritando, pero su tono era inequívocamente autoritario. Me puse delante de él y lo fulminé con la mirada.

"¿Piensas disculparte también por la malhablada de tu exmujer?".

Parecía confuso. "¿Qué quieres decir?"

"Espera un momento. Te lo enseñaré".

Dejé el bloc de notas y el bolígrafo sobre su mesa y fui a mi escritorio. Saqué el móvil del bolso y volví a donde me esperaba Reed.

"Toma", dije, y le puse el móvil delante. "Míralo tú mismo. Parece que tú y tu ex tenéis los mismos malos modales".

Reed cogió el teléfono y leyó los mensajes que me había enviado Caroline. De repente parecía cansado y se sentó en su sillón de cuero afelpado. Tras un largo rato, levantó la vista hacia mí.

"Entiendo".

"¿Eso es todo lo que vas a decir? *¿Entiendes?* ¿Me estás tomando el pelo?"

Era plenamente consciente de que me estaba convirtiendo poco a poco en Psycho. Para ser justos, era una combinación de varias cosas. Había dormido mal, no había ido a correr por la mañana, estaba cabreada por cómo me había hablado Reed delante de Lisa y porque no se había molestado en llamarme. Pero, sobre todo, y esto era importante, estaba enfadada conmigo misma por permitir que Reed se metiera con mi corazón.

"No sé qué quieres que haga, Jessica. Siento que Caroline te escribiera esas cosas tan horribles, pero ahora no puedo hacer nada al respecto. Eso es lo que quería explicarte esta mañana".

No me moví. Simplemente le fulminé con la mirada.

"Caroline amenaza con demandarme por la custodia de Ollie. Ahora no puedo defenderme. Si me paso de la raya aunque sea una vez, me hará la vida

imposible. Nunca volveré a ver a Ollie. Habría pensado que lo entenderías".

Entonces perdí la cabeza.

"¿Comprender? ¿Cómo coño voy a entenderlo si no me dices nada? Podrías habérmelo dicho ayer. Con calma. Pero en lugar de eso, me hablas como si hubiera hecho algo malo, sales furioso de la oficina y me dejas sintiéndome como una maldita tonta por ir en contra de mi instinto y salir con mi jefe. Luego ni siquiera te molestas en llamarme para darme explicaciones. Me pasé toda la noche preguntándome qué había hecho para merecer una reacción tan fría. Y por si fuera poco, ahora Caroline me utiliza como un trapo con el que limpiarse el culo. ¿Lo entiendes?"

Reed abrió la boca en un intento de hablar, pero yo no había terminado.

"¿Por qué no maduras, Reed, y admites que nunca tuviste intención de luchar por mí? Es la situación perfecta para ti. ¿Cuánto tiempo pensabas dejarme plantada? He sido tu follamiga a deshoras. Habría agradecido tu sinceridad".

"Esto no nos lleva a ninguna parte, Jessica. Por favor, cálmate".

"Te demostraré cómo me calmo", dije en voz baja.

Le quité el teléfono a Reed y lo lancé contra la pared. Lamentablemente, una jarra de agua cristalina se hizo añicos antes de chocar contra la pared.

"Si llama Caroline, por favor, coge el mensaje". Luego añadí otra información. "Ah, y por cierto. Por favor, dile a Donna y a Lisa que dejen de molestarme, joder. Tienen la clara opinión de que una de ellas, o posiblemente las dos, tienen una oportunidad contigo, y que yo soy un estorbo inoportuno. Estoy harta de comerme esa mierda".

Y con ese pequeño "que te jodan" salí de su despacho, cogí mi bolso y me marché.

No oí ni pío de Reed mientras me marchaba enfadada.

REED

¿Qué problema tenía yo con las mujeres de temperamento explosivo? No estaba seguro de si debería haber agarrado a Jessica y sacudirla cuando tiró su teléfono contra la pared de mi despacho o agarrarla y follármela hasta que no le quedara energía con la que luchar.

Para empeorar la situación, el revelador atuendo de Jess, pegado a su sexy cuerpo, me tenía duro como una piedra. Jessica Moore era increíblemente bella cuando estaba colérica.

Me quedé mirando los cristales rotos esparcidos por la alfombra. Menudo desastre, tan grande como mi vida personal en aquel momento. Llamé a un limpiador y bajé a dar un paseo hasta la cafetería. No estaba seguro de lo que iba a hacer cuando llegara allí, porque no había forma en el mundo de Dios de que pudiera comer ni un bocado.

Al bajar las escaleras, me crucé con la limpiadora y la saludé con la cabeza. El día estaba nublado, lo que no mejoró mi humor, pero seguí caminando. La cafetería no era un lugar habitual para mí, pero el personal de la oficina hablaba maravillas de ella. Estaba lleno cuando llegué, así que me quedé de pie junto al mostrador y miré a mi alrededor en busca de un asiento. Alguien me dio una palmada en el hombro.

"Me alegro de verte aquí, Reed".

Me volví y me encontré con Donna y Lisa mirándome. No sabían nada de mi pelea con Jessica. Tampoco sabían el comentario que Jessica había hecho contra ellas dos. Yo no estaba ciego. Hacía tiempo que había captado sus miradas lascivas, pero las descarté como coqueteo inocente.

Sin embargo, el hecho de que se hubieran atrevido a torturar a Jess me hizo hervir la sangre. *¡Malditas mujeres!* Se harían pedazos entre ellas si creyeran que podrían sacar ventaja de la otra.

"Ah", sonreí. "Justo las mujeres que esperaba ver".

Las dos sonrieron como si les hubiera sugerido un trío. Perras.

"¿En qué podemos ayudarte, Reed?". Preguntó Lisa, moviendo los párpados.

"Os agradecería que, desde este mismo instante, dejarais de acosar a mi asistente personal. Dejad que os lo explique. Ninguna de las dos me atrae y, si seguís con esta mierda, me aseguraré de que os veáis obligadas a buscar empleo en otra parte. ¿Me he explicado bien?".

Donna y Lisa estaban pálidas. Ninguna de las dos dijo una palabra. Se limitaron a asentir.

"Y para vosotras dos, el Sr. Andrews".

Vi un asiento libre y me marché sin miramientos. Me importaba un bledo si las mujeres se quedarían en la empresa o se marcharían.

"Bienvenido. ¿Algo de beber?"

"Sí, gracias. Tomaré un cortado doble. Ah, y las croquetas tienen buena pinta. Tomaré una".

"Excelente elección. Son muy populares".

La camarera sonrió y anotó mi pedido. No tardó en volver con mi tentempié. Fue extraño cómo de repente, después de desahogarme un poco, devoré aquella croquetas.

Cuanto más tiempo pasaba sentado, peor me sentía. La rabia y el dolor que me producían las palabras de Jessica me agotaban. Me entristecía que pensara que la veía como una distracción barata. Me di cuenta, siempre fui un poco lenta, de que me estaba enamorando de Jess. Ella y Caroline eran polos opuestos. No podía creer que hubiera sido tan insensible.

No era culpa de Jess que mi pasado fuera un desastre. Y, además de toda la alegría que me había vuelto a dar, Ollie la adoraba absolutamente. Por segunda vez en otros tantos días, no sabía qué hacer.

Era un hombre destrozado, una sombra del hombre confiado y despreocupado que era antes de que Caroline me hubiera jodido. Si solo estuviéramos ella y yo, me habría lavado las manos hace mucho tiempo. Pero cuando entró en la guerra un hijo, me resultó imposible alejarme.

La mera idea de la traición de mi ex me ponía caliente. Estaba claro que no podía superar mi ego, un rasgo de personalidad que no me resultaba especialmente atractivo, pero no podía evitarlo.

La imagen de Caroline arrodillada ante su entrenador de tenis me revolvía el estómago. Cómo podía imaginar que permitiría que esa boca sucia volviera a acercarse a mí iba más allá de la locura.

Eso era lo que pasaba cuando te engañaba alguien a quien habías entregado tu corazón. No era solo lo que habías visto. El verdadero dolor y la rabia que sentías dentro de tu corazón eran causados por los distintos escenarios que aparecían, sin invitación y al azar en momentos arbitrarios, en el ojo de tu mente. No podía recordar cuántas veces le di una paliza al saco de boxeo que había colocado en el gimnasio de mi sótano.

Después de almorzar, me dirigí a la oficina de Ava. ¿De qué servía tener una hermana psiquiatra de primera si no te aprovechabas de ella de vez en cuando? Entré en su despacho y saludé a su ayudante.

"¿Está la Dra. Feelgood?"

"Hola, Reed. Hacía tiempo que no te veía".

"¿Qué puedo decir? No he tenido ningún malestar hasta hace poco", bromeé.

"Todos necesitamos un poco de terapia de vez en cuando, eso seguro. Ava está con un paciente, pero terminará pronto. ¿Le digo que estás aquí?".

"No, gracias. Pulsaré el botoncito a ver qué pasa".

"Necesitas unos azotes, no un desplazamiento al diván", se rio entre dientes.

Pulsé el botoncito rojo de la pared de la puerta del despacho de Ava y me senté en una de las sillas. Cogí una revista de la mesita e intenté informarme sobre los factores de estrés de la vida moderna. Como si la gente necesitara explicaciones. Cualquiera que viviera en el siglo XXI sabía exactamente en qué consistía el estrés y por qué nos acosaba a todos.

Ava abrió la puerta, con todo el aspecto profesional que tenía. Su paciente se habría marchado por la salida trasera. Debía de ser tímido.

"¡Tú! ¿Qué haces aquí? No me digas que has provocado un ataque de furia en la carretera", soltó una risita.

"Casi".

Me levanté y abracé a mi hermosa hermana.

"Hola, Reed. Me alegro mucho de verte. Ven, pasemos a mi despacho para que pueda hurgar en ese gran cerebro tuyo".

Me dirigí directamente a la larga tumbona de cuero, me quité los zapatos y me tumbé.

"Pareces agotado. ¿Qué te pasa, hermano?"

Suspiré. "¿Por dónde empiezo?"

"Por donde quieras. Aquí estoy".

"Uhh, Ava. Parece que últimamente haga lo que haga me explota en la cara. Ojalá papá estuviera aquí. Echo de menos nuestras charlas".

"Lo sé. Las echo muchísimo de menos. Sobre todo ahora que hemos crecido. Niños más grandes, problemas más grandes".

"Eso lo decía mamá", me reí. "Era una mujer inteligente".

"¿Se trata de Caroline?" Preguntó Ava con calma.

"Está amenazando con quitarme a Ollie".

"No puede hacer eso. Tendrá suerte si el tribunal le concede el derecho de visita cuando el juez descubra que consume narcóticos".

"Estoy en ello. Estoy recurriendo a un detective privado que me recomendó mi abogado. Está reuniendo trapos sucios sobre ella. La utilizaré sin pensármelo dos veces si sigue con esta locura".

"¿Eso es todo?"

"No, no lo es. ¿Recuerdas a mi nueva asistente personal?

"¿Cómo voy a olvidarlo? ¿A la que besaste? Sí, ¿qué pasa con ella?

"Creo que me estoy enamorando de ella".

"¿Eso crees?"

"Vale. Lo estoy".

"Eso es maravilloso. Has estado solo mucho tiempo, Reed. Es hora de que te enamores y sigas adelante con tu vida. ¿Por qué es un problema?"

"Para empezar, trabaja para mí".

"Caroline también. Eso no te detuvo".

"Gracias por recordármelo".

"¿Y qué más?"

"Caroline va a por ella, a machamartillo. Cometí el error de descargar mi frustración con Jess, y ahora cree que la utilizo para tener sexo y que no siento nada por ella. Es un desastre, hermanita".

"¿Qué piensa Ollie de Jessica?"

"La adora. Eso empeora mi forma de actuar".

"¿Qué quieres hacer?"

"Por eso estoy aquí, Doc. ¿Alguna idea?"

"No funciona así, Reed. Sabes lo que debes hacer. No quieres decirlo en voz alta porque entonces no tienes excusa para no actuar".

"No puedo creer que los psiquiatras carguéis tanto. Lo único que hacéis es hacer preguntas".

"Qué gracioso. Reed, vete a casa y piensa en lo que quieres de verdad. Escucha a tu corazón. No tomes decisiones precipitadas. Sé que harás lo correcto".

"Gracias, hermana. Lo pensaré".

"Bien. Ahora sal de aquí. Tengo clientes que pagan esperando".

Me reí, le di un beso de despedida y gracias a Ava y me marché. No quería estar en ningún sitio salvo en casa. Pasé el tiempo en mi cocina, cocinando y pensando. Después de cenar, cogí un libro. Era una obra recién publicada de mi autor de novela negra favorito. Me encontré leyendo la misma página dos veces

sin tener ni idea de lo que ocurría en la historia. Entonces dejé el libro y me fui a la cama.

Siempre había un mañana.

JESSICA

Qué maravilla. Me sentía como una muerta, y apenas era miércoles. Me tumbé en la cama preguntándome cómo un ataque de nervios había podido afectar tanto a mi cuerpo. Había hecho muchas horas extras y no había cogido días por enfermedad, así que estaba en mi derecho de tomarme unos días libres.

Llamé y pedí que avisaran a Reed de que no iba a trabajar durante unos días. Después puse el teléfono en silencio. No estaba de humor para hablar con nadie. Anabel llamó suavemente a la puerta de mi habitación. El día anterior no había estado en casa, así que no había tenido ocasión de contarle lo que había pasado entre Reed y yo.

"Hola, dormilona. ¿Estás despierta? Vas a llegar tarde al trabajo", llamó a través de la puerta.

"Pasa, Ana".

"Madre mía. No tienes buen aspecto. ¿Qué te pasa?", preguntó al verme acurrucada en la cama.

"No me encuentro bien. Me tomo el día libre. Creo que he cogido un virus de alguien de la oficina".

"Ah, hermanita. ¿Te traigo algo?"

"Me encantaría una taza de té, si no te importa".

"¿Té? Estás de broma. Odias el té".

"Hoy no".

"De acuerdo. No hay problema".

"Gracias, Ana. Perdona, estoy un poco malhumorada".

"No te preocupes. Ahora vuelvo".

Oí cómo la tetera cobraba vida y la puerta de la despensa se abría sobre sus chirriantes goznes. Tomé nota mentalmente de engrasar aquella maldita puerta. Pero tendría que esperar hasta que me levantara y me diera un baño.

"¿Te hago una tostada?" Preguntó Anabel desde la cocina.

"No, gracias. Tengo el estómago revuelto".

"Aquí tienes. Té. Debería hacer una foto de esto", sonrió Anabel. "Mamá no se lo va a creer".

"Gracias". No tenía energía para piar, lo cual era una locura.

"Me voy a trabajar. Por favor, llámame si necesitas algo, Jess. Que te mejores".

Solté un gemido y le hice un gesto con la mano para que se fuera.

Recordé la sensación de estar sola en casa los días de colegio con un resfriado. Me encantaba fingir que era adulta y que podía hacer lo que quisiera en mi casa. Por desgracia, esa sensación se desvaneció rápidamente cuando el bicho me ganó la partida y acabé durmiendo todo el día y sin energía para disfrutar de mi efímera liberación.

Me apoyé en el codo izquierdo y alcancé el té con el brazo derecho. En cuanto el olor llegó a mi nariz, la habitación empezó a dar vueltas. Ah, mierda. Un virus estomacal. No quería arriesgarme, así que corrí al baño y me enjuagué la cara con agua fría. Me sentí ligeramente mejor.

Quizá había levantado la cabeza demasiado deprisa. ¿Infección de oído? Eso solía alterar mi sentido del equilibrio. Fuera cual fuera el culpable, sería prudente permanecer en cama. ¿En qué estaba pensando al pedir té? Estaba enferma, no loca.

El método infalible de mamá para superar cualquier bicho era una rebanada de pan tostado seco. Era prácticamente su mantra. Recé para que funcionara. Me arrastré hasta la cocina y metí dos rebanadas de pan blanco en la tostadora. Encendí el televisor y hojeé los canales de noticias mientras esperaba el sonido de los resortes de la tostadora lanzando al aire las doradas rebanadas de pan

tostado.

Mordí pequeños trozos de tostada seca. Para mi sorpresa y alivio, empecé a sentirme mejor. No pensaba arruinar mi equilibrio, así que volví a la cama. Debí de quedarme dormida, porque casi me sobresalto cuando Anabel me tocó.

"¡Qué coño, Ana! ¿Intentas causarme un infarto?".

"Woah. Tranquila, tigresa. Te estoy controlando. No tendría que darte un susto de muerte si hubieras dejado el teléfono encendido".

"Lo siento, Ana. Me has asustado. ¿Qué hora es?"

"Las dos y media. ¿Has estado durmiendo todo este tiempo?"

"Creo que sí. ¿Por qué estás en casa?"

"Tengo el raro placer de tener la tarde libre, así que pensé en venir a ver si estabas bien. ¿Te encuentras mejor? Veo que el té sigue ahí".

"Sí. Resulta que, después de todo, no me gusta el té".

"Vaya sorpresa. ¿Has comido algo?"

"Comí unas tostadas secas".

"Tienes mejor aspecto".

Me incorporé lentamente y esperé. No me daba vueltas la cabeza. Estupendo.

"Tienes razón. Me encuentro mucho mejor".

"Me alegro. ¿Por qué no te das una ducha mientras nos preparo una cena ligera?".

"Me parece estupendo. Gracias, Ana".

"Creo que un caldo caliente te sentará bien. ¿De acuerdo?"

"Vale."

Anabel salió a la tienda a comprar ingredientes para el caldo, mientras yo permanecía en la ducha, amando el fuerte chorro de agua que estallaba contra mi piel. Sabía que mi mente quería ir allí, pero me negaba a ceder. Pensar en Reed no me haría ningún bien. Después de todo, luchar con él era lo que había puesto en peligro mi sistema inmunitario. No, era mejor no pensar en Reed.

Revisé las llamadas perdidas y los mensajes mientras Ana se afanaba en la cocina. Tenía unas cuantas llamadas perdidas, la mayoría de ellas de vendedores de Telle, tres de Ana, una de Lexi y dos de Reed.

Me entretuve hasta que no pude más. Leí mis mensajes y llamé al buzón de voz para ver qué me había perdido. Dejé el de Reed para el final. El corazón me retumbaba en el pecho cuando escuché su mensaje de voz.

'Hola, Jessica, soy Reed. Siento oír que no te encuentras bien. Por favor, llámame cuando puedas. Ah, y siento lo de ayer. Otra vez. Tengo la sensación de que últimamente hago muchas cosas así. En fin, hablamos pronto. Adiós.'

A pesar de mi determinación, una sola lágrima recorrió mi mejilla. Nunca me habría permitido complacer a Reed si hubiera sabido el desastre que acabaría siendo. Pero, la retrospectiva es 20/20. Mi situación con Reed ya había superado la fase del arrepentimiento.

"La cena está lista, Jess".

"Qué bien. Tengo hambre". Era mentira, pero no quería ser maleducada y no comer, sobre todo después de las molestias que se había tomado mi hermana. "Huele delicioso", añadí cuando Anabel me sirvió un cuenco lleno hasta la mitad de caldo.

"Creo que puede ser mi mejor caldo hasta ahora".

Estábamos a mitad de la cena - yo daba los sorbos más pequeños que podía sin que la orgullosa cocinera se diera cuenta - cuando Anabel me miró desde su cuenco. Tenía algo que decir. Reconocí su mirada.

"¿Qué pasa, Ana?"

"Por favor, no te asustes hasta que termine de hablar. ¿De acuerdo?"

"O... k... a... y", dije lenta y nerviosamente.

Se acercó a su bolso, que estaba sobre la encimera de la cocina, y rebuscó en él.

"Te he traído esto", dijo, y me tendió una caja fina de color rosa.

Abrí la boca para hablar, pero ella levantó la mano para hacerme callar. Cerré la boca.

"Quiero que hagas esta prueba, Jess. Estoy segura de que las dos nos sentiremos

mejor después de que lo hagas. No digo que lo estés, pero por si acaso". Anabel dejó de hablar y tomé su silencio como mi permiso para hablar.

"¿Un test de embarazo? ¿Estás loca?"

"Eso no viene al caso. Pero tengo un presentimiento. Te doy carta blanca para que me fastidies el resto de mi vida si me equivoco, te lo prometo. Pero si tengo razón...".

"Ana, eres una hermana tan buena, y esto es muy dulce por tu parte. Pero Reed y yo fuimos muy cuidadosos. Es imposible que esté embarazada. Me ha salido un bicho".

"Vale. Si estás tan segura, hazte la prueba y te pediré disculpas. Pero, por favor, háztela".

"Vale. Dámela aquí. Te digo que comprar este test ha sido malgastar un buen dinero. Vuelvo dentro de un rato".

Puse los ojos en blanco, cogí la caja de la mano de Anabel y me fui al baño. Mi vejiga estaba llena de todos modos, así que no supuso un gran esfuerzo. Desenvolví el palo y lo sostuve en mi chorro de orina. Mi hermana había perdido la cabeza. Era ella la que estaba loca por los niños. Proyectaba en mí su deseo de tener un bebé.

Dejé el palo en el borde del lavabo y me subí los pantalones. Tiré de la cadena y me lavé las manos. Luego, como una ocurrencia tardía, miré hacia donde había puesto la prueba. Cogí la caja y saqué el folleto con las instrucciones. Nunca me había hecho un test, así que quería asegurarme antes de sacar conclusiones precipitadas.

¿Pero qué coño...? *¿Dos líneas?* ¿Qué?

Cogí el test, pero lo dejé caer accidentalmente desde el borde del lavabo hasta el retrete.

"*¡Ah, joder!*" grité de frustración.

"¿Qué?" Anabel estaba justo detrás de mí. Debía de estar esperando al otro lado de la puerta.

"¡Uf! Se me cayó aquella estupidez en el retrete. ¡Qué asco! Odio esto".

Cerré los ojos y saqué la prueba del agua con dos dedos. Lo dejé caer en el

segundo lavabo mientras me lavaba las manos en el primero.

Anabel estaba callada. Demasiado callada.

"¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan callada? le pregunté.

"Estás embarazada, Jess".

"No, no lo estoy. Estoy..."

"Lo siento, hermanita. Pero aquí hay dos líneas. Dos. Definitivamente estás embarazada".

El mundo me daba vueltas y tenía ganas de vomitar.

"Necesito sentarme. Ahora mismo".

"Aquí", dijo Ana y cerró la tapa del váter.

Me desplomé sobre la que iba a ser mi nueva mejor amiga, miré fijamente a la pared y conté las baldosas. Eso era lo que hacía cuando estaba sumida en mis pensamientos o nerviosa: contaba chorradas.

"Pero no lo entiendo. Fuimos muy cuidadosos. Usábamos condones. Tomo la puta píldora. Esto no está pasando".

"Lo siento, Jess. No es la primera vez que pasa algo así. Reed debe de tener unos nadadores muy fuertes".

"No es momento de bromas, Ana. Voy a tener un bebé".

"Lo siento, tienes razón, no ha tenido gracia".

Anabel secó la prueba y la volvió a meter en su caja. Abrió el cajón y lo dejó caer dentro.

"Ven conmigo".

Las piernas me flaqueaban en el mejor de los casos. Me sentía como un calamar intentando caminar erguido sobre tierra firme. Ana me cogió del brazo y me sostuvo. Juntas nos dirigimos al salón, donde me sentó en el sofá.

"Ahora vuelvo".

Oí que se abría la puerta de la nevera y que Ana cogía un vaso del estante. Oí el silbido familiar cuando abrió una botella de refresco, y luego el sonido de una

cucharilla golpeando los lados del vaso.

"Toma. Bébete esto".

"¿Qué es?"

"Coca-cola sin gas. Te sentirás mejor, te lo prometo".

"Esto es un desastre, Ana".

"No digas eso. Un bebé es una bendición. Claro que tu relación con Reed aún es nueva, pero eso no significa nada. Le quieres, ¿verdad? Y él sería un tonto si no te quisiera. Todo va a ir bien. No te asustes".

"No lo entiendes, Ana".

"¿Entender *qué*?"

Me derrumbé y le conté a mi hermana todo lo que había pasado entre Reed y yo. No podía dejar de llorar. La emoción que había retenido se desbordó y no pude controlarla. Anabel me escuchó y me consoló. Hablamos durante mucho tiempo mientras ella me abrazaba.

Mientras hablábamos, tomé una decisión. No quería aumentar la agobiante carga de Reed con la noticia de un embarazo no deseado. No se lo diría. No podría estar cerca de él durante un tiempo hasta que hubiera pensado qué haría. Era mejor así. Para los dos. Conmigo fuera de juego, tendría menos distracciones. Podría centrarse en Ollie y en aplacar a Caroline.

Era lo mejor para todos.

Me despedí de Ana. Le dije que estaba agotada y que necesitaba estar sola. Cuando llegué a mi habitación, cerré la puerta y me senté en la cama. Escribí un correo electrónico dirigido a Reed. En él, le agradecía la increíble oportunidad de trabajar en su empresa, pero que tenía que dimitir por motivos personales.

Leí el correo dos veces antes de pulsar enviar. Luego me puse de lado y lloré hasta quedarme dormida.

REED

Había pensado mucho en el consejo de Ana mientras hacía jogging. El sol se asomaba por el horizonte, bañando el cielo de gloriosos colores cálidos; sentí el primer calor de sus rayos en la cara mientras sorteaba el terreno del sendero de montaña.

Cuanto más corría, más fácil me resultaba admitir que quería que mi relación con Jessica funcionara. Había aprendido una lección importante tras la implosión de mi matrimonio con Caroline. Y la lección era la siguiente: *encontrar a la persona adecuada a la que amar en este mundo no es fácil, así que, cuando la encuentras, aferrate a ella con todas tus fuerzas.* Jessica era mi "elegida".

Tenía mi discurso planeado en la cabeza cuando llegué a la oficina. Recé para que Jessica me diera la oportunidad de explicarle, disculparme y permitirme tranquilizarla acerca de mi amor por ella. Cuanto más me acercaba a donde estaba su escritorio, más rápido caminaba.

Me quedé confuso cuando la mujer que se sentaba en el escritorio de Jessica me saludó. Sonrió como si fuéramos viejos amigos y se presentó.

"Buenos días. ¿Dónde está Jessica?"

"No se encuentra bien, así que la agencia me ha enviado para ayudarte".

"Ya veo. Vale. Gracias. Discúlpame".

Me sentí decepcionado. Sobre todo porque había perfeccionado mi razonamiento de por qué debíamos estar juntos. Llamé al teléfono de Jess en cuanto me senté en el escritorio. Sonó durante un buen rato y luego saltó el buzón de voz. Supuse que estaba durmiendo, así que tomé nota mentalmente de volver a llamarla

aquella mañana.

Cuando la llamé más tarde, la situación no había cambiado: de nuevo, no contestaba. No podía dejarlo pasar, así que le dejé un mensaje sincero. Esperaba que Jessica me devolviera la llamada cuando recibiera el mensaje. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Aquel día estaba metido hasta las rodillas en reuniones y trabajo, así que me vi obligado a apartar a Jess de mi mente. Le debía a mi socio hacer todo lo posible por mantener nuestra empresa en plena actividad mientras él estuviera fuera. Él haría lo mismo por mí. Mi vida personal tendría que pasar a un segundo plano.

Consulté los mensajes de mi teléfono mientras conducía a casa después del trabajo. Nada de Jess. Quizá seguía enfadada por nuestra pelea. Pensé que lo mejor era respetar su necesidad de espacio. Se lo debía.

No tenía ganas de compañía. Tampoco me apetecía cocinar, así que me comí las sobras de la noche anterior. Consulté mis correos electrónicos, como era mi costumbre antes de acostarme. Me dio un vuelco el corazón cuando vi uno de Jess. Lo abrí. No era en absoluto lo que esperaba.

¿Renuncia? ¿Por qué? ¿Acaso Jessica era una de esas personas rencorosas? Nunca me la había imaginado así. ¿Qué demonios estaba pasando? Tenía que hacer algo al respecto.

No podía dormir. Daba vueltas en la cama. Todo tipo de escenarios asaltaban mis pensamientos. Tenía que ver a Jess. Tenía que hacerla entrar en razón. No había ningún problema personal que ella y yo no pudiéramos resolver. Le daría todo el tiempo libre que necesitara. Seguro que ella ya lo sabía.

Estaba cansado cuando sonó el despertador. Pero no iba a dejar de trabajar. Decidí pasarme por el apartamento de Jessica después del trabajo. Tenía que verla. El día se alargó. Pensé que nunca llegaría a su fin.

Cuando por fin lo hizo, conduje directamente a casa de Jessica y pulsé el timbre. La cámara conectada se movió en mi dirección. La puerta se abrió después de lo que me pareció una eternidad. Llamé a la puerta principal. Anabel abrió.

"Hola, Reed. Me alegro de volver a verte".

"Hola, Ana. Yo también me alegro de verte".

"Es una visita inesperada".

"Siento haber aparecido sin llamar antes. ¿Está Jess?"

"No, lo siento. No se encontraba bien, así que mamá y ella fueron a ver al médico. Imagino que después habrán ido a tomar un café".

"Ah, vale. Esperaba poder charlar con ella". No pude evitar la decepción en mi voz.

"Gracias, Ana. ¿Le dirás a Jess que me llame cuando llegue a casa?".

Estaba a punto de marcharme cuando Anabel habló.

"Reed, espera. ¿Quieres entrar a tomar algo? Estoy cocinando y me encantaría tener compañía".

"Uhm. Claro. Estaría bien. Gracias. La verdad es que me vendría bien una copa. Ha sido un día muy largo".

Mi motivación para quedarme no era tan inocente como pretendía. Supuse que si me quedaba un rato, tenía muchas posibilidades de que Jessica volviera a casa.

"Lo que sea que estés cocinando huele delicioso", dije mientras me unía a Ana en la encimera de la cocina.

"Gracias. No recuerdo cuándo fue la última vez que comí un pastel de verduras decente con queso feta y pesto. Las precocinadas son asquerosas. ¿Tú cocinas?"

"Sé hacer filetes a la plancha y salsas de champiñones y pimientos, pero aparte de eso, me las apaño. Parece que para ti cocinar es lo de siempre".

"Me alegro por ti. He dado unas cuantas vueltas a la cocina. De todos modos, ¿qué te apetece beber? Tengo vino, cerveza y whisky. ¿Cuál es tu veneno?"

"Cerveza, gracias".

Anabel sacó una cerveza de la nevera y la abrió. Verla corretear por la cocina, picando, sazonando y colocando verduras en capas era extrañamente tranquilizador.

"¿Cómo van los planes de boda? No eres una futura novia neurótica e histérica".

Anabel se rio. "No tengo ocasión de estresarme por ello. Mamá está manejando esto, bendita sea. Lo único que tengo que hacer es sentarme y observarla".

"Eso está muy bien. Las madres pueden ser un grano en el culo, pero es

maravilloso tenerlas".

"Ah, sí. Es verdad. Lo siento, Reed. Había olvidado que tus padres habían fallecido. Y yo aquí dando la tabarra con mi madre".

"No seas tonta. Te envidio. Mi madre habría luchado contra la madre de mi ex hasta tirarla al suelo si eso significara que ella tenía la última palabra sobre el lugar y la decoración".

"Eso es adorable".

"Por cierto. Hay algo que me preocupa desde que conocí a Craig en la regata".

"Oh-oh. Eso no suena bien".

Me reí ante su extraña expresión.

"No, perdona. No es nada malo. Estaba seguro de que ya nos conocíamos. Entonces, hace unos días, caí en la cuenta. Estábamos en el mismo instituto. Craig iba unos años por delante de mí, probablemente por eso tardé en darme cuenta".

"Vaya. Qué pequeño es el mundo".

"Yo diría que sí".

"Supongo que no tendrás ningún trapo sucio sobre Craig que puedas contarme".

"Desde luego que no. Aunque lo tuviera, no traicionaría a un compañero".

Anabel y yo charlamos y nos reímos contando anécdotas de su época escolar y la de Jess. Era una persona encantadora. Fácil de hablar y divertida. Al cabo de una hora, miré el reloj y me di cuenta de que me había quedado demasiado tiempo. Me negué a ser una molestia, por si Jessica volvía a casa.

"Gracias por la cerveza y la charla, Ana. Es hora de que me ponga en camino".

"Vale. Me ha gustado conocerte mejor", sonrió. "Le diré a Jess que has estado aquí. Seguro que te llamará".

"Gracias, Ana.

"Conduce con cuidado".

"Lo haré. Disfruta de la horneada".

Otro intento de hablar con Jess había fracasado estrepitosamente. A menos que durmiera abajo en mi coche y la acorralara cuando la viera, no tenía más remedio que esperar a que llamara. Fue un golpe bastante duro, pero era lo que había.

JESSICA

"¿Qué demonios ha sido eso?" le pregunté a Anabel cuando por fin pude salir después de esconderme de Reed en mi dormitorio.

"Me aterrorizaba que pudiera tropezar conmigo accidentalmente mientras buscaba el baño. Una hora, Ana. Una hora entera. No me quedan ni las uñas".

"Por el amor de Dios, cálmate. Necesitaba saber más cosas sobre el padre de tu hijo. Y debo decir que no tengo ni idea de qué haces aquí, escondiéndote como una niña cuando Reed es uno de los hombres más agradables y decorosos que he conocido."

"No se trata de eso, Ana".

"Esa es precisamente la cuestión, Jess. Este hombre está locamente enamorado de ti. Eso lo verían hasta un ratón ciego".

"Bueno, no voy a someterle a otro drama más. Ya tiene motivos suficientes para seguir en terapia de por vida. Una aventura que lleva a un bebé suyo es lo último que necesita. Simplemente no soy esa mujer que hará todo lo posible por atraparle con un niño".

"Has leído demasiadas novelas románticas baratas, Jess".

"Tiene gracia. De todos modos, ya está hecho. Se acabó".

"¿De qué estás hablando?"

"He dimitido. Me niego a someternos tanto a Reed como a mí a una tortura emocional. Es mejor así".

"¿Quién coño eres y dónde está mi hermana?".

"¿De qué estás hablando, Ana?".

"Eres mi ídolo, Jess, mi hermana mayor. Siempre te he admirado y he valorado tu fuerza y tenacidad. Tu actitud de "hazlo o muérete" me ha inspirado para superar más de una situación complicada. Y ahora, cuando más importa, huyes. Tú no eres así, Jessica. Corta el rollo y haz lo que debas".

"Por eso lo hago así, Ana. Hago lo que puedo para evitar que Reed tenga que lidiar con más mierda. ¿Sabes que Caroline planea demandarle por la custodia total de Ollie? Reed está al borde de la ruptura. Me niego a ser yo quien lo lleve al límite. Además, así no quiero empezar la vida de mi hijo".

"¡Y una mierda! Lo siento, Jess, pero no me trago esas excusas. Me niego a decirte lo que quieres oír. Tienes miedo. Reacciona".

"Ana, no quiero pelearme contigo, así que te pido amablemente que pares esta conversación".

"Vale. Una pregunta más. ¿Se lo has dicho a mamá?"

"¿Estás loca? Mamá es la última persona con la que quiero hablar de esto. Y ni se te ocurra decírselo. Se lo diré cuando esté preparada".

"Entendido. Te leo alto y claro".

"Me voy a la cama", dije y me marché.

¿Estaba siendo testaruda? *Sí.*

¿Estaba siendo infantil y ridícula? *Joder, sí.*

Pero si me lo preguntaban más tarde, podría echarle la culpa a las hormonas.

Me tumbé en la cama, mirando al techo, y pensé en la lógica de lo que decía Anabel. Pero no me atrevía a dar el siguiente paso. Por supuesto, tenía que decírselo a mamá. Tenía que decírselo a Reed. Sabía lo mucho que quería a Ollie, así que ¿por qué iba a querer menos a nuestro bebé?

Y a Ana, mi hermosa y amable hermana. Sabía que tenía buenas intenciones, pero no estaba preparada para oír la verdad. *Uf.* Menudo lío.

El corazón me saltó a la garganta cuando Anabel me dijo que Reed había aparecido. Intentó razonar conmigo, insistiendo en que hablara con él, pero me

escondí en mi habitación como una cobarde. Tenía la sensación de que Anabel me estaba torturando a propósito cuando invitó a Reed a entrar. *¡Las hermanas!*

Escuché en la puerta de mi habitación su conversación, los sesenta torturadores minutos que duró. Su hermosa voz hacía que mi corazón anhelara su tacto. Estaba tan enamorada de él que me dolía físicamente. Deseaba desesperadamente hablar con Reed, pero cómo iba a hacerlo después de la mentira que le hice decir a Anabel. Habría hecho que las dos hermanas Moore parecieran dos tontas mentirosas. No podía avergonzar así a mi hermana. Además, odiaba mentir. Me sorprendió que lo hiciera tan perfectamente.

Ah, maldita sea. Qué desastre. Lo único que esperaba era dormirme cuanto antes para poder ocultarme en mis sueños.

Me desperté sobresaltada por mi nuevo mejor amigo, aquel pequeñín que llevaba dentro. Al parecer, ya no era la única que tomaba decisiones por mí.

Odiaba admitirlo, pero Anabel tenía razón. Tenía que contarle a mamá lo de mi embarazo. No es que tuviera miedo de lo que dijera o de que se enfadara o me juzgara. La razón por la que no se lo había contado, ni a ella ni a papá, era que una vez que lo hiciera, todo sería real. Se acabaría mi negación.

"Buenos días, Ana. Siento lo de anoche. Fui un imbécil".

"¿Un abrazo?"

"Claro. Quiero que sepas que hoy se lo diré a mamá".

"Me alegro. Te vas a sentir mejor. Te lo prometo".

"Me imaginé que el hecho de que mamá comprara ropa para el bebé te daría la oportunidad de meter algo de mano en la planificación de tu boda", sonreí, sarcástica.

Anabel me devolvió la sonrisa. "Estoy orgullosa de ti. Ahora aséate y haz esa llamada. Y hazlo pronto. Hueles a vómito. Te quiero".

"Es un simple ensayo general para lo real".

"Me convences", se rio Anabel y se fue a trabajar.

Después de ducharme a conciencia, llamé a mamá.

"Hola, querida niña".

"Hola, mamá".

"¿Cómo estás?"

"Necesito un consejo, mamá. ¿Quedamos para comer?"

"¿Estás bien?"

"Claro".

"Por supuesto, quedamos. ¿Quieres venir aquí o quieres salir?".

"¿Está papá en casa?"

"No, está comiendo con un viejo amigo del colegio. Te digo que no tenía ni idea de que tu padre disfrutara tanto de su jubilación".

"Bien. Iré a verte". *Necesito tener el aseo cerca*, pensé.

"Vale. Hasta luego".

"Adiós, mamá".

Ya estaba. No había vuelta atrás.

"Hola, mamá. Llegué a casa!"

"Hola, cariño. Estoy en la sala de cerámica".

Sala de cerámica. Qué dulce.

"Terminaré en un minuto, cariño", dijo mamá cuando me paré a la entrada de su reino de arcilla.

"No hay prisa".

Miré el torno del alfarero. El movimiento circular era extrañamente hipnótico. Mamá estaba en la zona. Era maravilloso verla tan en paz. Qué pena que estuviera a punto de romper esa paz.

"Ya está. Todo listo".

"Es precioso, mamá. Te estás volviendo buena en esto".

"Es muy dulce que mientas", se rio. "Vale, ¿qué quieres, Srta. Adulación?".

"Así de obvio, ¿eh?"

"Venga. Nos he preparado una ensalada de pollo".

"Qué rico, mi favorita". *Siempre si consigo comerla*, pensé.

"También he enfriado una botella de tu vino rosado favorito. Entiendo por tu llamada que lo necesitas".

Mierda. "No me encuentro en mi mejor momento. Espero que no te importe, pero tomaré agua con gas en su lugar".

"Por supuesto. Cariño, no eres tú misma. ¿Qué te pasa?"

Nos sentamos a la mesa del comedor. Mamá puso su mano sobre la mía y esperó a que hablara. Volví a sentirme pálida, así que lo solté.

"Estoy embarazada".

Mamá me miró fijamente. Era la primera vez que la veía quedarse muda.

"Mamá, por favor, di algo. Mamá".

"¿De cuánto?"

"No mucho".

"¿Es Reed el padre?"

"Por supuesto, mamá. Yo no me acuesto con cualquiera".

"Perdona, no estaba insinuando que lo hicieras, amor mío. Estoy un poco abrumada. No sé por qué he dicho eso".

"Oye, no eres la única que está abrumada, mamá. Tengo los nervios destrozados".

"Vale. Dame un minuto mientras lo proceso". Mamá engulló su vino.

"No sé cómo ha ocurrido esto; quiero decir, sé cómo... pero Reed y yo fuimos muy cuidadosos".

Mamá me miró con una expresión que nunca había visto antes.

"¿Qué pasa, mamá?"

"Tu padre y yo también fuimos cuidadosos".

"¿Qué? No lo entiendo".

"No fuiste nuestro primer bebé, mi amor".

La noticia me golpeó como un mazo.

"Estoy confusa".

"Me quedé embarazada inesperadamente mientras papá y yo éramos novios. Habíamos sido muy cuidadosos, pero estas cosas pasan. Cuando se lo dije, se quedó de piedra, pero me pidió que me casara con él. Estábamos muy enamorados, así que le dije que sí".

"¿Y el bebé?"

"Perdí al bebé".

"Ay, mamá. Qué horror. Lo siento mucho".

"Gracias, mi amor. Pero algo asombroso había sucedido gracias a mi embarazo. Si tu padre no me hubiera pedido que me casara con él, no habríamos conocido la alegría y la plenitud que nos daría nuestro amor. Y, por supuesto, estáis tú y Anabel. No puedo describir lo mucho que os quiero, chicas".

"Para Reed y para mí es diferente, mamá. Papá nunca se había casado, y no tenía un hijo y una exmujer del infierno".

"¿Le has hablado del bebé?"

"Tengo demasiado miedo. ¿Y si no me quiere? ¿Querría el estrés de un niño a cuya madre no quiere de verdad? Ya tiene suficientes problemas con Caroline".

"¿Quieres a Reed, Jess?".

Me lo pensé antes de contestar.

"Sí, pero...".

"Nada de peros, amor. Piénsalo bien y se te ocurrirán muchos peros. ¿Le quieres?"

"Sí. Mucho".

"Eso es todo lo que necesitas. Dale a Reed la oportunidad de decidir por sí mismo. Se lo debes. También es su hijo. Sé que tienes miedo, pero no puedes

meter la cabeza en la arena".

"Odio cuando tienes razón", dije y puse los ojos en blanco.

"Pensaba que mis chicas ya estarían acostumbradas".

"Qué sorpresa. Te quiero, mamá. Gracias".

REED

Primero me preocupé por Jessica, luego decidí darle espacio. Pero no saber nada de ella durante unos días me jodió. ¿Cuál era su problema? No podía creer que la mujer de la que estaba enamorado resultara ser una zorra tan rencorosa. ¿Conocería alguna vez a alguien del género femenino que no tuviera una pizca de narcisismo? ¿Pero qué coño...?

La verdad es que pensaba encontrarme a la sustituta - no tan temporal - de Jessica agazapada en un rincón. Había estado una semana imposible. Nada me gustaba. Me volvía loco por la cosa más insignificante. Todos en la oficina suponían que Caroline era la causa de mi pésimo humor. Me negaba a darles la razón. Por una vez, Caroline me había sido útil.

Sí, estaba absolutamente furioso por su último asalto, pero, para variar, ella no era la razón de mi estrés. Además, por lo que deduje de la investigadora privada, tendría suficientes trapos sucios sobre mi exmujer para convencerla de que dejara las cosas como estaban.

Mi preocupación era Jessica. El dolor hacía que un hombre cometiera estupideces. Tuve que contenerme varias veces para no volver a ir a su apartamento y decirle lo que pensaba. Pero tenía un mínimo de orgullo. ¿Por qué tenía que arreglar yo nuestros problemas si era ella la que me ignoraba?

No. Si Jessica quería hablar, podía acudir a mí. Había dejado de actuar como un ciervo herido.

"¿Ya te has sacado el cactus del culo?". Dax estaba ante la puerta abierta de mi despacho. Le fulminé con la mirada. "Nada de respuestas ingeniosas, ¿eh? Esto es más serio de lo que pensaba".

"Ahora no, Dax. Soy una mala compañía".

"De todas formas, yo nunca he sido un buen amigo".

"No, no lo has sido. Lo siento, amigo. Parece que me estoy convirtiendo en un gilipollas consumado".

"Probablemente yo actuaría igual si tuviera tanta mierda en mi vida. No es un problema".

"Pasa. Descansa un poco".

Dax cerró la puerta y se sentó.

"¿Café?"

"No, gracias. Acabo de tomar".

"Vale. ¿Qué pasa?"

"*Tú* eres lo que pasa. Estoy preocupada por ti. ¿Cómo puedo ayudarte?"

"Ojalá lo supiera, Dax".

"No se trata de Caroline, ¿verdad?".

"No."

"¿De Jessica?"

"Sí."

"¿Qué está pasando?"

"Es una larga historia".

"No pasa nada. Tengo tiempo".

"Tuvimos una discusión a gritos. Ahora se niega a hablar conmigo. La he llamado, pero no contesta. He ido a su casa, pero no estaba. No sé qué más hacer. Estoy harto de correr tras ella".

"Por lo poco que me has contado de Jessica, no parece ser así. ¿Estás seguro de que te ignora a propósito? Podría tener problemas personales que resolver. No puedes descartarla sin más hasta que sepas qué le pasa".

"Lo he intentado, Dax. No consigo nada. Probablemente ya esté harta de mi vida de circo. No puedo culparla. Caroline no está facilitando la situación".

"¿De verdad creías que lo haría?"

"No, pero tampoco esperaba que agrediera verbalmente a Jessica cada vez que tenía ocasión. Deberías ver los mensajes que le envió a Jess en el móvil. Me dio mucha vergüenza cuando Jessica me los enseñó".

"Eso es duro. Pero es Caroline, Reed".

"Lo peor es que no tuve cojones de llamar a Caroline y decirle que cortara de una puta vez. Estoy tan preocupado por lo que hará para alejar a Ollie de mí que he permitido que arruine una relación increíble con Jess".

"Vaya. Tranquilízate, Reed. Me parece que estás asumiendo demasiada culpa y responsabilidad por el comportamiento de Caroline y Jess. Nada de esto es culpa tuya. Estas mujeres son adultas. Toman sus propias decisiones porque eso es lo que hacen los adultos. No les has mentido en nada. Deja de sentirte tan culpable".

Apoyé la cabeza en las manos. Dax tenía razón. Sus palabras dolían, pero tenía razón.

"Aguanta, Reed. Contrólate. No permitas que esto te hunda emocionalmente. Jessica hablará contigo cuando esté preparada. Y en lo que respecta a Caroline, estás haciendo todo lo que puedes".

"Gracias, Dax. Necesitaba esta patada en el culo".

"Ya me lo imaginaba. Necesitas una distracción. Te veré en tu casa esta noche. Llevaré la cerveza. Tú pagas el filete. ¿De acuerdo?"

"De acuerdo".

"Me voy".

"Hasta luego".

Aproximadamente una hora después de que Dax se hubiera marchado, sonó el teléfono de mi mesa.

"¿Sí?"

"La señorita Moore quiere verte. ¿La hago pasar?"

¡Jessica! Por fin había entrado en razón.

"Sí, por favor".

Me levanté y me dirigí a la puerta. Estaba nerviosísimo. ¿Qué me iba a decir?

Cálmate, Reed. No seas chuleta.

Abrí la puerta esperando ver el hermoso rostro de Jessica. Pero eso no fue lo que ocurrió.

"Ana".

"¿Estás decepcionado?", sonrió.

"Claro que no. Por favor, pasa".

"Eres un mentiroso", sonrió ella cuando se sentó. "Los dos sabemos que preferirías que Jessica estuviera aquí en vez de yo".

"Me has pillado. ¿Por qué estás tú aquí? Mis disculpas por ser tan directo".

"No hace falta. Quería hablar contigo".

"¿Sobre qué?"

"Sobre Jess".

"¿Está bien?" Me estaba preocupando.

"Eso depende de lo que tú entiendas por estar bien".

"Por favor, Ana. No me tortures. ¿De qué se trata?"

"Te lo diré. Pero primero tienes que jurarme que pensarás detenidamente lo que voy a decirte antes de actuar. ¿De acuerdo? Como norma, no me meto en la vida de Jess, pero esto es importante".

"Te lo ruego. Dímelo".

"Mi hermana está embarazada".

Las palabras de Anabel no me llegaron al principio. Entonces, un torrente de emociones me golpeó entre los ojos.

"¿Embarazada? ¿Estás segura? Quiero decir, ¿está Jess segura?"

"No hay duda".

"Eso explica muchas cosas", dije, despacio.

"Me alivia que no hayas preguntado si el bebé es tuyo. Si no, tendría que darte una paliza aquí mismo, en tu despacho". Anabel lo dijo con cara seria. Tuve la sensación de que no bromeaba.

"¿Por qué iba a preguntar eso? Obviamente, es mi bebé. Sé que Jess no es así".

"Bien. Eso me hace sentir aún más justificada para contártelo".

"No lo entiendo, Ana. ¿Por qué no me lo ha dicho? ¿No confía en mí? ¿Cree que la abandonaría? Sé que cuando discutimos, Jess insinuó que yo pensaba en ella como una simple aventura, pero eso no podría estar más lejos de la realidad."

"Las mujeres embarazadas no son los seres más racionales. Creo que es una combinación de varios factores, por lo que tengo entendido. No está segura de su relación contigo, sí. Pero, además, Jess sabe lo mal que lo estás pasando con Caroline y Ollie. No quiere que eso enturbie tus sentimientos respecto a otro hijo".

"Tiene sentido".

"Mira, Reed. No quiero hablar en nombre de Jess. Sé que parece una locura, puesto que ya he dicho más de lo que debía. Pero creo que Jess está enamorada de ti".

"Yo también estoy enamorado de Jess, Ana".

"No voy a decirte lo que tienes que hacer. Me pareció justo decirte por qué Jessica no se ha puesto en contacto contigo. Aún está en estado de shock y no sabe qué hacer a continuación. Así que te corresponde a ti dar el primer paso. Lo siento si es injusto, pero conozco a mi hermana. No te lo dirá porque cree que te afectará negativamente en este momento".

"No estoy enfadado con ella. Al menos, ya no. Gracias, Ana. Eres una hermana increíble".

"Sé que harás lo correcto. Sea lo que sea. Adiós, Reed. Hasta pronto".

"Lo harás. Te lo prometo".

Anabel me dejó en un charco. Un bebé. Con Jess.

Hostia puta.

Mierda.

JESSICA

Tenía la impresión de que las náuseas matutinas eran algo rápido e intenso. Una semana o dos como mucho, y luego volvería a correr y a estar radiante. Vaya, me equivocaba. Me sentía como si me despertara cada mañana con resaca, pero sin las experiencias divertidas y alucinantes a las que recurrir. ¡Me quedé sin batería!

La dulce Anabel se aprovisionó de una serie de infusiones, galletas, frutos secos y frutas varias que supuestamente eran buenas para aliviar mis náuseas. Las galletas funcionaban de maravilla, pero todo lo demás era como *Elvis*: simplemente *abandonaba el edificio*.

Desesperada, llamé y pedí un simple caldo de pollo a un restaurante francés situado a unas manzanas de distancia. Esperaba que el repartidor fuera rápido, porque estaba a punto de comerme los zapatos. Tenía un 50% de posibilidades de conseguirlo pronto. Puede que ofendiera a la persona francófona que había contestado al teléfono con mi forma de "ladrar órdenes". El bebé me había vuelto mala.

Estaba salivando, y encantada y aliviada, al oír el timbre. ¡Viva! La comida. Pulsé el botón para abrir abajo y esperé a que llamaran a mi puerta. No tuve que esperar mucho.

"¡Espera!" grité. Qué tonta. Me había olvidado de coger la cartera. "¡Ya voy!"

Busqué mi bolso y, al mismo tiempo, me dirigí a la puerta. La abrí con la cabeza metida en el bolso intentando encontrar la cartera. Murmuré una disculpa en francés.

"Pas de problème".

Me quedé helada, dejé de rebuscar frenéticamente en el bolso y levanté la vista".

"Hola, Jess".

"¡Reed! ¿Qué haces aquí? No te esperaba".

"Bien. Así no podrás esquivarme otra vez".

Reed estaba inusualmente tranquilo dadas las circunstancias. Esperaba que me gritara con los ojos en ascuas y que maldijera porque nunca le devolví ninguno de sus mensajes. Para mi sorpresa, simplemente se quedó allí de pie. Sonriendo. Parecía que no hubiera pasado nada. Ah, ¡mierda! Por el contrario, yo parecía haber escapado recientemente de un tornado. *Qué vergüenza*. ¿Era demasiado tarde para fingir que no estaba en casa? Me quedé congelada en el suelo, mirándole como una imbécil.

"¿Puedo pasar?"

"Claro. Perdona".

"Gracias".

Me hice a un lado para que Reed pudiera entrar. Entró en el apartamento y se quedó de pie en el salón. ¿Por qué tenía los ojos tan tiernos? ¿Qué le pasaba? ¿La botavara del yate le había golpeado en la cabeza?

Por primera vez desde que Reed y yo nos conocimos, un silencio incómodo flotaba en el aire como una gruesa manta de lana. Mi sentimiento de culpa por no haberle hablado del bebé pesaba sobre mi desaliñado y nauseabundo ser.

"¿Te traigo algo de beber?". Tartamudeé. "¿Tienes hambre? Tengo sopa de pollo".

¿Qué estaba haciendo? ¿Quién me creía que era? ¿Martha Stewart?

Contrólate, joder, Jessica. Esto no es un episodio de "Come conmigo". Has compartido los momentos más íntimos con Reed. Se trata de él, ¿recuerdas? Es el mismo tío. No te conviertas en una extraña.

"Estoy bien, gracias, Jess. ¿Te importa si nos sentamos?"

"Claro".

Me acerqué a la silla individual donde me sentía a salvo y aislada. ¿Quién sabía lo que estaba a punto de venirme encima?

"Hoy he hablado con Ana", empezó.

¡Ana! ¿Qué coño has hecho?

De repente, las sirenas de mi cabeza eran ensordecedoras. Sentía el mismo zumbido que cuando Andy, el malo del barrio, me tiró la pelota a la cabeza cuando teníamos seis años.

"¿Oh? No me ha dicho nada. ¿Os tropezasteis en un restaurante o algo así?".

Esperaba que la respuesta fuera sí, pero conociendo a Ana, las probabilidades estaban en mi contra.

"No, vino a verme a la oficina".

¡Maldita sea! Lo sabía. "Vale".

"Tuvimos una buena charla. Tu hermana es encantadora. Tienes la suerte de tenerla".

"Sí, Ana es especial". No lo será cuando consiga tener su cuello entre mis manos. "¿De qué hablasteis?"

"Hablamos de ti".

Directo al grano. Me había metido en un lío.

"¿De mí?" Me estaba cansando del juego que estábamos jugando. "Dímelo, Reed. Estoy demasiado cansada para seguir con este jueguecito".

"Ana me contó algo sobre ti que ojalá hubieras tenido la fe en mí para contármelo".

Sabía exactamente a qué se refería. Me callé. Las palabras se negaban a salir. En su lugar, me vi obligada a lidiar con las malditas lágrimas que, de algún modo, habían desarrollado voluntad propia. *¡Malditas hormonas!*

Reed se levantó y se acercó a mí, donde se arrodilló y me cogió las manos entre las suyas.

"Por favor, no llores, Jess. Lo creas o no, entiendo por qué no me lo dijiste. Para ser sincero, no puedo culparte. Tampoco es que te haya dicho lo mucho que significas para mí. He estado arrepintiéndome de mi silencio al respecto desde que te fuiste de la oficina".

Levanté la vista, tiré de una de mis manos libres y me enjugué las lágrimas.

"Te quiero, Jessica. Y estoy más que encantado de que vayamos a tener un bebé. No se me ocurre nada que desee más que seas la madre de mi hijo".

"¿Estás seguro?" susurré con voz temblorosa. "Lo siento, Reed. Nunca fue mi intención quedarme embarazada. Realmente fue un accidente".

"Lo sé. No pensé ni por un momento que te quedarías embarazada a propósito. Pero, ahora que lo estás, quiero que sepas que estaré a tu lado hasta el final. Y no porque lleves a mi bebé, sino porque te quiero, con o sin bebé".

"Oh, Reed. Lo siento mucho. Quería decírtelo. Muchísimo. Pero ahora tienes tanto con lo que lidiar: Caroline y Ollie. No quería que la increíble noticia de nuestro bebé se viera ensombrecida. Nunca pensé que estuviera preparada para ser madre, pero tú has cambiado todo eso. No puedo creerlo, pero estoy realmente emocionada".

"Claro que lo estás. Vas a tener el bebé perfecto. Mira quiénes son los padres".

"Lo siento, Reed", dije sinceramente.

"No, yo lo siento, mi amor".

Reed se echó hacia mí y me besó suavemente. Pero no duró mucho. Antes de que me diera cuenta, tenía los brazos alrededor de su cuello con la lengua tan metida en su garganta que creí que lo asfixiaría. Me sentí tan bien entre sus brazos otra vez. Se me aceleró el corazón cuando me levantó y me estrechó entre sus fuertes brazos.

"¿Dormitorio?", susurró.

Gemí suavemente a través de su beso y señalé en dirección a mi habitación. Reed se movió como si fuera un misil teledirigido.

"Espera", dije, sin aliento. "Tengo un aspecto de muerte y me siento como si llevara una semana vagando por el desierto. ¿Te importa si me refresco?".

"Estás preciosa. Además, si vas a tener a nuestro bebé, será mejor que te acostumbres a parecer un tren descarrilado".

"¡Vaya!".

"Te quiero, Jess, con imperfecciones y todo. Tendré que acostumbrarme también

al desastre del bebé si vas a ser mi mujer, y tengo que levantarme para cambiar pañales a medianoche".

¿Qué había dicho? ¡Mujer! Me quedé mirándole como si no entendiera el lenguaje que estaba utilizando.

"Vamos, Jess. Por favor, no me hagas pedírtelo en otro idioma, porque podría pedir un burro por error", sonrió. "¿Quieres casarte conmigo? Por favor, di que sí".

De ninguna manera iba a dejar que Reed se me escapara de las manos. Las dos últimas semanas me habían dado una idea de lo miserable que sería la vida sin él.

"Te quiero, Reed". Puso cara de pánico cuando no dije nada durante demasiado tiempo después de decirle que le quería. Supuse que esperaba un "pero". Le estaba torturando innecesariamente, aunque no hubiera sido mi intención. Pero estaba tan abrumada que no pude evitarlo.

"Sí".

"¿Sí? Oh, gracias a Dios. Me habías preocupado por un segundo. Venga aquí, Sra. Andrews. Necesito una prueba de fuego".

"Picarón", dije entre más lágrimas. ¿De dónde salía todo aquel estúpido líquido? "Oh, por el amor de Dios. Esto del llanto es nuevo".

"Déjame ver si puedo arreglarlo".

Reed me besó la cara llena de lágrimas y luego me la secó con la mano.

"¿Estás lo bastante bien para hacer esto?", me susurró al oído, provocándome escalofríos de placer.

"Espero que sí".

La mirada preocupada de Reed se convirtió al instante en la de un diablillo cachondo. Se levantó y se desnudó antes de retroceder, permitiéndome deleitarme con su desnudez. Estaba dispuesto a darle placer a su prometida, y yo no tenía ninguna duda al respecto.

"Quítamelo", ordenó con voz ronca.

Los ojos de Reed se fijaron en cada una de mis acciones, por pequeñas que

fueran. Estaba completamente excitado - toda su brillante magnificencia- y era mío en su totalidad. En aquel momento no me importaba mi aspecto. Lo único en lo que me concentraba era en mi amor y en su belleza.

Puede que estuviera mal por el embarazo, pero verle allí de pie, deseando, me sacó de mis casillas. Estoy segura de que nuestro bebé intuyó que algo estaba a punto de ocurrir, porque no causó la menor molestia.

Me desabroché la camisa de encaje tan despacio como pude. Reed gimió cuando se abrió dejando al descubierto mis duros pezones. Sus ojos de dormitorio estaban caídos mientras me miraba fijamente. Como si fuera un mero reflejo, cerró la mano alrededor de su pene erecto y lo recorrió dos veces. Me mojé aún más cuando hizo eso; mi núcleo se hizo cada vez más grueso, increíblemente hinchado.

Reed separó los labios. En su mente, ya me estaba lamiendo. Me di cuenta por la expresión que me había puesto antes. Me quité los pantalones de pijama.

"Ahhh, nena. Sin ropa interior. Eres tan sexy. Ábrete de piernas".

No tenía por costumbre seguir órdenes ciegamente, pero no dudé ni un segundo cuando Reed se dispuso a deslizar su erección hasta lo más profundo de mi humedad.

Reed soltó un gemido de satisfacción cuando abrí las piernas al máximo. Cuando mi amante se acercó a mí mientras estaba tumbada en la cama, levanté los pies para detenerlo. Estaba temblando. Vi la súplica en sus ojos mientras le sujetaba.

Bajé los pies por su pecho a velocidad de caracol hasta llegar a su erección, la agarré firmemente con los dedos de los pies y le masajeé la polla arriba y abajo.

"Joder, me estás matando, nena", gimió sin aliento y me agarró por los pies, asegurándose de que yo lo envolvía con fuerza.

"Ya estoy lista", sonreí seductoramente.

"No quiero correrme así. Quiero estar dentro de ti".

Con urgencia, apartó mis pies, se agachó y me lamió desde mi humedad hasta mis pechos. Su piel se deslizó por la mía como si fuéramos dos partes de una misma creación, hechas para encajar a la perfección.

Cuando Reed me tapó la boca con él, sentí su empuje dentro de mí. Dejé escapar

un suspiro agudo de placer sublime y le agarré el culo. Empujó más adentro mientras yo tiraba de él.

"Házme correr, mi hombre tan perfecto".

"Te quiero", dijo mientras sus embestidas se aceleraban.

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos mientras nos movíamos juntos más rápido, más fuerte.

"Te quiero, Jess", gimió cuando estalló mi orgasmo, y se estremeció violentamente mientras compartía su semilla conmigo.

Este hombre me amaba. ¿Podría ser mi vida mejor? Nos quedamos en silencio, satisfechos y agotados. Cerré los ojos y me quedé profundamente dormida por primera vez en semanas.

REED

Me iba a casar con Jessica, y estaba delirantemente feliz por ello. Era tal mi euforia que empezaban a dolerme las mejillas de la sonrisa perpetua que tenía en la cara. Tenía que llamar a Ava y decírselo. No podía esperar hasta por la mañana.

"¿Estás loco? ¿Sabes qué hora es?"

"Es hora de dejar de ser gruñona y escuchar".

"¿Qué te pasa?"

"Absolutamente nada, hermanita. Es que me voy a casar".

Silencio.

"¿Qué?"

"Me caso con Jess".

"Espera. Tengo que sentarme".

Oí el crujido de las sábanas y el sonido de un interruptor de la luz.

"Vale, así está mejor. ¿Has dicho que te vas a casar?"

"Sí, lo he dicho".

"Cielo santo..."

"Ya lo sé. ¿No es increíble?"

"Es una locura. Ni siquiera la he conocido. ¿Estás seguro, Reed?"

"Tan seguro como nunca en mi vida, Ava. Jessica es indescriptible. La quiero y sé que tú también la querrás".

"No me malinterpretes, hermano mayor, me alegro mucho por ti. Solo te lo pregunto porque no quiero que te vuelvan a hacer daño".

"Eres una hermana increíble, Ava. Gracias por ello. La traeré pronto a tu casa para que os conozcáis".

"¿Podemos no hacerlo a la una de la madrugada, por favor?".

"Te lo prometo", me reí.

"Te quiero", dijo y colgó.

Si hubiera sido cualquier otra persona, me lo habría pensado dos veces y me habría tomado mi tiempo. Pero Jessica era diferente. No podía explicarlo. Simplemente lo era.

Decidí no contarle a Ava lo del bebé. Todavía no. Podría haberse llevado una impresión equivocada de Jess. Me pregunté cuándo Jess se lo contaría a su familia. Seguramente pensaban lo mismo que Ava. Me ponía nervioso conocerlos. Conocer a mi anterior familia no había sido para morirse de risa. Y Caroline no estaba embarazada de mi hijo.

Un hijo. Yo era el padre de *dos niños*. Vaya. Me pregunté qué diría Ollie cuando le dijera que estaba a punto de tener un nuevo hermanito o hermanita. Había pedido en muchas ocasiones un bebé por Navidad antes de que Caroline y yo nos divorciáramos. Afortunadamente, conseguí distraerle con otros regalos. Comería trozos de cristal antes de tener otro hijo con Caroline.

Pero no podía preocuparme por eso en aquel momento. No quería que nada estropeara la felicidad que me invadía mientras conducía de vuelta a casa. Jess me pidió que me quedara hasta por la mañana, pero tenía una reunión temprano y necesitaba dormir y cambiarme de ropa. Así que dejé que mi princesa volviera a su sueño reparador. No era posible que estuviera más guapa.

Volví a mirar el reloj. Torturar a la familia con un madrugón era una cosa, pero no quería despertar a Dax; por la mañana seguiría comprometido. La excitación de la noche, más el orgasmo dinamita que había tenido, me habían dejado exhausto. Me dormí en cuanto me metí en la cama.

Amaneció y salté de la cama y salí a correr. Después, me di una ducha rápida y

me vestí para ir a trabajar.

"¿Qué te pasa? Tienes ese aspecto de conejito energizante".

"Buenos días, Carmella. ¿No hace una mañana estupenda?"

Carmella sonrió con complicidad. "Claro que sí".

"Estaba pensando. Hace demasiado tiempo que no cambio la decoración de mi dormitorio. Creo que necesita un toque femenino. ¿Qué te parece, Mella? ¿Llamarás a unos cuantos decoradores y concertarás reuniones con los que creas que me gustarán? ¿Por favor?"

"Por supuesto".

Eso es lo que me gustaba de Carmella. Esperaba a que yo estuviera preparado para contarle algo importante. Una vez le pregunté por qué lo hacía. 'Supuse que me lo dirías cuando estuvieras preparada'. Mujer sabia.

"Vale", me reí, "me has convencido. Te lo diré".

Carmella sonrió, dejó el plato de beicon y huevos que me había preparado y esperó.

"Vale".

"Le propuse matrimonio a Jess y ella aceptó".

"Bien hecho. Enhorabuena, querido".

"¿Solo eso?"

"Es todo lo que necesitas. Es una chica encantadora. Lo sé siempre". Carmella me guiñó un ojo.

No tardé en desayunar y luego me fui a la oficina. La noche anterior, antes de dejar el apartamento de Jessica, le pedí que considerara la posibilidad de volver al trabajo. No tanto por el trabajo de la oficina, sino por mí. Echaba de menos su cara bonita y su personalidad burbujeante. Por no hablar de su precioso culo.

Le dije que apreciaba sus delicadas y tiernas primeras horas de la mañana, así que me alegraría que viniera a las 10 de la mañana. Aceptó.

Di vueltas por el despacho, mirando el reloj con más frecuencia que nunca. A las 10 en punto, oí la voz de Jess en la puerta de mi despacho. Me levanté y me

acerqué a la puerta para darle la bienvenida. Otra vez aquella estúpida sonrisa. Cuando cogí el picaporte, oí otra voz además de la de Jess.

"Vaya, mira quién ha vuelto". Oí que decía una mujer. Conocía la voz. Era Lisa, la zorra de hueso.

"Vagando por la jungla en busca de víctimas, ¿verdad?". Respondió Jess. Por su tono, me di cuenta de que no estaba muy contenta con la presencia de Lisa.

Sonreí ante su chirrido aguerrido. *Así me gusta*, pensé.

"¿Con quién has tenido que acostarte para recuperar tu trabajo?" gruñó Lisa.

Se acabó. Nada más. Salí de mi despacho. Lisa prácticamente se sobresaltó. Estaba claro que no esperaba que yo oyera su ataque verbal contra Jessica.

"Buenos días, R... Sr. Andrews. Le estaba diciendo a..."

"Sí. He oído lo que acababas de decir. Tienes muy poca memoria, Lisa. Debe de ser la falta de alimentación. En cualquier caso, sea cual sea el motivo, ya estoy harto de que acoses a mi personal. Por favor, ten la amabilidad de recoger tu escritorio. Pediré al personal que te pague el sueldo pendiente y te escribiré una carta de recomendación. No es que te la merezcas, pero hoy estoy de buen humor".

Lisa no se movió. Su cara, sin embargo, había caído al suelo.

"Si yo fuera tú, Lisa, me iría antes de que te echen".

"No puedes hacerlo. Tendrás noticias de mi abogado", siseó ella.

"Por favor, no dudes".

"Buena suerte, Jessica. Estoy segura de que tendrás lo que te mereces".

"Y, por favor, no le hables así a mi novia. Adiós, Lisa".

Ella resopló y se marchó. No me cabía duda de que todos en el edificio sabrían lo de Jess y yo antes de que Lisa hubiera salido por la puerta principal. No me importaba lo más mínimo.

"Hola, preciosa".

"Hola, a ti también", dijo Jess y me besó. "Yo misma me habría ocupado del insecto palo, ¿sabes?".

"Lo sé, pero ha sido muy divertido. No pude resistirme. ¿Quieres pasar a mi despacho?"

Sonó el teléfono y Jess contestó. Su mirada me preocupó. Puso la mano sobre el altavoz y puso los ojos en blanco.

"Adivina quién".

"Estás de broma". Entonces caí rendido. No me extrañaba que Caroline fuera siempre un paso por delante de mí. "Esa maldita Lisa. Vale, será mejor que la hagas pasar, amor mío. Y te sugiero que no escuches el lenguaje duro que está a punto de emanar de estos labios".

Cerré la puerta de mi despacho. Era más que aconsejable.

"Sí, Caroline".

Mientras me gritaba, la pobre estaba prácticamente hiperventilando.

El resumen de nuestra conversación, utilizada en el sentido más amplio de la palabra, fue que yo era el mayor gilipollas de la historia y que Caroline estaba oficialmente en pie de guerra. No pude decir mucho, pero dejé claro que ella y yo habíamos terminado y que me iba a casar con Jessica. Fin de la historia.

Caroline seguía chillando como una arpía cuando colgué el auricular. Eso me costaría caro.

Jess abrió la puerta y se asomó por la esquina.

"¿Es seguro salir del búnker?".

"Vaya. Esa mujer tiene la boca grande".

"No me digas. Deduzco que sabe lo de nuestras próximas nupcias".

"¿Qué te ha hecho pensar eso?"

"¡Qué gracioso! ¿Y ahora qué?"

"Ahora te invito a cenar, esta noche. A las ocho, ¿vale?"

"¿En serio? ¿No te preocupa la loca de remate? ¿Te imaginas lo que va a hacer cuando se entere de que estoy embarazada?".

"Es nuestro momento, Jess. No quiero que te estreses por nada. Yo me ocuparé

de Caroline. ¿Te recojo a las ocho?"

"No puedo esperar. Pero, por favor. Ni galletas ni té de hierbas. Prefiero no decir por qué".

"Entendido. Te quiero".

"Yo también te quiero, guapo".

Jessica estuvo rodeada durante casi toda la tarde de compañeros que se alegraban de verdad por nosotros. Me sentí muy feliz viéndola sonreír alegremente.

Tenía que hacer una parada rápida después del trabajo. Se me ocurrió que aún no le había dado a Jess un anillo de compromiso. Quería que tuviera uno. Uno *impresionante*. Mi hermosa Jess se merecía lo mejor.

La fui a buscar a las ocho.

"Tienes buen aspecto para comer", sonreí y le besé lel cuello cuando abrió la puerta.

Había elegido un restaurante acogedor para que pudiéramos disfrutar juntos de una cena tranquila. No pensaba poner el anillo en su copa de champán ni nada tan cursi. Ah, no. Había planeado una cursilería completamente distinta.

Coloqué su brillante anillo solitario de diamantes amarillos en un collar de oro y lo colgué del espejo retrovisor de mi coche. Cuando nos dirigíamos al restaurante, miré al retrovisor y me quejé de que el taxi que circulaba detrás de nosotros me daba justo en el trasero. Lo dije dos veces antes de que ella mirara. Menos mal que lo hizo. Me habría sentido como una idiota si me hubiera visto obligado a señalárselo.

"¿Eso es para mí?" chilló Jess cuando lo vio.

"Siento que sea un poco largo en la venida. ¿Te gusta?"

"¿Hablas en serio? ¡Es exquisito! Gracias, Reed".

"De nada, mi amor".

"¿Te queda bien?"

"Lo llevaré en el dedo que haga falta. De ninguna manera saldrá de mi mano".

Me reí de su disparate.

"Sra. Andrews, eres un encanto".

JESSICA

"¿Puedo entrar sin peligro?" Llamó Anabel cuando llegó a casa después de sus vacaciones con Craig. Me había propuesto no contarle lo de mi compromiso. Quería ver su cara cuando lo hiciera.

"Depende", dije desde el cuarto de baño, donde estaba sumergida en la bañera.

"¿De qué?"

"¿De lo rápido que puedas correr?"

"Así que Reed te dijo todo...".

"Se desplomó como un traje barato casi de inmediato".

Anabel se paró en la puerta. "Lo siento, Jess. Pero si esperaba a que se lo dijeras, el bebé estaría listo para ir a la universidad antes que tú. Por favor, no te enfades conmigo. ¿Me perdonas?"

"Aún lo estoy pensando. Lo que hiciste no estuvo bien, Ana. Debería darte una paliza. Tienes suerte de que tenga náuseas".

"¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien? Rezo por no haberlo asustado, pero creo de verdad que Reed no es ese tipo".

Puse la mano izquierda sobre el borde de la bañera, con toda naturalidad, como si me acomodara. Anabel "Ojos de Halcón" Moore soltó un chillido. Fingí que no tenía ni idea de por qué había hecho algo tan radical.

"*¡No me lo puedo creer!* Eso NO parece un anillo de compromiso, ni un anillo de 'lo siento'. ¿Reed y tú estáis prometidos?"

"Sí", sonreí.

"¡Oh, Jess! Me alegro mucho. Felicidades, hermanita. ¿Lo sabe ya mamá?"

"No, quiero decírselo a la familia cuando estemos todos juntos".

"No sé si el corazón de mamá podrá soportarlo. DOS bodas en el mismo año, y un nieto. Por no hablar de lo que dirá papá".

"El pobre Reed está nerviosísimo. Ni siquiera los ha conocido, y ahora nos vamos a casar y a tener un bebé".

"Jess, me alegro mucho por ti. Uhm, además, ¿me he librado ya?".

"Por los pelos".

"¿Habéis fijado una fecha?"

"No, todavía no. Va a requerir un delicado trabajo de pies, gracias a la batalla de Caroline y Reed por Ollie, y a mi creciente bulto. Pero ahora no quiero pensar en eso. Estoy disfrutando de la promesa de una vida increíble con Reed y nuestro bebé".

"Buena actitud. ¿Cómo te encuentras? ¿Aún tienes náuseas?"

"Por desgracia, sí. Pero solo durante unas dos horas después de despertarme por la mañana".

"Menos mal. Mi verdulero empezó a mirarme raro con todas las galletas que he comprado en el último mes". Anabel empezó a caminar hacia la puerta.

"Debe de preguntarse si has dejado tu trabajo diurno para dedicarte al catering", me reí. "Ah, una cosa más, Ana".

"¿Qué cosa?"

"Gracias por meter tu pequeña y perfecta nariz en mis asuntos".

Anabel me guiñó un ojo. "Voy a deshacer la maleta. Juro que todo lo que hay en mi bolsa está cubierto de cheerios y leche con chocolate".

Después del baño, llamé a mamá y le pregunté si podíamos comer en familia el sábado siguiente. Le pareció una idea brillante. *La escena estaba preparada.*

* * *

Reed y yo nos dirigíamos a casa de mis padres para el tan esperado almuerzo. Le cogí una mano mientras conducía. Tenía la palma sudorosa.

"Me estoy cagando encima", sonrió nervioso.

"¿Por qué? Les vas a encantar".

"Es mucha presión, ¿sabes? ¿Y si me odian y te prohíben que te cases conmigo?".

"Entonces huiremos y viviremos en una isla y alimentaremos a nuestros hijos con cocos".

Reed sacó el móvil del bolsillo.

"¿A quién llamas? Ya casi hemos llegado".

"Estoy llamando a mi agente de viajes. Será mejor que nos consiga los billetes de avión".

"¡Qué idiota eres!", me reí mientras Reed guardaba el móvil.

"Sí, pero yo soy *tu* idiota", bromeó.

"Por supuesto que sí", ronroneé y le besé la mejilla. "Gira a la izquierda más adelante".

"Allá vamos", suspiró Reed mientras aparcábamos en la entrada.

Anabel y Craig ya estaban allí. Menos mal. Al menos Reed ya los conocía. Me cogió de la mano mientras caminábamos hacia la puerta principal.

"Todo irá bien. Te quiero", susurré.

Abrí la puerta y llamé con mi saludo habitual. Papá fue el primero en aparecer, llevando una llave inglesa muy grande. Reed la miró fijamente y luego a mi padre.

"Mi niña querida", sonrió y me abrazó como un oso.

"Hola, papá. Estás estupendo".

"Gracias, cielo. ¿Y quién es tu acompañante?"

"Reed Andrews, Sr. Moore. Encantado de conocerle. Jess no tiene más que cosas buenas que decir de usted".

Papá giró la llave inglesa y la sostuvo como si fuera un bastón. Se echó a reír cuando Reed mantuvo la vista fija en la brillante herramienta.

"Oh", se rió papá, "no hay por qué asustarse. He estado trabajando en mi bicicleta. No consigo aflojar la maldita tija del sillín".

"Qué alivio. Estaba a punto de salir corriendo por la puerta".

Papá y Reed se echaron a reír. No hizo falta más.

Mamá y Anabel fueron las siguientes en aparecer.

"Hola, Reed", dijo Anabel y lo abrazó cariñosamente. "Me alegro de verte".

"Hola", saludó mamá a Reed antes de que pudiera contestar Anabel. "Bienvenido a nuestra casa".

Luego nos miró al resto y dijo: "Oh, por el amor de Dios. Dejad de atrapar al pobre hombre en la puerta. Reed, sígueme. Estamos en el jardín".

Reed dio las gracias a mamá y la siguió al exterior, donde Craig estaba jugando en la piscina con sus hijos. Saludó con la mano y siguió jugando a hacer de Marco Polo.

"¿Qué te pongo de beber?" ofreció papá.

"Una cerveza estaría bien, gracias".

"¡Buen hombre! He comprado una cerveza artesanal que quería probar".

Mamá y yo estábamos a poca distancia, mientras Anabel se unía a Craig y los niños en la piscina.

"¿Le has contado a papá lo del bebé?". Le pregunté a mamá en voz baja.

"No. Pensé que era mejor que se enterara por ti".

"Ay", suspiré.

"Tranquila".

"Esperemos un poco hasta que la cerveza haga efecto", sonrió mamá.

Después de un montón de cháchara, antes de que se sirviera la comida, Reed se levantó y pidió la atención de todos, lo cual me pareció increíblemente valiente. Me puse a su lado y le cogí la mano. Papá miró a mamá y levantó una ceja.

"Seguro que a todos no les sorprende que Jess y yo estemos enamorados". Nadie habló, así que siguió hablando.

Reed miró a mamá y a papá. "Vuestra hija es una persona increíble. Me he enamorado profundamente de ella. Por eso le he pedido que sea mi esposa y, tras torturarme durante un minuto entero de silencio, me ha dicho que sí".

Mamá tenía los ojos desorbitados. Sabía lo del bebé, pero desconocía la proposición de matrimonio de Reed. Mamá y papá nos miraron a Reed y a mí como si hubiéramos salido de una nave espacial.

"¿Tú lo sabías?" Preguntó papá a mamá.

"Hasta ahora, no".

Reed me cogió la mano con tanta fuerza que mis dedos se pusieron azules.

Papá me miró.

"¿Es esto lo que quieres, cariño?".

"Muchísimo. Quiero a Reed".

Papá se volvió hacia mamá y le preguntó "Cariño, ¿qué opinas? ¿Es apto para ser un Moore?

"Servirá en caso de apuro, supongo".

"Eso sí que es un infierno", rio Anabel.

El pobre Reed dejó escapar un suspiro de alivio. "Sois gente dura".

"Eh, hay una cosa más antes de comer", dije.

"No, no te vas a mudar a otro Estado, y punto".

"Ni se me ocurriría, papá. No es eso. Hay algo que quiero que me guardéis en el garaje, por favor, chicos", dije y mantuve la mirada fija en papá, que parecía desconcertado.

"Vale. ¿Qué es?"

Metí la mano debajo de la mesa, donde había escondido una caja cuando nadie miraba, la saqué y la puse sobre la mesa.

"Por favor, papá, ábrela".

Después de mirar la caja, papá la abrió. Miró dentro y a mí como si no se diera cuenta.

"Bueno", dijo mamá, "¿qué es?".

Papá sacó una bicicleta diminuta de la caja y la puso sobre la mesa. Vi la chispa de comprensión cuando le cayó encima como un rayo. Se le empañaron los ojos. Me miró con incredulidad.

"¿Un bebé?"

"Vas a ser abuelo", sonreí.

Entonces mi padre dijo algo que me demostró lo grande que era su corazón.

"¡Un tercero! Madre mía".

Los pequeños de Craig sonrieron, como si se sintieran aliviados de que su nuevo abuelo no se hubiera olvidado de ellos.

"Cuatro en realidad", dije. "Pronto conoceréis a Ollie, el hijo de Reed".

"¡Vaya por Dios! A este paso, tendré que construir un nuevo cuarto de bicicletas".

Miré a Reed. Estaba rebosante de felicidad.

"Sois increíbles", me dijo suavemente al oído.

"Ahora ésta es tu familia. Aún estás a tiempo de escapar".

"Ni de coña. No me iré a ninguna parte. Te quiero".

"Te quiero".

"Vamos a comer", gritó Anabel. "¡Me muero de hambre!"

REED

"Es extraño que Caroline no haya llamado para decirme a qué hora puedo ir a buscar a Ollie".

"Será mejor que la llames y lo compruebes, cariño. De verdad que no quiero volver a verla aquí en la oficina", suspiró Jessica.

"Claro que no".

Marqué el número de casa de Caroline. Sonó durante un buen rato antes de que María contestara. Estaba sin aliento, como si hubiera corrido para contestar.

"Hola, María".

"Buenas tardes, señor Reed".

"¿Puedo hablar con Caroline, por favor, María?

"¿La señora Caroline?"

"Sí, Caroline". ¿María se estaba volviendo senil, o qué?

"La Sra. Caroline no está aquí".

"¿Dónde está?"

"Ha cogido a Oliver y se ha ido al aeropuerto. Dice que debo tomarme dos semanas libres".

"¿Al aeropuerto?"

"Sí".

"¿A qué hora se fueron? ¿Dijo adónde iban?"

"Se fue a las doce. No dijo adónde. Lo siento".

"Vale... Gracias, María", dije, vagamente consciente de la respuesta de María.

"¿Qué te pasa, Reed? Estás pálido". Me preguntó Jessica cuando entró en mi despacho.

"Acabo de hablar con María. Me ha dicho que Caroline y Ollie se fueron al aeropuerto a las doce".

"¿Al aeropuerto? ¿Dijo María adónde iban?"

"Ella no lo sabe".

"Pero es tu fin de semana con Ollie. ¿Puede hacerlo?"

"No. Tampoco puede llevárselo sin decírmelo".

"Todos sabemos que no sigue las normas".

"Llamaré a su madre".

Llamé a la madre de Caroline. Por mucho que me doliera hacerlo, esperaba que supiera adónde habían ido su hija y su nieto. Por desgracia, ella tampoco parecía saberlo. Parecía realmente sorprendida. Le pedí que me avisara si Caroline la llamaba, y me aseguró que lo haría.

La sensación de vacío que tenía en las tripas se estaba convirtiendo en un remolino enorme y estremecedor. ¿A qué estaba jugando Caroline? Se había descarrilado. Tenía que encontrarla. Y rápido.

Mi siguiente opción era llamar al Sr. Fox.

"Hola, Reed".

"Brandon, ¿sigues vigilando a Caroline?".

"No. Tengo lo que necesito. Estoy reuniéndolo".

"Joder". Me pasé la mano por el pelo.

"¿Por qué? ¿Qué pasa?"

"Se ha llevado a mi hijo y se ha ido volando a alguna parte".

"Tengo un contacto en el aeropuerto. Llamaré a ver si puedo averiguar en qué vuelo están. Te volveré a llamar".

"¿Por qué no llamas a la compañía aérea y averiguas adónde se ha ido?". Sugirió Jessica con calma. "Te ayudaré, si quieres".

Me dio una lista de las compañías aéreas a las que debía llamar y la dividimos por la mitad.

"Llamaré desde el teléfono de mi mesa". Jessica cogió su lista de nombres y salió de mi despacho.

Marqué el número que encabezaba mi lista.

Hablé en cuanto contestó la operadora, y después me vi obligado a escuchar la puta música de ascensor y las instrucciones sobre cómo reservar y cancelar vuelos por Internet.

"Bienvenido a..."

"Hola, aquí el Sr. Andrew. Estoy buscando a dos pasajeros. ¿Puede comprobar por mí si están en su lista de pasajeros, por favor?"

"Lo siento, Sr. Andrews. Esa información es confidencial. No puedo dársela a nadie".

"¡Pero si son mi hijo y su madre!"

"Lo siento, señor. ¿Estáis casados tú y la madre de tu hijo?"

"No. Estamos divorciados".

"En ese caso, Sr. Andrews, le sugiero que obtenga una orden judicial. Entonces podremos facilitarle la información. De nuevo, siento no poder ayudarte. Que tenga un buen día, Sr. Andrews. Yo..."

Colgué el teléfono de golpe. *¡Maldita burocracia!* Llamé a otras tres compañías aéreas, pero todas me dieron la misma cantinela. Jessica tampoco tuvo mucha suerte.

"Llama a tu abogado, Reed".

"De acuerdo". Llamé al despacho de mi abogado. Gracias a Dios seguía allí. Le conté lo que pasaba y llamó al juez. Nos reunimos en el aeropuerto a las dos horas de mi llamada.

Esa era la mitad de la aventura lograda. La otra mitad era ir a todas y cada una de las compañías aéreas para intentar averiguar si Caroline y Ollie iban en el vuelo. Tuve la precaución de traer conmigo una foto de Ollie. Y menos mal, porque la astuta Caroline reservó los billetes de avión con su nombre de soltera. Afortunadamente, uno de los miembros del personal de tierra de la aerolínea reconoció a Ollie.

Jessica y yo nos enteramos de que Caroline y Ollie iban en un vuelo a Houston, Texas. Tenía una idea bastante aproximada de adónde iban.

"Tengo que irme, Jess. Hay un vuelo que sale dentro de media hora".

"No irás a ninguna parte sin mí".

"Pero no tienes ropa ni nada", dije.

"Compraré lo que necesite cuando lleguemos. Quiero estar ahí para ti, amor mío. Vengo contigo".

No tenía sentido discutir. Jessica se había decidido. Era adorablemente testaruda.

"¿Sabes dónde están?"

"Tengo una intuición. Será mejor que embarquemos. Te lo diré en el avión".

JESSICA

La magnífica vista desde el aire sobre Houston fue completamente estéril para Reed y para mí. Cómo podíamos estar eufóricos como turistas cuando Caroline había secuestrado a Ollie a todos los efectos. Reed mantuvo la mandíbula rígida durante la mayor parte del vuelo. Guardé silencio a menos que me hiciera una pregunta. Una de mis manías era que la gente me acosara con preguntas cuando estaba ansiosa. Supuse que a Reed le ocurría lo mismo.

Alquilamos un coche nada más aterrizar: un todoterreno. Una vez en la carretera, Reed se volvió hacia mí.

"Siento que tengas que arrastrar a nuestro bebé por todo Estados Unidos. ¿Te encuentras bien? ¿Puedo parar a traerte algo de comer o beber?".

"Estoy bien, mi amor. No te preocupes por mí. Seré la primera en hablar si no me encuentro bien".

Reed me sonrió y me cogió la mano. La apoyó en su muslo mientras conducíamos por la interestatal hacia un destino desconocido.

"¿Adónde vamos?" pregunté.

"Caroline tiene una amiga aquí en Houston. Eran muy amigas en la universidad. Sé que vive aquí, en un rancho. Creo que Caroline olvidó que me la mencionó una vez".

"¿Cómo sabes dónde vive?".

"Como todo lo que sé. Gracias a Google".

Me reí a pesar de la seriedad de la situación.

Condujimos durante casi una hora después de aterrizar. Me estaba poniendo nerviosa - no era muy de estar sentada - hasta que Reed tomó una desviación. Vi luces a lo lejos. Cuando nos acercamos, apareció un rancho señorial.

"Muy impresionante", comenté.

"Dinero de los padres".

"Supongo que sí".

"Jess, cuando lleguemos, preferiría que te quedaras en el coche. ¿Te importa?"

"Claro que no".

"Gracias."

"Reed. Por favor, no hagas nada de lo que te puedas arrepentir", le dije suavemente.

"No lo haré. No te preocupes tanto. Todo irá bien".

Miré por la ventanilla la tierra que nos rodeaba. Tierra agrícola. De las que se huelen antes de verse. Había dos enormes todoterrenos aparcados en la entrada.

Reed apagó el motor, me dio un beso rápido en la mano y salió del coche. Vi cómo se acercaba a la puerta principal y llamaba al timbre.

Tenía el trasero entumecido por el vuelo y el largo viaje, así que salí y estiré las piernas. Pensé que era un buen momento para llamar a Ana y contarle lo que había pasado.

"Hola, Jess. ¿Seguimos quedando para cenar?"

"Ah, mierda. A cenar. Lo siento, Ana, se me olvidó por completo".

"Se supone que tienes el cerebro de un niño después del parto, no antes", dijo Anabel y soltó una risita.

"Ha sido un día de locos, Ana".

"¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien? ¿Está bien el bebé? ¿Dónde estás?"

"Estoy bien. No se trata de mí. Caroline se llevó a Ollie y voló a Houston".

"¿Texas?"

"Sí. Reed y yo estamos aquí ahora. Está intentando hacerla entrar en razón. Estoy esperando fuera, en el coche".

"Joder. Eso no suena bien".

"Reed está furioso".

"Me lo imagino".

"En fin, Ana. Quería llamarte para contarte lo que pasaba y que estoy bien. Te lo contaré todo cuando te vea".

"De acuerdo, Jess. Por favor, ten cuidado. Te quiero".

"Lo tendré. Yo también te quiero".

Tras mi breve llamada con Anabel, esperé. Y esperé. *Y esperé*.

REED

"¡Qué coño! ¿Cómo me has encontrado?"

Caroline siseaba como una serpiente, claramente lívida porque yo había averiguado adónde huiría.

"¿Qué haces, Caroline?".

"Estoy de vacaciones. ¿Qué te parece?"

"Sabes que no puedes levantarte e irte con Ollie sin decírmelo".

"¡Uf! ¡Reglas! Unas normas por aquí, otras por allá. Estoy harta de las normas. A partir de ahora haré lo que quiera. A la mierda las normas".

"Cálmate, Caroline".

"Si quiero, grito. Además, no puedes decirme lo que tengo que hacer con Oliver. El mes que viene, cuando vayamos al juzgado, obtendré la custodia completa, y entonces ya no podrás decirme qué hacer".

Saqué unos papeles de una carpeta y se los di a Caroline.

"¿Qué es esto?"

"Léelo".

Caroline hojeó los documentos. Su enfado se convirtió en miedo. Me miró con odio, desafiante.

"No puedes demostrar nada de esto, Reed. Todo es mentira".

Le entregué un juego de fotos.

"¿Estás segura?"

Caroline las hojeó. Se acercó a una silla y se sentó, totalmente abatida.

"¿Por qué me haces esto, Reed? ¿No me has castigado lo suficiente? ¿Qué más puedo hacer o decir para que me perdones?".

"Caroline", dije y me acerqué a donde estaba sentada. "Esto no tiene nada que ver con el perdón. Te perdoné hace mucho tiempo. Pero haces que sea imposible que sigamos adelante".

"Pero no quiero seguir adelante, Reed. Lo dije en serio cuando te dije que aún te quería. No era una actuación ni una estratagema. Por favor, Reed, por favor. ¿Podemos volver a intentarlo? Te prometo que he aprendido de mis errores. Seré una buena esposa para ti. Quiero y echo mucho de menos a nuestra familia".

"Caroline. Escúchame, por favor. Ya no te quiero de esa manera. Te quiero, sí. Siempre serás la madre de Ollie. Pero en cuanto a que volvamos a estar juntos como marido y mujer, eso no va a ocurrir".

Esperaba que se saliera por la tangente y me hiciera pedazos con la lengua. Pero Caroline se quedó allí sentada. Parecía abatida y, si no me equivocaba, había renunciado a luchar.

En aquel momento sentí compasión por mi exmujer. Cogí sus manos entre las mías y le hablé suavemente.

"Vamos a casa".

Caroline levantó la vista y asintió lentamente.

"Vale, iré a buscar a Ollie".

Una hora más tarde estábamos en el aeropuerto internacional George Bush, esperando para embarcar en un avión que nos llevaría a casa: Jessica, Caroline, Ollie y yo. Caroline parecía realmente feliz de tenerlo allí.

Pensé en el inminente caso de la custodia. Ver a Ollie con su madre suavizó la animadversión que había sentido durante tanto tiempo. ¿Cómo podía alejarlo de ella? Todos los niños deberían tener la dicha de estar con sus dos padres. Aunque no fuera en la misma casa al mismo tiempo.

Tendría que pensar cuidadosamente mi próximo movimiento. No quería hacer daño a mi hijo por mi obstinado orgullo.

* * *

Una semana después del episodio, Caroline y yo estábamos en el tribunal de familia. Vestía como lo haría una mujer de alcurnia, pero pude ver que el fuego había desaparecido de sus ojos. Comparecer ante el tribunal era una mera formalidad.

Había ordenado a mi abogado que ofreciera a Caroline un trato, y ella lo había aceptado. Iría a rehabilitación hasta que estuviera preparada para reanudar una vida normal con Ollie, y yo le mostraría la información que mi investigador privado había reunido sobre ella. Seguro que perdería a Ollie si hacía eso. Pero, de nuevo, quería que mi hijo disfrutara teniendo a su madre en su vida.

Jessica y yo fuimos a comer después.

"Estoy muy orgullosa de ti, Reed", dijo mientras nos sentábamos a la mesa. "No mucha gente tendría el valor y la empatía de hacer lo que has hecho hoy".

"Gracias, Jess. Tú habrías hecho lo mismo. Sé que lo habrías hecho".

"Entonces, ¿qué es lo siguiente?"

"Creo que ya es hora de que fijemos una fecha para nuestra boda".

"Creo que es la mejor idea que has tenido desde que sugeriste que saliéramos aquel primer sábado".

"No puedo discutirlo. Vale, sex bomb. Saca el calendario de tu móvil y elijamos una fecha".

EPÍLOGO

JESSICA

Cinco meses después

"¿Qué ha sido eso?" Me preguntó Reed.

Estaba junto a la cafetera de casa de Reed - ahora nuestro nido de amor - a punto de prepararle el café de la mañana. Reed estaba sentado en la encimera, leyendo la última revista de yates.

"Mierda".

Miré el charco brillante en el suelo y luego volví a mirar a Reed, que parecía un ciervo sorprendido por los faros.

"¿Es lo que creo que es?", preguntó con cara de terror.

"Espero que sí, de lo contrario acabo de perder el control de la vejiga. Y eso no es lo ideal".

"¡Pero nos vamos a casar dentro de un mes!".

"Ahora ya no".

Pensé que era mejor no caminar, por si resbalaba en el líquido amniótico que me salía en cascada.

"Uhm, un poco de ayuda aquí, por favor".

Reed era una estatua de piedra.

"¡Hola! Reed!"

"Mierda, lo siento, cielo".

Se levantó de un salto y vino hacia mí.

"Cuidado. No resbales".

Un tembloroso Reed me cogió de la mano y me guió por el charco.

"Cogeré la bolsa. Pero antes, deja que te ayude a subir al coche".

Intentaba respirar a través del intenso dolor que acompañaba a cada contracción. Seguro que no tenía que ser tan doloroso tan rápido.

"No soy una experta - gruñí entre dientes - pero no creo que este bebé vaya a esperar hasta que lleguemos al hospital. Ay!"

"¡Joder! ¿Qué hago?"

"¡Llama a Ana! Está cerca".

"Buena idea. Yo también llamaré a Ava".

"¡Como quieras! Hazlo rápido. *¡Ahhh, joder! Esto duele!*" grité sin pudor a través de una contracción de puta madre.

Reed me levantó y me llevó a la habitación de invitados. Me colocó suavemente en la cama y sacó el móvil. Lo puso sobre la mesa junto a la cama y encendió el altavoz. Oí el sonido del timbre cuando hizo la primera llamada.

"Hola, Reed. Esta es una bonita..."

"¡Ana! ¡Parto! Ven rápido!"

"¡Oh, mierda! ¿Dónde estás?"

"En casa. Date prisa".

"¡Llama a mamá!" Grité antes de que otra contracción me pateara el culo.

"¡Jess! Aguanta. Llegaremos antes de que te des cuenta. Ahora salgo corriendo por la puerta".

A continuación, Reed llamó a Ava.

"¡Hermana! ¡Deja lo que estés haciendo y ven aquí! Jess está de parto. No vamos a llegar al hospital".

"¡Hierve el agua! Ya voy".

Quería decirle a Reed lo que debía hacer, pero me dolía demasiado como para pensar con claridad.

"¿Qué puedo hacer para ayudarte, Jess? Te traeré hielo".

"¿Hielo?"

"Sí, ¿no es eso lo que quieren las parturientas? ¿No ayuda con el dolor?"

"¡No tengo ni puta idea!"

"Te traeré un poco, de todos modos".

"¡No! ¡No me dejes!" Grité antes de que pudiera salir de la habitación.

"Nunca te dejaré, amor mío", dijo Reed y me cogió de la mano. "¿Recuerdas lo que nos enseñaron en las clases de parto? Concéntrate en la respiración, cariño. Yo respiraré contigo".

"Vale".

Juntos, inspiramos y espiramos, despacio, luego más deprisa. Reed nunca me soltó la mano. Llevábamos unos diez minutos cuando la puerta principal se abrió de golpe.

"¡Ya hemos llegado!" oí gritar a Anabel.

"Ya voy, mi niña", llamó mamá.

Lo que siguió fue un fuego rápido de instrucciones a Reed y Anabel, y entre la acción de precisión militar, oí la voz de Ava en la mezcla.

Todo lo que recuerdo era empujar y gritar, gritar y empujar. Debí de desmayarme, porque cuando volví en mí, Reed estaba sentado a mi lado en la cama, sosteniendo un pequeño bulto rosa de ruido.

"Mira, mi amor. Mira lo que has hecho".

La cara de Reed prácticamente brillaba de alegría. Tenía los ojos húmedos como si hubiera estado llorando.

"¿Está...?"

"Es perfecta. ¿Estás lista para cogerla?"

Extendí los brazos y Reed me pasó con delicadeza a nuestro bebé. Miré al diminuto ser y me enamoré de ella al instante. Nunca entendí cuando las madres intentaban explicar la sensación de coger a su bebé en brazos por primera vez. Lo entendí en aquel momento.

"Es tan pequeñita. Apenas pesa nada", dije entre lágrimas.

"Es preciosa, Jess", arrulló mamá.

"Se parece a ti, hermanita", añadió Anabel.

"Tiene los ojos de papá", sonrió Ava suavemente.

No podía dejar de mirar a mi nueva hija. Era preciosa. Miré a Reed y sonreí. "Mira lo que hemos hecho".

"¿Qué te había dicho? Formamos un gran equipo". Entonces se echó hacia abajo y me susurró al oído. "Gracias, mi amor".

"Mira, Grace. Te dije que papá era un llorón".

***

Reed

Jessica y yo estuvimos esperando pacientemente durante seis meses tras el nacimiento de Grace el día en que nos convertiríamos en el Sr. y la Sra. Andrews.

La familia y los amigos se alegraron mucho de que por fin nos casáramos.

Ollie, nuestro portador de anillos, parecía un querubín con su diminuto esmoquin, llevando los anillos.

La madre y el padre de Jessica estaban sentados en la primera fila de la iglesia. No podría decirlo desde donde estábamos Jess y yo, pero estaba casi seguro de que su padre estaba más eufórico que su madre. En cualquier caso, por los pelos.

Ava y Dax estaban sentados juntos en los bancos. Habían pasado mucho tiempo juntos desde el nacimiento de Grace, y sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que tuviéramos otra boda que celebrar.

Anabel y Craig se casaron poco después de que naciera Grace. Formaban una

familia preciosa. Lucy adoraba a la pequeña Grace. Lo único que quería era jugar con ella como si fuera una muñeca. Tom y Ollie aterrorizaban a los vecinos cada vez que nos reuníamos en familia para comer. Craig era despreocupado y amable. Le admiraba por la forma en que criaba a sus dos hijos. Disfrutaba de su compañía.

Mi hijo no se cansaba de su hermanita. Me costó mucho explicarle por qué aún no estaba preparada para jugar a la pelota. Para alivio de Jess y mío, al final Ollie se rindió y jugó con Tom y Lucy.

Caroline siguió en rehabilitación, e incluso yo tuve que admitir que se había convertido en una persona mucho más agradable. Salía con un chico muy simpático. Jessica y yo salíamos de vez en cuando a cenar con ellos dos.

Cuando terminó el banquete de bodas, Jess y yo nos fuimos de luna de miel. Fue una pelea de bollos decidir con quién se quedaría Grace mientras estuviéramos fuera. Lo dejé en manos de las mujeres. No iba a involucrarme en aquella pelea.

"¿Adónde me llevas?" rio Jessica mientras la llevaba en brazos a través del umbral.

"No te preocupes por eso. No te quites la venda de los ojos. Nada de espiar".

Me arrodillé y besé a mi mujer en los labios. Ella abrió la boca y se rindió a mí.

"De acuerdo", dije y la bajé. Le quité la venda.

Jessica se frotó los ojos y miró a su alrededor.

"¿Dónde estamos? ¿En un barco?"

"No en un barco cualquiera, Sra. Andrews. Estamos en un yate privado. Espero que estés de humor para pasar dos semanas sentada en cubierta, bronceándote y bebiendo cócteles. Ah, y disfrutando de opíparas comidas preparadas por un chef de fama mundial".

"¡No me lo puedo creer!", dijo cuando cogió un folleto que había sobre la cama. "Este es uno de los yates en los que trabajé como tripulante. ¿Cómo lo has sabido?"

"Soy muy listo, por si lo has olvidado. Y tuve un poco de ayuda de Ana".

Jess me abrazó.

"¿Estás llorando?" le pregunté.

"¡No! Me sudan los ojos. Aquí hace calor".

Besé las lágrimas de mi Jessica y se las enjugué.

"Eres una esposa impresionante, pero creo que ha llegado el momento de quitarte este vestido".

"Conozco ese tono, diablillo cachondo".

"Bien, entonces no tengo que decirte lo que voy a hacer a continuación", sonreí.

Desabroché el vestido de mi nueva novia y la ayudé a quitárselo.

"Me encantan tus pechos recién estrenados", bromeé.

"Esos son para Grace, mi glotón".

"Oye, lo que pasa en la luna de miel, se queda en la luna de miel. Además, no se lo diré si no lo haces".

Jessica se rio y gimió cuando le besé los pechos, y luego bajé lentamente hasta su vientre.

"Nunca me cansaré de tu belleza, amor mío", dije con mi voz ronca y delatora.

Levanté a Jess y la tumbé en la cama. La desnudé por completo y me aparté para poder contemplarla entera.

"Quítatelo todo y luego ven aquí, guapo", dijo en voz baja.

Hice lo que me dijo y me planté ante ella, desnudo como el día en que nací.

"Oohh, ¿todo eso es para mí, Reed, mi amor?".

"Todo eso y más, mi esposa".

"Hazme el amor, Reed. Largo y despacio. Quiero recordar este día mientras viva. Te quiero".

"Te lo aseguro, mi pequeña bomba sexual, nunca olvidarás este día".

Le hice el amor a mi mujer con ardiente pasión. Juntos nos perdimos el uno en el otro. Fue el día emocionalmente más abrumador que jamás había vivido.

Estaba seguro de que no podría ser más feliz. Había encontrado a mi amor verdadero. Mi vida estaba completa.